
Escándalos de Londres
Libro 4
El Corazón Robado du Duque
Carrie Lomax

El Corazón Robado del Duque

ESCÁNDALOS DE LONDRES

LIBRO CUATRO

CARRIE LOMAX

Copyright © 2020-2025 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidencial, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Dark Petals Creations.

Índice

Acerca De Este Libro

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Sobre la serie Escándalos de Londres
Acerca del Autor
Otras Obras de Carrie Lomax

Acerca De Este Libro

El Corazón Robado del Duque es un romance de la época de la Regencia entre una ladrona decidida pero solitaria y el duque autoritario que no se detendrá hasta conquistarla. Termina con un feliz para siempre. Leer ahora.

Uno

—PARECE, mi lord —habló nerviosamente el lacayo del Duque de Havencrest después de aclararse la garganta—, que la dama ha declinado su invitación a cenar.

—En efecto.

Havencrest no se apartó de la ventana. Observaba con aire sombrío la ligera nevada que se tornaba gris en la calle de abajo. ¿Cómo se atrevía a rechazarlo? Una simple ladrona no rechazaba a un duque, sin importar cuánto le desagradara.

Dos días antes, le había enviado una carta a la mujer americana.

Estimada señorita Lowry:

Creo que usted tiene algo que me pertenece.

Está invitada a cenar mañana a las ocho para discutir los arreglos de su devolución.

Cordialmente,

El Duque de Havencrest

Aunque el objeto en cuestión no era, técnicamente hablando, suyo, Havencrest tenía la intención de obtenerlo. Ninguna simple ladrona podría resistirse a él. No con Bow Street persiguiéndola por hurtar las joyas de las damas de Londres durante toda la temporada de otoño. Una palabra suya, y la señorita Antonia Lowry se encontraría en el extremo comercial de la soga de un verdugo. La osadía de su negativa agrietó la máscara pétrea de su reflejo en un atisbo de sonrisa. Se alejó de la ventana hacia la lámpara y examinó la carta de ella como si intentara discernir algún indicio de aliento en la caligrafía femenina de trazos ondulados.

Estimado Lord Havencrest:

Me temo que mi agenda está llena.

Atentamente,

Señorita A. Lowry

La brevedad de su rechazo hirió el orgullo de Havencrest. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más le escocía el veneno de su negativa. *Es típico de una mujer...* Acalló el pensamiento, sin terminarlo.

Havencrest rompió su primera respuesta, y media docena después de ella, en pedazos que alimentaron el fuego. ¿Qué podría ser un incentivo suficiente para una mujer de gran inteligencia, crianza incierta y escasez de moralidad para ayudar a un hombre que ocupaba los más altos escalones de la sociedad?

Miedo. Conocía su secreto —o lo sospechaba fuertemente— y Malcolm Hepworth Dunn, quinto Duque de Havencrest, no estaba por encima de usar todo el inmenso poder de su posición

para asustar a la pequeña ladrona y lograr que cumpliera sus deseos.

Señorita Lowry:

Los dedos ligeros no pueden aliviar un corazón pesado por la culpa.

En mis residencias, esta noche, o pronto recibirá una interesante visita de Bow Street.

Con toda sinceridad,

El Duque de Havencrest

Su respuesta llegó en menos de una hora. Su descaro golpeó como el puño de un boxeador en su sien. Su corazón latió con fuerza mientras leía.

Su Señoría:

¿Qué le hace pensar que siento culpa*? Bow Street es bienvenido a visitarme en mi residencia con Lord Evendaw y su familia en Clermont Street. Le animo a que aborde el tema de una visita con Lady Evendaw, quien sin duda daría la bienvenida a una visita de tan estimado personaje como usted. De hecho, no puedo imaginar qué podría querer un hombre de su estatura con una simple americana de visita en el extranjero. Nada apropiado, supongo.*

Lamentablemente,

Señorita A. Lowry

Si su presa estaba familiarizada con el concepto de miedo, no lo revelaba fácilmente.

—Señor —insistió el lacayo después de un largo silencio—. ¿Desea cenar solo?

—No. Sin embargo, dado que la señorita Lowry ha decidido dejarme a mi suerte, parece que tendré que hacerlo. —Se alejó de la ventana con pasos decididos. Pocas buenas decisiones se habían tomado alguna vez con el estómago vacío—. Prepara mis caballos para después de la cena.

El lacayo se inclinó y retrocedió para cumplir sus órdenes con un indicio de temor detrás de sus rasgos inexpresivos. Malcolm encontró el gran comedor, como el resto de su casa, vacío y frío. Atacó la sopa como si fuera un enemigo mortal y devoró el plato de pescado como un tiburón hambriento. El cordero exquisitamente preparado, lo desmembró con una saña innecesaria. Una zanahoria casi escapó bajo un trozo de salsa. Malcolm la apuñaló con su tenedor y la llevó a su boca, victorioso en su caza, perdido en sus pensamientos.

Como si no hubiera tenido tiempo suficiente para formular un plan para intimidar a la señorita Lowry y someterla. Como la mayoría de la aristocracia, Havencrest se había retirado a su residencia de campo para rumiar durante las solitarias vacaciones navideñas. Solo, a excepción de los sirvientes y los recuerdos en su gran mansión familiar, su obsesión por la mujer americana había festejado durante un mes completo. Incluso el Boxing Day, que normalmente era su mayor placer de la temporada, llegó y pasó sin alegrar su corazón. Las familias que recibían paquetes de ropa de segunda mano, artículos para el hogar y regalos de tela normalmente le arrancaban una rara sonrisa, pero este año, Havencrest había estado demasiado preocupado para disfrutar mucho del ritual. Ahora que estaba de vuelta en Londres antes de la sesión parlamentaria que se formaría el veintinueve de enero, Malcolm tenía más que suficiente tiempo para considerar su próximo movimiento con respecto a la irritante señorita Lowry.

Necesitaba... influencia.

La señorita Lowry fingía no temer a los Bow Street Runners. Después de una serie de robos el otoño pasado, la mitad de la *alta sociedad* había contratado a un investigador para descubrir quién había aliviado a las damas más importantes de Londres de sus collares de perlas, pendientes, pulseras y horquillas en cada baile y en alguna que otra ópera desde septiembre pasado. Después de que el magistrado hubiera hecho un arresto impactante de la señora Viola Cartwright, supuesta amante de Lord Dalton, el joven tonto que se había encaprichado de la

hermana viuda de Lady Briarcliff.

¿Por qué debería sentir la señorita Lowry algún sentido de peligro por ese lado, cuando los idiotas ya habían hecho un arresto equivocado y casi habían ahorcado a una mujer inocente?

Después de que la señora Cartwright fuera declarada inocente en el tribunal gracias a los esfuerzos de su supuesto amante, los hurtos habían cesado tan rápidamente como habían comenzado. Por lo tanto, tenía que ser alguien dentro del círculo de Dalton y la señora Cartwright. Alguien sin particular buena voluntad hacia el hombre o su amante, pero que aun así tuviera acceso a los mejores eventos sociales de Londres. No faltaban extranjeros adinerados que se agolpaban en la sociedad londinense. La familia Kilpatrick, por ejemplo, con tres hermanas tan audaces como su cabello rojo cobrizo. Sin embargo, no poseían talento para la sutileza. No, el culpable debía ser una joven dama inofensiva, recién llegada, recatada y demasiado inteligente. La señorita Lowry había captado su atención.

Si no la hubiera visto cometiendo un delito, él mismo no lo habría creído. Sin embargo, sus cartas lo probaban.

¿Qué le hace pensar que siento culpa?, había preguntado la señorita Lowry. Difícilmente era una negación, más bien una confirmación oblicua. Malcolm sonrió sombríamente mientras se acomodaba en su carruaje y se alejaba a través de la penumbra de una tarde de enero en Londres. Cuando terminara con ella, la señorita Lowry sentiría mucho más que culpa. Sentiría el latigazo de un látigo en su espalda como castigo si él tenía algo que decir al respecto.

~

La increíble arrogancia del Duque de Havencrest no negaba el peligro que representaba para la paz mental de Antonia Lowry. Ella se mantenía en la puerta del dormitorio donde vivía como invitada de Lady Margaret Evendaw —ampliamente considerada como la joven más insípida de toda Inglaterra—, escuchando.

—¿Está ella aquí? —demandó la voz de un hombre al mayordomo con un gruñido arrogante.

—Lady Margaret está indispuesta esta noche, su señoría —informó un mayordomo acobardado y obsequioso al inoportuno duque con una profunda reverencia—. Su hermano, el Conde, y Lady Evendaw están en el teatro Covent Garden para ver la última producción de Shakespeare de Kemble.

Por supuesto, el sirviente asumía que el duque estaba allí por Margaret. Nunca adivinaría ni por un momento que la huésped estadounidense de duración indefinida de la familia Evendaw era el verdadero objeto de la visita improvisada de un duque. Menuda y dócil, la amiga inconsciente de Antonia era una deseable futura esposa para muchos solteros londinenses, al menos para aquellos que no entendían que Margaret podía ser joven e ingenua, pero estaba lejos de ser estúpida. Sin embargo, ingenua... había habido momentos durante lo que esta gente elegante llamaba la "Pequeña Temporada" —en contraposición a la temporada formal que ahora estaba comenzando— en los que Antonia apenas podía evitar que su compañera ingenua saliera a un balcón con un hombre más interesado en su sustancial dote que en la charla de Margaret. Antonia no había nacido en este mundo de alianzas calculadas y emparejamientos despiadados, pero captaba sus reglas con bastante facilidad. Ser comprometida forzaba a una dama a casarse. Antonia encontraba la noción de sufrir un matrimonio no deseado venenosa para su alma.

Incluso para un cordero de cuestionable buen juicio como su amiga. *Especialmente* para alguien como Margaret.

—Me refería a la señorita Lowry —dijo Havencrest desde abajo. Escuchar su nombre en el

bajo rumor del duque envió un delicioso e inesperado escalofrío por el cuerpo de Antonia.

—No eres el primer hombre que me confunde con un ratón —susurró en la oscuridad. Antonia se había deslizado hasta el rellano de la escalera para escuchar mejor a los hombres en el elegante vestíbulo de la casa del Conde de Evendaw. Como si la hubiera oído, Havencrest alzó bruscamente la mirada. Antonia se quedó inmóvil.

—La señorita Lowry está atendiendo a Lady Margaret. ¿Debo preguntar si puede recibir visitas? —ofreció el mayordomo con una nota de escepticismo. No podía haber una razón legítima para que un duque exigiera una audiencia con una mujer soltera mucho después de las horas de visita, especialmente cuando el conde y su condesa estaban fuera asistiendo a una función de teatro.

Incluso ella, una vulgar estadounidense, sabía eso. Debía estar desesperado para venir aquí. Cinco meses de residencia entre las mejores familias de Inglaterra habían sido tiempo suficiente para que captara lo básico de las expectativas sociales y el comportamiento, si no todas las sutilezas del rango. Los duques eran tan raros que incluso el ejemplo más asocial, desdentado y antiguo era considerado un premio como marido.

Por lo que Antonia recordaba, Havencrest aún conservaba todos sus dientes. No es que ella hubiera visto alguna vez al sombrío hombre mostrarlos con algún indicio de humor o jovialidad. Podría haber sido guapo si no fuera por la desolación atormentada en su mirada.

—No —dijo después de un tenso momento—. La visitaré mañana por la tarde. Asegúrese de que esté en casa.

El mayordomo se inclinó, servil. Como si tuviera la más mínima influencia sobre sus idas y venidas. Desde su llegada aquí el pasado diciembre, Antonia se había propuesto ocuparse de sus asuntos en la ciudad sin acompañante. Ocasionalmente llevaba una doncella o un lacayo, pero con la misma frecuencia simplemente se iba. Ahora, se hizo una nota mental de no estar en casa mañana por la tarde. Havencrest apartó la mirada del rellano. Antonia inhaló bruscamente. Su pulso se aceleró, lista para correr. Era buena en eso. Huyendo.

Después de esta noche, Antonia Lowry sería una mujer muerta. Cuanto antes, mejor. Lástima. Lo había hecho tan bien insinuándose en este mundo al que no pertenecía. Primero a través de la compañía de tres mujeres pelirrojas de Virginia, luego, a medida que ellas hacían incursiones sociales, haciendo amistad con Margaret y su familia.

Si Havencrest sospechaba que ella había sido la fuente de tanto dolor durante los últimos meses, otros también debían hacerlo. Era asombroso que se hubiera salido con la suya con su falsa identidad y pequeños robos durante tanto tiempo. Si las hermanas Kilpatrick, con quienes se había quedado durante meses antes de aceptar la invitación de Margaret para residir con su hermano y cuñada durante la temporada navideña, alguna vez juntaran sus pelirrojas cabezas pendencieras y se dieran cuenta de que había robado a sus nuevos amigos de clase alta, Antonia no dudaba de que la entregarían a las autoridades.

—¿Quién era ese?

Antonia se sobresaltó, pero de la manera que había aprendido a hacer muchos años antes. Se quedó quieta en lugar de girarse bruscamente. Su madre le había enseñado cómo fingir estupidez plácida como si su vida dependiera de ello, porque una vez, así había sido. —El Duque de Havencrest pasó por aquí. ¿Qué haces fuera de la cama, querida Maggie?

—Oí voces y me desperté —Margaret sorbió por la nariz. La parte superior de su despeinada cabeza rubia llegaba hasta la oreja de Antonia. Su pequeña nariz respingona estaba tan roja como una cereza con la cerosa frecuencia de sonarse—. ¿Qué quería?

—Cortejarte, supongo —bromeó Antonia, con expresión burlona. Para su sorpresa, Margaret

se estremeció.

—Espero que no. Mi hermano estaría ansioso por casarme con un duque. Qué éxito tener a su hermana menor casada antes de que haya tenido siquiera una temporada completa —se quejó amargamente.

—Ningún matrimonio infeliz puede considerarse un éxito —Antonia recordó la unión acrimoniosa de su madre con su padre. De niña, Antonia respondía a un nombre diferente. Durante un tiempo, había estado enojada con su madre por alejarla de la hermosa casa y la relativa comodidad de servir a una mujer blanca acomodada. Incluso a los nueve años, había reconocido la soledad. No fue hasta que fue mayor que entendió que la habían mantenido como una mascota porque sus grandes ojos marrones y rizos oscuros la hacían parecer una muñeca a los ojos de la empleadora de su madre. Pero cuando Antonia comprendió que su vida como accesorio de una mujer rica había sido explotadora y temporal, su padre legal había muerto y su relación con su madre estaba hecha pedazos. Aquellas primeras lecciones al lado de la señora Beckwith habían resultado útiles cuando Antonia buscó mejorar su posición, de sirvienta convertida en ladrona, a dama refinada. Pero tenía planes para su futuro, y no incluían maridos ni faldas. Todo lo que necesitaba era un poco más de dinero...

Margaret hizo un sonido *pfft* con los labios fruncidos. —Bienvenida a Inglaterra, donde todo lo que importa en un matrimonio es cuán grande es la dote de la novia y cuán respetado es el título del novio.

Antonia se rió. —Eres graciosa cuando eres sarcástica —apartó un mechón de pelo pálido de la frente de Margaret—. También estás caliente como una chimenea. Vuelve a la cama.

Su amiga siguió la sugerencia de Antonia, tan obediente como un spaniel. En parte, sentía lástima por Margaret. Con solo dieciocho años, y en su primera temporada, su hermano no había ocultado su deseo de casarla bien y sacarla de su casa lo más rápido posible. Antonia necesitaba mantener contento a Evendaw para conservar su alojamiento gratuito como acompañante de Margaret. En retrospectiva, debería haberse presentado como la señora Lowry, no como la señorita. Pero esa decisión se había tomado durante un viaje en barco para asegurarse las simpatías de sus anfitrionas anteriores, las mujeres Kilpatrick. Cuando desembarcaron, ya era demasiado tarde para cambiar su historia.

Pero en unos meses más, con algo de suerte, Antonia tendría suficiente dinero para dejar de huir. Algunas mañanas, Antonia se despertaba con una banda de hierro de pánico alrededor de las costillas, con el corazón palpitando ante la idea de ser atrapada antes de poder desaparecer. Alquilar una pequeña habitación en los límites de Cheapside, un barrio con acceso a los comerciantes en los que confiaba para vender sus trozos robados de alambre y piedras preciosas, le había traído a Antonia una pequeña medida de paz. Podía huir en cualquier momento. Reinventarse. Elegir otro nombre, otro pasado, convertirse en quien quisiera, y la persona en la que Antonia deseaba convertirse a continuación era rica. Ser pobre era, en el mejor de los casos, una forma inconveniente de vivir.

Sin embargo, Havencrest había dejado claro que no tenía meses.

—¿Me leerás? —preguntó Margaret lastimosamente cuando la habían acomodado en la cama. Se frotó la nariz roja con un pañuelo de lino. Antonia tiró del cordón de la campana para llamar a una doncella y pedir una tetera fresca. Leer unas páginas a una mujer enferma era una forma barata de ganarse el sustento.

Sin embargo, Antonia temía la forma en que sus pronunciaciones desiguales revelaban la verdad sobre su falta de educación formal. Al menos aquí en Inglaterra podía fingir que eran extraños americanismos. Era una de las razones por las que había decidido mudarse aquí, en

lugar de al Oeste, cuando llegó el momento de salir de Nueva York. En ese momento, había creído que Inglaterra ofrecía mayor proximidad a la riqueza y las comodidades físicas que la acompañaban.

Londres no era la primera ciudad donde había hurtado el contenido de los bolsillos de sus mejores ciudadanos, pero Antonia había jurado que sería la última.

Aunque, de nuevo, las decisiones de Antonia rara vez estaban bien consideradas. Si fuera un animal, sería un gato, siempre cayendo de pie después de dar un salto salvaje. Sus promesas eran puro aire caliente.

—¿Dónde nos quedamos? —preguntó, encontrando la página donde lo habían dejado la noche anterior—. Ah, sí. El Príncipe Rana.

Pobre Margaret, encontrando consuelo en una colección de cuentos de hadas como una niña, no como una mujer adulta. Aún no había aprendido que los príncipes siempre se convertían en ranas una vez que los besabas, nunca al revés. Sin embargo, su lección estaba por llegar. Antonia podría llegar tan lejos como para impartirla ella misma, solo para devolver la amabilidad de Margaret.

Dos

HAVENCREST NO CREYÓ ni por un segundo el gesto complaciente del mayordomo. Tendría que buscar a la señorita Lowry por todos los salones y bailes de Londres si quería su ayuda. *Mujeres.* Como si hacer que los hombres las persiguieran los volviera locos de deseo...

Si tan solo sus tácticas no funcionaran, al menos con los hombres de menor valía. Su padre se había encargado de armarlo contra las seducciones femeninas desde una edad temprana. Havencrest apartó ese pensamiento. Incluso ahora, después de todo lo que había descubierto sobre las mentiras de su padre, la voz amargamente divertida del anterior Duque resonaba en sus pensamientos en los momentos más inesperados. Incluso después de haber descubierto las mentiras egoístas en el núcleo de la desconfianza mordaz de su padre hacia todo lo femenino, resultaba imposible escapar de los efectos del matrimonio espectacularmente terrible de sus padres. Años atrás, cuando era un joven a la sombra de su padre y desesperado por abrirse camino, casi había tomado una esposa. La joven había sido lo suficientemente valiente como para rechazar su propuesta. Malcolm le debía mucha gratitud por haberlo encaminado en una nueva dirección, aunque eso había creado una brecha entre él y su único progenitor vivo.

Por segunda vez, Malcolm subió pisando fuerte los escalones de la residencia de los Evendaw en la ciudad y golpeó la puerta con la llamadora indecentemente enorme. Un anillo de hierro sostenido en la boca de un león rugiendo. Gente pomposa, el clan Evendaw. Havencrest tenía el lujo de evitar a los Cuatrocientos de Londres, pero no podía escapar del conocimiento íntimo de los defectos de cada familia. De niño, su abuela había compartido libremente con él sus opiniones sobre las familias aristocráticas. Aunque habían pasado décadas desde la última vez que se dirigieron una palabra cordial, podía recordar con perfecta claridad el lado afilado de su lengua mientras relataba sus incursiones en los mejores salones y estancias de Londres.

—Por aquí, milord.

Havencrest se sobresaltó. —Por supuesto —murmuró, irguiéndose en toda su estatura para compensar su sorpresa con intimidación física.

—Lady Margaret. Señorita Lowry —anunció el mayordomo, quien hizo una reverencia y se retiró con pasos silenciosos. La primera, envuelta en una nube de mantas con un libro sobre su regazo, parecía miserable con la nariz enrojecida y los ojos llorosos. La segunda le robó el aliento.

La elegante figura de la señorita Antonia Lowry estaba posada, recortada contra el alféizar de la ventana. Un rayo de invierno colocaba una corona resplandeciente sobre su brillante cabello castaño. La lujuria lo atravesó con tanta fuerza que le robó el aliento. Mechones sueltos colgaban

sobre la cremosa nuca de su cuello. La señorita Lowry poseía el porte de una reina. Una emperatriz.

Su porte le ordenaba recorrer el contorno de su figura compacta y poderosa. Cintura estrecha. Hombros rectos y fuertes. Caderas fuertes acentuadas por la plenitud de las faldas de fina lana apropiadas para una tarde tormentosa de enero. El lustre rosado de la tela susurraba riqueza. Sin embargo, una mujer rica no tenía necesidad de rebajarse al mezquino robo de joyas.

El vestido era una mentira. *Ella* era una mentira, pero necesitaba sus servicios.

—Milord —Lady Margaret inclinó la barbilla—. Perdóneme si no me levanto. He sido víctima de la más *horrible* gripe esta semana pasada. Estoy lo suficientemente bien para sentarme, pero no me siento lo bastante recuperada para recibir invitados. Aunque aprecio enormemente el honor que nos concede con su visita, le pido respetuosamente que...

—Estoy aquí por la señorita Lowry.

Los ojos azules de Margaret se agrandaron. —Oh. ¿Debo dejarlos a...

—Quédate. Por favor. —Esta vez fue la señorita Lowry quien interrumpió a la joven a mitad de frase. Los vellos de la nuca de Havencrest se erizaron cuando la mujer cerca de la ventana se volvió hacia ellos. Grandes ojos del color del ámbar quemado, enmarcados por pestañas tan largas como las de un ternero, hechizaban a un hombre para ahogarse en sus oscuras profundidades. Pero era su voz la que humedecía las palmas de Havencrest y hacía que su miembro se estremeciera en sus pantalones.

La fría y firme cadencia de su orden lo clavó a la alfombra aunque no había sido dirigida a él. Su acento derretía las vocales y estiraba las consonantes en formas poco familiares.

Quédate. Por favor.

Un escalofrío se abrió paso bajo su corbatín hasta tocar la nuca. —Lady Evendaw puede irse —croó. Se aclaró la garganta. No se había quedado sin palabras frente a una mujer desde los dieciséis años. Cortante, sarcástico, quizás incluso cruel a veces, pero nunca sin palabras. Eso le hizo despreciar a esta intrusa americana.

—Margaret se queda. Entiendo que en Inglaterra se requiere que las mujeres solteras estén acompañadas al recibir visitas —declaró la señorita Lowry, ondulando hipnóticamente hacia ellos—. No deseo traer escándalo a mis anfitriones.

Margaret sonrió débilmente. La señorita Lowry se acomodó en el extremo del sofá junto a su amiga. —Continúe —dijo después de alisar sus alborotadas faldas rosadas sobre sus muslos. Muslos que podía imaginar separándose, fácilmente visualizar encontrando su sexo desnudo en su vértice goteando de deseo mientras él...

Concéntrate.

Las deliciosas caderas de la señorita Lowry eran parte de una mujer con abundantes artimañas para desplegar y sin aparente sentido del honor. O culpa.

—Mi conversación con la señorita Lowry no es para otros oídos, Lady Margaret. Le aseguro que su hermano lo entenderá perfectamente.

La sonrisa de Margaret se desvaneció. —Le aseguro que él no entendería en lo más mínimo por qué un extraño solicita una conversación privada con una mujer soltera.

Malcolm consideró brevemente lanzarse por la ventana para evitar explicar su visita a Evendaw, un destino ahora inevitable que Malcolm había fallado en tener en cuenta en su búsqueda obstinada de la señorita Lowry. La mujer movía distraídamente el pie bajo el dobladillo de su falda. Una pequeña sonrisa jugaba en las comisuras de sus labios. Sabía muy bien que tenía la ventaja. La humillación lo invadió. Era un duque, por el amor de Dios. *Ordénale que obedezca.*

Sí, ese enfoque siempre había funcionado tan bien para su padre.

—Deseo llevar a la señorita Lowry a dar un paseo —soltó Havencrest como un tonto jovenzuelo avergonzándose frente a una posible esposa. Malcolm se maldijo por haber pasado las últimas quince horas imaginando el consuelo de acunar el Grito del Corazón en sus palmas, en lugar de prestar la debida atención a asuntos más inmediatos. Antonia Lowry podría y lo conseguiría para él. Ese maldito collar era la clave para poner fin al recuerdo de sus padres, por fin.

—¿Ahora? —preguntó ella con ese tono medio burlón suyo—. ¿No está demasiado lúgubre afuera para un paseo por Hyde Park?

En efecto, como invitaciones improvisadas, su oferta era singularmente desaconsejable. Afuera, los copos de nieve se habían convertido en una llovizna helada que hacía que una charla junto al fuego fuera una perspectiva mucho más agradable. Incluso el clima conspiraba contra él.

—Ahora —respondió él con los dientes apretados.

—Me temo, milord, que no puedo consentir en acompañarlo en una excursión tan tristemente húmeda. Debo tener una carabina, y Lady Margaret está indispuesta.

Sintiendo su derrota hasta la raíz del cabello, Havencrest retrocedió hasta que su hombro demasiado ancho golpeó la pared.

—Quizás en otra ocasión. Le deseo buenas noches.

—Milord —la señorita Lowry se levantó del sofá y ejecutó una reverencia digna de la corte del Rey. Cuando se levantó, sus ojos oscuros se burlaban de él. Una furia profunda hervía en su pecho. No había nada más hiriente para el orgullo de un hombre que la burla de una mujer.

A menos que fueran dos mujeres compartiendo una risa a su costa.

Los labios de arco de Margaret se curvaron en una sonrisa en las comisuras. Se desvaneció al instante en que él la fulminó con la mirada en su dirección supina. La chica parpadeó nerviosamente.

—Mi señora —se inclinó, rígido de indignación—. Señorita Lowry.

Qué desastre. Había acorralado a su presa solo para descubrir que la señorita Lowry mantenía el control completo. Incluso aquí, donde su rango debería abrir todas las puertas, la señorita Lowry permanecía fuera de su influencia. Havencrest se encasquetó el sombrero hasta las orejas y se metió en su carruaje sin esperar la asistencia del lacayo.

Obtendría la ayuda de la señorita Lowry, de una forma u otra. La próxima vez, la atraparía sola.

~

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Margaret en cuanto su invitado se hubo marchado. Soltó una risita sin aliento.

—Al parecer, su señoría deseaba llevarme a dar un paseo en carruaje. En la oscuridad, durante una tormenta de aguanieve. En enero —Antonia se permitió disfrutar de una risa—. El pobre hombre, tan abrumado por el amor hacia mí que mi razonable rechazo a su *generosa* oferta —Margaret aulló de risa ante esto— lo envió de vuelta con el rabo entre las piernas.

—Como un perro callejero pateado en la calle. ¡Casi sentí lástima por él! —exclamó Margaret.

—Me resulta difícil compadecerme de un hombre que posee la mitad de Hertfordshire —comentó Antonia sombríamente—. Un duque rico puede comprar toda la simpatía que desee.

—Toni. ¿Estás insinuando una... una amante? —reprendió Margaret con genuina sorpresa.

La ignorancia esperada de las jóvenes bien educadas siempre tomaba a Antonia por sorpresa. No se suponía que supieran sobre hombres que contrataban los servicios de damas para el placer, aunque claramente su amiga había oído susurros sobre tales asuntos. Antonia había tenido una ruda introducción al concepto poco después de que su madre las mudara a Nueva Jersey. A los doce años, sabía qué era el sexo, cómo se hacía y que los hombres generalmente lo disfrutaban mientras que las mujeres frecuentemente no. La inocente Margaret recogió una pelusa de su manta—. Pensé que solo nosotros los ingleses prestábamos atención a las propiedades de un hombre. No es que se suponga que debamos discutirlo.

En momentos como este, Antonia sentía un extraño ablandamiento en su pecho como si un témpano de hielo se hubiera desprendido de su corazón. Margaret podría ser tonta y demasiado confiada, pero también había sido inesperadamente leal. Margaret daría cualquier cosa por escapar de la sombra de la tutela de su hermano. Probablemente, en unos pocos meses estaría comprometida. El matrimonio y los bebés no podían estar lejos en el futuro de Margaret. Entristecía un poco a Antonia pensar que Margaret nunca tendría la oportunidad de experimentar la vida vivida bajo su propia dirección. Sin elecciones hechas por ti, nadie que te impida alcanzar tus sueños. Antonia no sabía qué hacer con tanta buena voluntad, libremente dada, sin expectativa de reciprocidad. El Duque de Havencrest no era el único cachorro pateado que se encogía por el mundo.

Apenas, se corrigió Antonia. Havencrest era rico y poderoso, y podría aplastarla con lo que sabía sobre sus tendencias de dedos ligeros. Si no encontraba una manera de deshacerse de él, sin duda, él lo haría. Antonia había decidido, hacía mucho tiempo y varios nombres antes de que se asentara con su mote actual, nunca ceder sus deseos a la voluntad de otro. Moriría libre antes de permitirse ser encarcelada o ahorcada. Ambas eran consecuencias que la ley decía en blanco y negro que merecía. En dos continentes, nada menos.

—Le conviene a toda mujer soltera reconocer el tamaño de la... —Antonia guiñó un ojo— propiedad de un hombre.

Los ojos azules de Margaret se agrandaron. Se movió en el pequeño sofá y se rio.

—Eres tan traviesa, Antonia. Si no fueras tan propia alrededor de mi hermano y mi cuñada, te echarían de la casa en un santiamén.

—Mi objetivo es deleitarte, querida Maggie.

Era peligroso ponerle un apodo a Margaret. La madre de Antonia nunca le había permitido tener mascotas en los pocos años que habían vivido juntas. Si le ponías nombre a una mascota, tenías que quedarte con el animal. Nunca se le había permitido tener un favorito entre los gatos que se amontonaban en el plato de sobras que Antonia dejaba fuera cada noche en Nueva York. No es que eso le hubiera impedido encariñarse con un descarado gato anaranjado o, más tarde, con un tímido gatito gris. Pero sabía que era mejor no nombrar a las criaturas que se cruzaban en su camino. A pesar del apego de Margaret, la visita de Havencrest hoy había sido prueba de que Antonia necesitaba seguir adelante.

Después de la cena se retiraron a la habitación de Margaret. Mientras su doncella la bañaba en una bañera de cobre detrás de un biombo, Antonia se sentó en el tocador de su amiga probándose baratijas.

—¿Crees que tiene intención de pedirte matrimonio? —preguntó Margaret desde detrás de la barrera pintada.

—¿Quién? ¿El Duque de Havencrest? —Antonia se llevó un collar de imitación al cuello. Vidrio y láminas de colores intercaladas con racimos de perlas de aljófar, baratas y abundantes, formaban una encantadora exhibición. Por bonito que fuera, no tenía valor alguno. El joyero

donde vendía sus objetos de valor mal habidos no le daría nada por joyas de imitación. Había aprendido por las malas a identificar las imitaciones de las gemas auténticas.

—No, el Príncipe de Gales —bromeó Margaret. Se oyó un chapoteo de fondo—. Por supuesto que me refiero al Duque de Havencrest. Nunca había visto a un hombre tan nervioso en presencia de una mujer. Juro que vi gotas de sudor perlar su frente.

—Me sorprende que puedas ver tan arriba —comentó Antonia—. Su cabeza está tan alta del suelo que me pregunto cómo puede respirar en un aire tan enrarecido.

Margaret resopló. —Es notablemente alto. —Una larga pausa—. Tampoco recordaba que fuera tan apuesto.

Antonia se quedó paralizada. Sus dedos se demoraron sobre el broche de una pulsera de esmalte y diamantes. Había practicado cómo abrir el cierre con una mano en un movimiento rápido y diestro. Ahora, se quedó inmóvil como una piedra mientras una sensación desconocida recorría su cuerpo.

—A mí me pareció bastante aterrador —dijo Antonia después de que pasara esa extraña sensación—. Su altura es excesiva hasta el punto de intimidar. Su señoría se vale de eso, y de su título, para conseguir lo que quiere.

—¿Y si lo que quiere eres tú, Toni? —Hubo más chapoteos—. ¿No te gustaría ser duquesa? Creo que a mí sí. Especialmente porque el linaje de los Havencrest no es real.

—No sé nada de eso —Antonia hizo rodar un collar de perlas entre sus dedos. Auténticas. Grandes y graduadas, este collar tenía valor sin poseer elementos distintivos. Era una elección ideal para robar. ¿Debería llevárselo?

Su mano apretó el collar en su palma.

Antonia no habría llegado tan lejos sin un ingenio rápido y la observación de pequeños detalles que la mayoría consideraba por debajo de su interés. Pero convertirse en duquesa estaba más allá de sus ambiciones más descabelladas, incluso si se le hubiera ofrecido tal papel. No. Havencrest la quería para otro propósito que no era el de una esposa para lucir en su brazo. Antonia no necesitaba saber cuál era para saber que no quería participar en ello.

Él sabía lo que ella era. Había sido descubierta, y eso significaba que tenía que irse antes de que le costara la vida. Le tenía bastante aprecio a estar viva. Incluso con todas las imperfecciones del mundo, Antonia quería permanecer en él el mayor tiempo posible.

El espejo frente a ella reflejó un destello de movimiento. Los dedos de Antonia se relajaron. El collar se enrolló de vuelta en la bandeja de terciopelo donde lo había encontrado.

—Los duques reales están emparentados por sangre con el Rey. En cuanto a convertirse en duquesa, una vez que te casas con un duque, lo eres. Eso es todo —le aseguró Margaret mientras salía de detrás del biombo con una bata que cubría su pequeño cuerpo desde el cuello hasta los tobillos—. No se necesita ningún entrenamiento, ni siquiera para una americana.

Margaret se sentó en la silla junto a su tocador. Su doncella pasaba un peine por su largo cabello, ahora de un tono dorado oscuro por la humedad. Antonia intentó captar la mirada de la mujer, pero estaba concentrada en su tarea y no la reconoció. Antonia había sido esa doncella. Había sido una de las chicas que vaciaban los orinales y fregaban los suelos y escurrían la ropa antes de colgarla para que se secara los días de colada. Había resentido el duro trabajo después de que su madre la apartara de la tarea relativamente suave de acompañar a la señora Beckwith. Sus manos se habían suavizado mientras aprendía a insertarse entre la clase alta, siempre ascendiendo y alejándose de la servidumbre. Sin embargo, nunca olvidó sus orígenes.

—Aunque estuviera dispuesta a codiciar el puesto de duquesa, Maggie —reflexionó Antonia —, no creo que una propuesta de matrimonio esté en camino. Por lo poco que conozco del

hombre, sospecho que su interés es pueril y en absoluto honorable.

Tres

O LA SEÑORITA Lowry había perdido el juicio, o lo había perdido Havencrest.

Para una mujer que se burlaba de un paseo en un cálido carruaje bajo una llovizna, la señorita Lowry tenía mucho valor al empujar una carretilla por un muelle hacia el Támesis, mucho después de la medianoche. El embarcadero no era lugar para una dama refinada. De hecho, ningún aristócrata sería atrapado muerto cerca de ese lugar. Ciertamente no sola, y definitivamente no vestida como un hombre, según le informó a Malcolm el hombre que Havencrest había contratado para vigilar la casa de los Evendaw. Esta información había provocado horas de imágenes indeseadas desfilando por su imaginación mientras buscaban por las calles de Londres algún rastro de la señorita Lowry. Piernas poderosas enfundadas en pantalones de ante, ajustados alrededor de las dulces curvas de su trasero... Los ojos de Malcolm se entrecerraron mientras observaba a la figura luchar con la pesada carga. Una ráfaga de viento levantó el ala de su sombrero, exponiendo la línea afilada de su mejilla y la suave curva carnosa de sus labios. Ni rastro de nuez de Adán.

El hombre que había contratado para seguir a la señorita Lowry la había visto salir de la casa de los Evendaw por una ventana alrededor de las once de la noche. Después de eso, había sido pura suerte que uno de los lacayos sugiriera revisar los muelles. A esta hora de la noche, los muelles estaban desiertos, salvo por las prostitutas y los borrachos que compraban sus servicios.

—Quédense atrás —ordenó Havencrest como si fuera Wellington en Waterloo, y no estuviera agachado detrás de una pila de barriles con dos lacayos a sus espaldas. A cinco metros de distancia, Antonia maniobraba el carro con ruedas entre un par de botes que se mecían. Gimió mientras lo inclinaba para volcar el bulto por el borde del muelle. Parecía una alfombra atada con cuerdas. El rollo se hundió y se quedó obstinadamente en el fondo de su carretilla.

—Señorita Lowry —dijo triunfante. La dama soltó las asas y el carro cayó sobre el muelle de madera podrida con un fuerte golpe. No gritó, pero sus extremidades se crisparon con el esfuerzo de suprimir su reacción.

Bien.

La tenía ahora. La satisfacción lo invadió.

—Lord Havencrest, supongo. —El viento del río se llevó su voz. Era una sirena. Una sirena de medianoche.

—A su servicio. ¿Puedo ayudarla a deshacerse de ese...? —¿Qué diablos era, de todos modos? Havencrest entrecerró los ojos en la penumbra. Un cuerpo vagamente con forma humana yacía medio dentro, medio fuera de la carretilla volcada. Los hombros de la señorita Lowry eran

una línea tensa en su chaqueta mal ajustada. Para gran decepción de Havencrest, no había un delicioso trasero para su inspección. Las solapas de su abrigo lo ocultaban todo.

—Cadáver —completó la señorita Lowry—. Lo compré en St. Giles más temprano esta noche. Apesta.

Havencrest soltó una carcajada sorprendida.

—¿Eres una asesina además de ladrona?

—No lo soy, aunque supongo que no puedo esperar que creas cualquier explicación que pueda darte por ser atrapada arrojando un cadáver al río pasada la medianoche —suspiró la señorita Lowry—. Se lo compré a un resurreccionista. Según sus estándares, estaba recién muerta. —La nariz de Antonia se arrugó, y Malcolm no sabía si reír o sacudirla, atónito de asombro.

—Cada vez que creo tener suficiente aprecio por sus talentos, señorita Lowry, descubro que la he subestimado una vez más —dijo con pesar, agradecido de estar lo suficientemente lejos del cuerpo para evitar el olor a descomposición.

—Estoy llena de sorpresas, milord. —Antonia hizo una reverencia. No se quitó el sombrero. Malcolm vislumbró un trozo de tela negra anudado en la parte posterior de su cabeza, presumiblemente para cubrir su cabello. Una cuerda sostenía el sombrero en su lugar. A su lado, el cuerpo envuelto en la alfombra cayó sobre la madera y se desenrolló para revelar una parte de un vestido rosa. Lo reconoció como uno de los suyos.

—Conjeturo que estás intentando fingir tu propia muerte —dijo Malcolm con un tono de leve reproche—. Es una lástima que tu vestido tuviera que sufrir en el proceso.

—Era mi favorito —dijo la señorita Lowry con una nota de nostalgia—. Pero los vestidos se pueden rehacer.

Se había acercado sigilosamente a ella. El viento helado azotaba a través de su cálida ropa de lana. Los dientes de Antonia castañeteaban mientras lanzaba una mirada río abajo. A Malcolm se le cortó la respiración ante la determinación feroz que vio allí. Esta era una mujer que no dependía de nadie.

—Nunca me viste —declaró. Antonia Lowry levantó un extremo de la alfombra y tiró con fuerza. El cuerpo de la mujer rodó flácidamente hacia el agua. Horrorosamente, el vestido rosa del cadáver se hinchó hasta que el cuerpo comenzó a flotar. Havencrest agarró un remo del pequeño bote que se mecía en el río y le dio un fuerte golpe. Antonia se sobresaltó—. ¿Por qué me estás ayudando?

—Necesito tus servicios. —Malcolm empujó el cuerpo lejos del muelle hasta que la marea se lo llevó.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó la señorita Lowry con un tono tan frío como el viento del mar.

—Primero, que no te suicides.

—Esa mujer muerta no era yo —explicó la señorita Lowry lentamente, como si fuera un simple.

—Soy consciente de eso. Después de todo, estás de pie junto a mí. Por favor —Malcolm hizo un gesto hacia sus lacayos que esperaban—. No puedo dejarte desaparecer. Tampoco puedo permitir que te atrapen interfiriendo con un cadáver. Solo hay una forma lógica de deshacerse del cuerpo.

—¿Quién eres realmente? —preguntó después de varios minutos de silencio. Havencrest calculó que tenían otros veinte minutos antes de desembarcar. Todas las preguntas que había querido hacerle durante semanas se agolpaban por la primacía. Esta era la pregunta que había

ganado.

—La señorita Antonia Lowry...

—Mentiras. Dime la verdad —la interrumpió—. No habrá juegos. Dime quién eres, o te entrego al magistrado.

Se sentó a su lado en un rígido silencio, oliendo a carne en descomposición. —Nací de una sirvienta en Virginia, donde viví hasta los nueve años cuando mi madre nos mudó a Nueva Jersey...

—Te dije que me dieras la verdad. Si no lo haces, te entregaré gustosamente a Bow Street. Los aristócratas pueden comprar cualquier medida de justicia que deseen —. Por fin logró penetrar en ella. El rostro de la señorita Lowry palideció y su expresión se tornó inexpresiva. Esto lo inquietó, pues Antonia Lowry —un nombre que serviría a falta de uno real— como todas las mujeres, era la estafadora más intrépida que jamás había conocido.

No todas las mujeres mienten.

Pero no se podía confiar en ninguna. Havencrest alejó la voz de su padre. El hombre ya había hecho suficiente daño.

—Te atrapé profanando un cadáver. Por favor, dime que no estás intentando convencerme de tu respetabilidad —las palabras de Malcolm, recortadas por la frustración, fueron arrebatadas por una ráfaga de viento.

—Era mejor que el destino que habría encontrado en manos de los estudiantes de medicina —respondió la señorita Lowry con brusquedad—. Al menos, yo habría preferido el río a la alternativa de ser abierta en canal por mera curiosidad —replicó. Su mandíbula se cerró de golpe como si hubiera dicho demasiado. Su expresión pasó de obstinada a francamente terca—. Tomé un medallón del cuerpo. No vale nada. Metal barato, pero hay una palabra grabada en él. Idless. ¿Has oído hablar de ello?

—No —respondió Havencrest en una fría exhalación. Esto no debería ser tan difícil. La señorita Lowry debería estar intimidada por un duque, no llevándolo por las pelotas. No es que ella supiera que lo estaba llevando por las pelotas. ¿Cómo podría saberlo? Todo estaba en su cabeza, esta ridícula atracción que no deseaba y se negaba a complacer. La necesitaba para un solo propósito, y después de semanas de persecución, tenía una oportunidad de ganarla para su causa. Lo estaba echando a perder en todos los niveles—. Sí. Está en Cornualles, creo.

Los dientes de la señorita Lowry comenzaron a castañetear. Su cuerpo temblaba incesantemente. El viento frío los atravesaba.

—¿Puedo ofrecerle mi chaqueta?

—No. No puede —la señorita Lowry apenas podía hablar con los dientes castañeteando. Mujer obstinada.

—No podemos quedarnos aquí indefinidamente —ordenó Malcolm.

—Milord, si lo desea, puedo traer el carruaje...

—Déjanos —respondió Malcolm bruscamente. La cabeza del muchacho se inclinó. Tenía que hacer algo antes de que los vieran y se vieran obligados a explicar públicamente esta miserable salida. No había ninguna razón posible para que él, dos lacayos y una mujer soltera estuvieran en los muelles después de medianoche. Ninguna. Se vería obligado a casarse con la señorita Lowry para preservar su honor, si es que los ladrones poseían tales delicadezas. Malcolm se estremeció por algo más que el frío.

—Señorita Lowry —ordenó. Sus ojos se elevaron de golpe, fijándose en él con una emoción que no pudo descifrar. ¿Terror? ¿Odio? Cualquiera de los dos, o ambos. Lo que fuera necesario para sacarlos de este muelle helado.

—Debe tomar mi chaqueta —insistió.

—Al diablo con su chaqueta.

—Congélese, entonces —Malcolm le dio la espalda. Sus entrañas estaban anudadas, tensas y enredadas. Sus músculos se habían puesto rígidos por el frío. Estaría adolorido por la mañana.

Un forcejeo y un raspón lo hicieron girar sobre sus talones. —Maldita sea, mujer. ¿En qué está pensando?

La señorita Lowry había desatado un bote destartalado y se había alejado del muelle. Los remos salpicaron cuando agarró la madera áspera de los mangos y remó hacia la corriente. Malcolm saltó al bote vecino y zarpó con remos torpes. Era un burro de embarcación, que requería constantes empujones y la ocasional zanahoria para moverse en la dirección correcta. El esfuerzo de remar el bote hacia la orilla lo hizo acalorarse en su fino abrigo de lana. —Se ahogará —gritó. La señorita Lowry esbozó una sonrisa. Le encantaba escapar por los pelos. Él le enseñaría. La atraparía y la pondría entre la espada y la pared aunque fuera lo último que hiciera.

Tirar de los remos a través de las pesadas olas pronto lo hizo acalorarse. Sin embargo, no había tiempo para abandonar su gran abrigo, pues la señorita Lowry avanzaba más rápido. ¿Cómo diablos era tan fuerte?

La fría humedad le lamía los tobillos. —Mierda —maldijo. El bote tenía una fuga.

—Señorita Lowry —gritó—. A menos que desee que nade por el río para atraparla, le sugiero que dé la vuelta.

—Oh, ¿ahora somos un pez? —se rio, volviéndose para mirarlo. A la luz de la luna, vio cómo cambiaba su expresión—. Se está hundiendo.

—Me temo que sí.

—Quédese ahí —ordenó. A pesar de su predicamento, Malcolm sonrió.

—Como si tuviera opción en el asunto.

Sorprendentemente, su bote ejecutó un giro dolorosamente lento. Para cuando su casco apuntaba contra la marea, la embarcación de Malcolm había derivado lo suficientemente cerca como para que él pudiera agarrar el costado. Con un salto torpe, se subió al bote de ella. Se quedaron allí mirándose como dos gatos que se encuentran en un callejón.

—¿Por qué me rescató? —preguntó después de un largo y tenso silencio. La corriente había arrastrado su bote a cierta distancia. Navegaba alarmantemente bajo en el agua.

—Porque no soy una asesina —la señorita Lowry agarró los remos y lo atravesó con una mirada oscura—. Todavía.

Malcolm se rio. Sus dedos de los pies eran carámbanos y sus mejillas estaban entumecidas, pero nunca antes se había encontrado con una mujer como Antonia Lowry.

—Déme los remos.

Las cejas de Antonia se fruncieron bajo su sombrero. Tiró. Frunció el ceño. Tiró de nuevo. Sus dientes castañeteaban cuando no estaba trabajando para tirar de la madera contra el agua. —Oh, está bien, entonces.

—Tome mi abrigo.

—No.

—Como quiera. Mujer obstinada —Havencrest se lo quitó y lo abandonó en un triste montón detrás de su asiento, entre él y la señorita Lowry. Para cuando pudo ver la orilla, el cielo se había aclarado hasta un gris previo al amanecer.

—A la derecha —indicó ella de mal humor. Havencrest ajustó sin decir palabra. Sus dedos se habían congelado en arcos alrededor de los mangos de los remos. Con cada tirón cortaba la marea para acercarlos centímetro a centímetro a la orilla.

—Ya lo tengo —dijo por fin la señorita Lowry, cuando sus hombros se habían tensado hasta el punto de la fatiga. Se oyó el raspado de la cuerda sobre la piedra y un golpe de madera contra roca. Dónde habían aterrizado era una incógnita, pero estaban vivos. Eso era todo lo que importaba.

Havencrest trabajó con sus manos heladas para asegurar la áspera cuerda. Levantó la vista para encontrar que la señorita Lowry había tomado su abrigo abandonado, después de todo. Ahora que no estaba remando, el sudor se secaba contra su piel en un corsé helado. Estaba a punto de pedírselo de vuelta... pero un caballero nunca le quitaría una prenda cálida a una mujer.

Aunque fuera una ladrona.

Aunque fuera una asesina.

Incluso si se sentía tentado a asesinarla él mismo.

Pero no podía hacerlo. Después de todo, él era quien quería los servicios de la señorita Lowry. Después de esta noche, Havencrest estaba seguro de haberlos asegurado.

—¡Señor! —Los lacayos de Malcolm habían seguido con el carruaje. Sus articulaciones anhelaban el calor. Treinta y seis años eran demasiados para jugar al marinero de medianoche. El lacayo uniformado de Malcolm miró con recelo a la señorita Lowry—. Adentro —ordenó, prácticamente empujándola por el escalón hacia el relativo calor de su carruaje. Qué espectáculo, sus finos caballos y su reluciente carruaje arrastrándose por los muelles en las primeras horas de la mañana. Calculó que su aventura había durado más de una hora, y que eran cerca de las cuatro. El vehículo se puso en marcha con un tirón. Su piel se había vuelto pegajosa por la humedad y el frío. ¿Qué haría ella si se desnudara y viajara a casa en ropa interior? Pero todo lo que preguntó fue—: ¿Por qué se tomó tantas molestias para hacer creer a la gente que estaba muerta?

La señorita Lowry lo miró con ojos compasivos.

—Porque necesitaba desaparecer. —*Imbécil*. El insulto estaba implícito—. Sin embargo, no tiene intención de dejarme hacerlo, ¿verdad? —preguntó suavemente.

—No, señorita Lowry, no la tengo. La próxima vez que le pida unos momentos de su tiempo, espero que me los conceda. Será pronto. Mientras tanto —Malcolm observó el amanecer que rayaba el cielo de rosa—, le exijo que mantenga la fachada que ha cultivado durante los últimos meses.

Habían llegado a una zona residencial de clase trabajadora de Londres, muy al sur del centro más adinerado. La señorita Lowry se mantuvo firme a varios metros de distancia, aún envuelta en su abrigo.

—¿Con qué fin y propósito? —Un escalofrío sacudió su cuerpo.

—Usted tiene algo que yo quiero. —Havencrest dudó—. Y puede conseguirme el resto.

La comprensión floreció en su hermoso rostro.

—Necesita que robe para usted.

—Exactamente.

Un alivio como una brisa de verano lo inundó. Esta mujer, cualquiera que fuera su verdadero nombre, podría reunir las dos mitades del collar Llanto del Corazón que había pertenecido a su madre. Un recuerdo de seda crujiente y perfume le hizo cerrar los ojos.

Vestido azul como un cielo de verano.

Cabello apilado alto y empolvado con lavanda.

Diamantes rojo sangre, no rubíes como a veces se suponía, engarzados en espirales de filigrana de oro tan fina que parecía hilada por hadas. O eso había creído de niño. El sonido de las dos mitades de un precioso collar encajando. La seda crujiendo mientras su madre lo sentaba

en su regazo.

—Voy a salir con tu padre esta noche. Pórtate bien con Nana.

El aroma de los lirios, tenue pero cada vez más fuerte hasta que el olor le provocó náuseas.

Havencrest abrió los ojos. La señorita Lowry lo miraba con cautela felina. Un entendimiento pasó entre ellos.

—Si puedo conseguirle lo que quiere, Lord Havencrest —preguntó suavemente—, ¿qué hará usted por mí?

Cuatro

—Si logra reunirme con lo que me pertenece por derecho, le compensaré sus esfuerzos no denunciándola a las autoridades locales por profanar un cadáver —respondió Havencrest con indiferencia, como si no estuviera amenazando su vida mientras examinaba las ampollas en carne viva que supuraban un líquido transparente en sus palmas. Antonia había ido a la deriva con la corriente hacia el centro del río. No había pensado en cómo volvería a la orilla. Siempre daba saltos de fe y rezaba por un aterrizaje seguro. Algún día, su suerte se acabaría.

—¿Qué tengo que hacer para evitar ser entregada a las autoridades? —Robar joyas, obviamente, pero cuanto más supiera sobre sus expectativas, mejor podría evaluar Antonia si debía huir al primer indicio de libertad. En cuanto a errores, a Antonia le costaba recordar cuándo había cometido uno tan grave por última vez. Los duques no eran conocidos por saltar a botes con fugas para perseguir a ladrones en medio de la noche. Había subestimado a Havencrest. Peor aún, se había decepcionado a sí misma.

—Me estaba vigilando —dijo acusadoramente después de recorrer una milla serpenteante por las calles laterales de Londres. Al otro lado del asiento, el Duque de Havencrest examinaba sus palmas ensangrentadas.

—Sí —dijo con fingido aburrimiento—. Mi empleado, en realidad.

Así debía ser como sabía que ella lo tenía, pero esta era una baratija robada que no tenía intención de devolver. La exquisita artesanía del colgante de filigrana de oro era la única razón por la que Antonia aún no lo había fundido para venderlo. Desde que había cortado un solo eslabón de la cadena y sacado la gema del pecho de una mujer mayor en un teatro de ópera hacía varios meses, Antonia no había querido separarse del audaz diamante rojo en forma de lágrima que ocupaba el centro.

Es mi ahorro, se decía Antonia.

—Necesito su... —Havencrest hizo una pausa. Su mirada recorrió su cuerpo de arriba abajo tan rápidamente que apenas registró su descaro—. Asistencia —concluyó.

Antonia sonrió. Necesitarla hacía que el hombre se despreciara a sí mismo por su debilidad. Cuando llegara el momento, usaría esa ventaja para escapar. Antonia, si algo era, era experta en esperar el momento oportuno. Mientras tanto, los hombres que necesitaban controlar a las personas a su alrededor solían ser los más fáciles de manipular.

—Ya veo —sonrió Antonia con suficiencia—. Mi asistencia. ¿Para vendar sus manos?

¿De dónde diablos había salido esa oferta?

Havencrest se puso rígido. Escondió sus manos detrás de los codos, con los brazos cruzados

sobre su amplio pecho. —Mis manos están bien.

—Será mejor que limpie las heridas y las vende para prevenir infecciones. Además, le recomiendo que se tome un descanso de su apretada agenda de fruncir el ceño a las damas, no sea que sus lesiones provoquen un exceso de efusiones sentimentales. Podría encontrarse cargado con una duquesa. —Antonia lo pinchó con cualquier combinación de palabras que se le ocurriera que pudiera provocar una reacción.

Todo lo que hizo fue bufar. Antonia se sintió como un gatito colgando del pescuezo, siseando con furia impotente.

—Apenas pongo un pie en la sociedad londinense, como bien sabe.

Lo sabía. Antonia hacía de la observación su negocio. Havencrest, aparentemente, también. Bueno, ahora que el hombre la había atrapado con las manos en la masa profanando un cadáver, tenía pocas opciones más que cooperar con su plan.

—Necesito detalles —insistió Antonia mientras el color florecía en el cielo matutino sobre los oscuros tejados—. ¿Qué quiere que robe?

Havencrest dudó. —La otra mitad del collar que robó. Sé que es capaz de hacerlo. Lo ha hecho antes.

—Tal vez. —Antonia se encogió de hombros. Si no se equivocaba, la forma en que la mirada ceñuda del hombre recorría su cuerpo indicaba un interés más allá de lo mercenario. También podría usar eso—. ¿De quién?

—De la Duquesa Viuda de Summervale.

Antonia cruzó los brazos sobre su pecho. —Apenas me necesita para eso. Cualquier tonto podría cortar la cadena. Dudo que ella siquiera notara que falta hasta...

Una leve sonrisa curvó las comisuras de los labios del duque, cuya forma no debería estar notando en este momento tan inoportuno. Los ojos de Antonia se estrecharon. El bastardo prácticamente la había engañado para que confesara. Era una pieza más de poder que tenía sobre ella. La ira se encendió en su pecho. Ningún hombre la controlaba. Ni ahora. Ni nunca.

La tensión entre ellos cambió sutilmente. La boca de Havencrest se suavizó. Su mirada de diamante azul se clavó en la suya hasta que ella desvió los ojos y levantó la barbilla. —Mi punto es que cualquier tonto podría robar el collar de la anciana en un santiamén.

—¿Cómo hace eso, señorita Lowry? —preguntó con aspereza.

—¿Hacer qué?

—Imitar mi acento a la perfección.

Antonia se removió en su asiento. Siempre había sido capaz de copiar los modales y el acento de otra persona con unos minutos de estudio. Así era como se había convertido en una tímida doncella, luego en una heredera americana, y en incontables otras identidades a lo largo de los años. Vestida con una camisa y pantalones de mozo de cuadra, Antonia ni siquiera se había dado cuenta de que se había deslizado en la piel de otra persona.

—No estaba intentándolo —espetó. El carruaje dio un brusco giro y ella se deslizó unos centímetros en el asiento. Antonia pisó el suelo con su bota y se apoyó con el brazo contra el lateral del coche. Sus dedos se hundieron en el suave terciopelo. Cuando completaron el giro, encontró su pie atrapado entre las relucientes botas de Hesse del Duque. Sin querer, su mirada siguió la línea de su larga pierna hasta la rodilla donde el cuero negro se convertía en pantalones de ante. Los gruesos muslos separados por unos centímetros la invitaban a mirar donde los ojos de ninguna dama deberían vagar...

Pero entonces, Antonia nunca había sido una dama.

Sus mejillas ardieron al contemplar lo que casi había hecho. Aunque el cielo se había

aclarado con el inminente amanecer, aún no había luz suficiente para que Havencrest lo viera. Se recompuso con una brusca inhalación y retiró su pie de entre sus pantorrillas como si su pierna hubiera estado atrapada en una trampa de acero.

—Si le ayudo, quiero dinero —dijo cuidadosamente—. Soy la mejor ladrona de joyas en dos continentes, y las mejores no trabajan barato. —El lenguaje natural de Antonia era directo y mercenario. Se sentó erguida e inflexible en su asiento.

—Hecho —los labios de Havencrest se torcieron en un amago de sonrisa. Podría haberlo hecho parecer apuesto si no fuera por su arrogancia satisfecha. Antonia leyó en su rostro el desdén por los asuntos relacionados con el dinero. Era un lujo que ella nunca había tenido la oportunidad de disfrutar. Sin embargo, estaba deseando experimentarlo, tan pronto como le sacara hasta el último centavo que pudiera conseguir. El Duque de Havencrest tendría los bolsillos vacíos cuando ella terminara con él, se juró Antonia.

—Oh, no, aún no hemos terminado —declaró ella con una falsa dulzura que hizo que el espacio entre sus cejas se arrugara—. No le he dicho cuánto quiero.

—Nombre su precio.

—Cien mil libras.

Havencrest se quedó boquiabierto por un momento, luego echó la cabeza hacia atrás y se rio. Maldito fuera el hombre por poseer esa risa rica que podría hacer que las rodillas de una mujer se debilitaran y su corazón latiera más rápido, si Antonia hubiera estado inclinada a emociones de algún tipo. Ya era bastante malo cómo el órgano en su pecho se saltó un latido al oír el sonido.

Este hombre lo tenía todo. Quería que ella arriesgara su vida por unas pocas onzas de metal y piedras preciosas, cuando ella no tenía nada. Ni familia. Ni país. Ni amigos a los que no hubiera mentido desde el primer momento en que dijo las palabras: "Mi nombre es Antonia Lowry".

Cómo se atrevía a reírse.

—Déjeme aquí en la esquina —ordenó ella. Eso cortó su risa de inmediato. Bien. Antonia lo había subestimado dos veces ya; no iba a cometer ese error de nuevo. Todavía tenía un objetivo. Desaparecer. Al diablo con este aristócrata arrogante con sus ojos bonitos y su obsesión por un maldito collar que no necesitaba.

—La próxima vez que le extienda una invitación, ya sea para bailar, para asistir a la ópera o para cenar en privado conmigo, usted la aceptará —gruñó Havencrest, y el pulso de Antonia se volvió débil en respuesta. Todo lo que ella hizo fue levantar una ceja.

—Por desgracia, siempre estoy decepcionando a la gente —suspiró ella con un tono tan dulce como el azúcar bañado en miel, tan empalagoso que resultaba insoportable—. Si espera que mantenga mi residencia con los Evendaw, será mejor que me deje fuera de la vista para que pueda entrar en la casa por los establos.

Como si tuviera alguna intención de hacerlo. En el instante en que el carruaje estuviera fuera de vista, simplemente iría a su escondite y desaparecería en el submundo de Londres. Qué conveniente para Antonia que estos estirados no pudieran distinguir a una criada de otra. No había valor en la soga de un verdugo.

Pero estaba la necesitada amistad de Margaret para considerar. Cuando Margaret encontrara la nota que había dejado... Antonia suspiró. Necesitaba entrar en la casa y quitarse esta ropa, ahora mismo, o arriesgarse a ser descubierta.

Havencrest golpeó el techo y llamó a su cochero para que se detuviera. Los lacayos debían estar congelándose, no es que esperara que a un duque le importara la comodidad física de sus sirvientes. La miró con sospecha mientras se inclinaba hacia adelante, con los antebrazos sobre sus rodillas. Dada su altura, el hombre dominaba el espacio hasta que Antonia no tuvo espacio

para alejarse y se vio obligada a sentarse contra el respaldo. Él le rozó la barbilla con el pulgar.

—No me decepcionará, Antonia.

El suave toque hizo cosas extrañas en su estómago. Le robó la voluntad de protestar.

Él se reclinó con una sonrisa satisfecha.

—Ahora salga de mi carruaje, señorita Lowry. Apesta a cadáver.



Antonia casi lo logró. Un crujido en la escalera principal la delató.

—¿Toni? —Margaret medio susurró, medio siseó. Antonia se estremeció ante la forma en que el pánico y el alivio se mezclaban en esas dos sílabas. Su amiga se lanzó escaleras abajo en un torbellino de bata blanca con volantes y camisón de lino, como un fantasma enloquecido, pero ningún fantasma podría aplastar las costillas de Antonia de la manera en que lo hizo el abrazo de Margaret. Antonia acarició el suave cabello rubio de su amiga y le dio un beso en la cabeza sin pensar.

Antonia retrocedió ante su afecto instintivo. Estaba interpretando un papel, uno que podría determinar si dormía en una cama suave y cálida la noche siguiente o si temblaba durante la larga oscuridad en el catre de su escondite. Habiendo dormido en un sinfín de lechos terriblemente incómodos, Antonia tenía una fuerte preferencia por las camas suaves.

—Hueles —dijo Margaret arrugando su pequeña nariz—. ¿Dónde has estado? Encontré tu nota hace un momento. No puedo creer que fueras a irte en plena noche así. Estaba a punto de buscar a mi hermano para ir a buscarte.

Sí, esto iba a ser un lío monumental de limpiar. Antonia suspiró con lo que esperaba pasara por remordimiento.

—Cambié de opinión.

—¿Por qué estás vestida como un mozo de cuadra? —preguntó Margaret, manteniéndola a distancia de un brazo—. Ven. A mi habitación, antes de que mi cuñada te encuentre. No llegaron a casa hasta después de medianoche, así que no espero que se levanten antes de las diez. Llamaré a mi doncella para que traiga una bandeja y un baño de asiento.

Comida y agua caliente sonaban gloriosas, aunque se estremeció ante la idea de despertar a las criadas a esta hora impía. Los músculos de Antonia dolían mientras subía las escaleras del brazo de su amiga. Sin embargo, esta noche —esta mañana, más bien— Antonia estaba demasiado agotada hasta los huesos para hacer más que dejarse llevar por los cuidados de su anfitriona. El baño de asiento necesitó media hora para buscar el agua extra y calentarla en la estufa antes de que un sirviente la llevara a la habitación de Margaret. Antonia se quitó la camisa sucia y los pantalones mal ajustados manchados con Dios sabe qué despojos de su cuerpo y se aplicó un paño frío de la jarra detrás del biombo de Margaret en la cara, lavándose el cuerpo lo mejor que pudo.

Cuando emergió, todavía apestaba a muerte. Antonia tenía la sensación de que nunca la abandonaría, este olor a malos finales.

—Deberíamos quemar la ropa —llamó Margaret desde el otro lado del biombo—. Es irrecuperable.

No lo era, si se lavaba con una pizca de lejía, pero Antonia estaba demasiado exhausta para discutir. Los apiló en la esquina y se puso el camisón que Margaret había traído de su habitación. La pálida luz del sol de enero se derramaba por la ventana. El cansancio tiraba de sus párpados hacia abajo. La mandíbula de Antonia se abrió en un profundo bostezo.

—Toni, ¿por qué dejarías esto en tu almohada? —preguntó Margaret, con sus ojos azules abiertos de par en par por el dolor. Sostenía una nota. Antonia sabía muy bien lo que decía. Melodramática hasta el final, y eso iba a hacer que la colgaran si no tenía más cuidado.

Lady Margaret:

Sin usted, estos últimos meses entre extraños habrían sido imposibles de soportar. Lamento tener que dejarla con tan poca antelación. Adiós.

Con afecto,

Antonia Lowry

Como notas de despedida, dejaba mucho que desear. De hecho, solo una chica tan hueca como Margaret la aceptaría sin cuestionarla, especialmente cuando la autora de la nota se escabulló de vuelta a la casa vestida como una campesina y apestando a cadáver, como lo había expresado el despreciable Duque de Havencrest. Una mujer más suspicaz habría armado un escándalo y empezado a hurgar en el pasado de la señorita Lowry. Si hubiera anticipado tal desenlace, quizás habría puesto más empeño en la sinceridad de la nota.

—No podía irme sin despedirme —dijo Antonia tras una pausa. Era una mentira descarada. Podría haberse marchado sin pensar en Margaret nunca más. Sin embargo, los ojos azules de Margaret se llenaron de lágrimas.

—Me sentía tan sola antes de conocerte, Toni —sollozó. Margaret sacó un pañuelo con borde de encaje del cajón de su mesita de noche. En lugar de secarse delicadamente la mejilla, soltó un sonido digno de un ganso. La punta de su nariz se había tornado de un encantador tono rosado. La mujer era incapaz de mostrar fealdad. Incluso durante su enfermedad hace unos días, había estado recatada y conmovedora.

Mientras que Antonia había nacido con vinagre en la sangre. Se había abierto camino en la vida a pura fuerza de voluntad para crearse esta vida precaria. Antonia cubrió la mano de la otra mujer con la suya. La garganta le picaba. Los ojos se le humedecieron. Un estornudo le quemaba los senos nasales. —Margaret. Nunca he tenido una amiga como tú.

Era la verdad, por lo que pudiera valer.

Cinco

4 DE FEBRERO de 1826

Estimada señorita Lowry:

Confío en que se haya recuperado de su reciente excursión fluvial.

De acuerdo con el entendimiento al que llegamos anoche, está usted invitada a ver la producción de Cymbeline *de Charles Kemble mañana por la noche. Deseo formalizar los detalles con usted sobre el tema del pago por sus servicios. Si bien su solicitud es una suma absurda, estoy dispuesto a ofrecer una muy generosa cantidad de mil libras. Doscientas por adelantado, como anticipo, y el resto a pagar al finalizar. Podremos discutirlo más a fondo en la privacidad de mi palco.*

Atentamente,

Havencrest

P.D.: Maria Theresa Kemble hace apariciones poco frecuentes en estos días, pero cuando lo hace, a menudo es vestida de hombre. Creo que lo disfrutaría.

6 de febrero de 1826

Estimada señorita Lowry:

Su ausencia ayer no estuvo de acuerdo con el entendimiento al que llegamos después de su desastrosa aventura nocturna en el río. Como dice el refrán, no hay honor entre ladrones. No obstante, me encuentro decepcionado.

La Duquesa Viuda de Summervale asistirá a un musical esta noche. Tengo buena información de que Evendaw ha sido invitado. Reúnase conmigo para una partida de whist y la pondré al tanto de los detalles de la misión para la que la he contratado.

Respetuosamente,

Havencrest

7 de febrero de 1826

Querida señorita Lowry:

Mil libras fueron, tras reflexionar, un insulto considerable a sus habilidades profesionales. Estoy dispuesto a ofrecer cinco veces esa cantidad: quinientas por adelantado, y el resto tras la entrega del collar de diamantes Heart's Cry.

Con pesar,

Havencrest



8 de febrero de 1826

Señorita Lowry:

No me gusta hacer amenazas. Si uno no está preparado para cumplirlas, es mejor abstenerse de hacerlas.

Reúnase conmigo mañana en el Museo Británico. Traiga a su acompañante, si su salud se lo permite. Diez mil libras es mi oferta final.

Si no está allí al mediodía, me veré obligado a informar al magistrado dónde se vio por última vez a la dama del vestido de seda rosa con volantes que recientemente fue sacada del Támesis, y con quién.

Havencrest

P.D.: Su silencio es suficiente para hacer tambalear la fe de un hombre en el género femenino.



Havencrest:

Perdone mi silencio. He caído enferma con las fiebres que recientemente aquejaron a Lady Margaret. Mi salud ha hecho necesario el confinamiento en mi cama, lo cual debería saber considerando que ha tenido a cuatro hombres vigilando la casa de los Evendaw día y noche desde nuestra aventura de medianoche. (No se atreva a malinterpretar eso).

Heart's Cry vale cuatro o cinco veces su tarifa propuesta. Veinte mil en oro, la mitad depositada en custodia antes de que siquiera mire en dirección a Lady Summervale, y usted absorbe todos los gastos. Serán sustanciales.

Si está de acuerdo con mis términos, reúnase conmigo el sábado en los Jardines de Kensington.

-A

P.D.: Si continúa escribiéndome con tanta frecuencia, perderé mi cómoda posición con los Evendaw. Sea más discreto, por favor.



Señorita Lowry:

Le deseo una pronta recuperación. Veinte mil libras es usura. Depositaré cinco mil libras en una cuenta para cubrir sus «gastos». Presumo que se refiere a vestidos y las fruslerías que comúnmente se esperan de las damas que se mueven en el círculo de Lady Summervale.

Si logra asegurar la mitad superior del Llanto del Corazón y me devuelve ambas mitades,

depositaré cinco mil libras adicionales en la cuenta. Es mi oferta final.

Havencrest



—¿Estás segura de que te sientes lo suficientemente bien como para salir esta noche? —preguntó Margaret solícitamente mientras su doncella retorcía los oscuros mechones de Antonia en rizos y los sujetaba, no con mucha delicadeza, en la coronilla. Perlas de imitación brillaban entre sus trenzas.

—No me habría tomado la molestia de conseguir un vestido nuevo si tuviera la intención de quedarme en tu habitación de invitados el resto del invierno —Antonia se estremeció cuando un frío viento invernal sacudió la ventana—. Aunque confieso que la idea tiene cierto atractivo.

Antonia no se habría molestado en arrastrarse fuera de la cama con una tos malvada si el asunto de que su vestido rosa favorito fuera encontrado en el río no hubiera sido una sombra constante detrás de ella. Una sombra más entre las muchas que la acosaban. La determinación de Antonia de nunca dejar que los fantasmas de su pasado la alcanzaran la había llevado a fingir una salud decente el tiempo suficiente para visitar a la modista de Margaret y encargar una réplica razonable de su tristemente arruinado vestido rosa y este, de seda marfil lisa. El único adorno era un poco de encaje en la espalda y sobre el busto.

No importaba cuántos brazaletes y pendientes robara, nunca parecía haber suficiente dinero. El oro y la plata vendidos como chatarra le proporcionaban monedas suficientes para mantenerla en guantes y sombreros, pero nunca era suficiente dinero para comprarle un lugar permanente en este mundo. Las joyas, una vez que acumulara suficientes, lo harían.

—Deberías quedarte en casa si no te sientes lo suficientemente bien —replicó Margaret—. Una salida al teatro nunca es necesaria.

—Había oído que existe la posibilidad de una aparición de Maria Theresa Kemble —comentó Antonia distraídamente mientras se aplicaba una crema rosa pálido en las mejillas y los labios—. No hay que perdérsela.

—¿Quién dice eso? —preguntó Margaret mientras se acomodaba frente al espejo—. No ha hecho una aparición en años. Además, no has salido de casa en días y la nueva temporada acaba de comenzar.

—Lo leí en el periódico mientras estabas fuera —dijo Antonia apresuradamente.

—¿Estás segura de que no tiene nada que ver con esas misteriosas notas diarias? —preguntó Margaret—. La esposa de mi hermano está muy preocupada por mi reputación. Cree que has encontrado un pretendiente.

Antonia resopló. —¿Yo? ¿Una extranjera sin modales?

Mentirosa.

—Eres tan hermosa, Toni. Todo lo contrario a mí —suspiró Margaret.

—Tonterías. El mundo es lo suficientemente grande para acomodar la belleza en todas sus formas. La variedad es la sal de la vida y todo eso.

Margaret asintió gravemente. —Cowper.

Antonia archivó esta información para futuras referencias. —Las cosas rara vez terminan bien para las mujeres en las historias de Shakespeare, ¿verdad?

La única razón por la que a Antonia le gustaban los teatros era que resultaban terrenos de caza fáciles para las joyas. El tocador de las damas entre actos era un lugar confiable para chocar con una mujer y aliviarla de un brazalete o tirar de un pendiente de diamantes para liberarlo de su

lóbulo. No importaba si no conseguía el par, ya que Antonia extraía las joyas y vendía el engaste en una bola retorcida de alambre para ser fundido. Los brazaletes eran los más fáciles. Los collares eran un acierto o un error, al igual que los adornos para el cabello. Tirar demasiado fuerte, y corría el riesgo de alertar a la dueña con un cabello accidentalmente arrancado. Los anillos, Antonia rara vez los intentaba, a menos que estuvieran sueltos y se llevaran sobre el guante de una dama.

—Havencrest no envió ninguna carta hoy —dijo Margaret distraídamente.

La emoción recorrió la parte posterior de su cuello como una corriente eléctrica.

No me decepcionarás, Antonia.

El zumbido en su nuca se agudizó. Al menos estaría a salvo de la intervención de Havencrest esta noche. Había enviado una respuesta concisa, lo que esperaba fuera una réplica final, para poner fin a la tontería de que arriesgaría su vida para que un hombre rico pudiera tener una piedra brillante. Una cosa era arriesgar su propio cuello para robar en su propio beneficio. Era algo completamente distinto arriesgarlo en nombre de otro.

—¿Estás lista? —preguntó Margaret, levantándose del otomano donde se había posado mientras su doncella enroscaba sus rubios mechones alrededor de una varilla de hierro caliente. Antonia podía ver cómo un hombre —o una mujer— podría encontrar atractiva su radiante inocencia.

—Tan lista como puedo estar —respondió Antonia, tomando a su amiga del brazo y acortando su paso para igualar el de Margaret. Una vez en el carruaje, preguntó por los detalles de la función de la noche. Evendaw y su esposa las esperaban.

La mandíbula del conde se desencajó dos veces mientras traqueteaban sobre los adoquines, cerrándose cada vez. Miró a Antonia con franca curiosidad y más de una dosis de escepticismo. Antonia juntó sus manos enguantadas en su regazo, esperando. —Es, por supuesto, impropio de un conde preguntar por el contenido de una carta privada, sin embargo, no puedo evitar comentar sobre el inusual número de entregas a la señorita Lowry en los últimos días. ¿Es posible que se esté formando un vínculo?

—No presiones a nuestra invitada —le reprendió su esposa, lanzando una fría mirada de reojo a Antonia. Lady Evendaw, nunca una anfitriona entusiasta, había accedido a la estancia prolongada de Antonia por lástima hacia una extranjera sola durante la temporada navideña y por su equivocada noción de que Antonia ayudaría a promover su misión de casar a Margaret con el primer hombre que se ofreciera. Antonia levantó la barbilla, tentada de fingir un vínculo solo para molestar a su anfitriona. Pero el peligro demasiado real de una atracción verdadera puso un rápido fin a esa línea de pensamiento.

—No es nada —aseguró Antonia a su anfitriona. Sonrió con picardía a la mujer rubia en el banco a su lado. Los ojos de Margaret se abrieron de par en par.

—¿Quieres insinuar que Havencrest ha desarrollado un interés por mi hermana? —exigió Evendaw, su rubicunda complexión iluminándose considerablemente. Antonia levantó un hombro cubierto de lana y seda. La mentira conveniente se le había escapado sin pensar. Ya descubriría qué hacer con ella más tarde. Mientras tanto, los ojos abiertos de Margaret se habían petrificado en una mueca de preocupación.

Preocuparse por la gente era una molestia, suspiró Antonia para sus adentros. Por eso intentaba evitarlo a toda costa. Pero cuando ella había necesitado una amiga, Margaret había agudizado su atención. Sin su intervención, Antonia estaría temblando de frío durante el invierno en su escondite secreto mientras intentaba vender las joyas que ya había robado para conseguir dinero y escapar del país.

En el intermedio, consciente de su necesidad de esconder diamantes y rubíes como una ardilla acumulando bellotas en otoño, Antonia observó el broche de la pulsera de una dama. Un solo corte de sus pequeñas tijeras de joyero a través del segundo eslabón de la cadena haría caer la hilera de brillantes directamente en su palma. Deslizó el dedo índice y el pulgar por las ranuras que había cortado en las puntas de sus guantes hasta el codo. La ingeniosa innovación había sido idea suya. Los guantes estorbaban la experiencia táctil que necesitaba para despojar rápidamente a las mujeres de sus ornamentos. Sin embargo, no podía quitárselos sin llamar la atención.

El espejo de enfrente facilitó cortar el frío metal. Un empujón con el hombro y un murmurado —Mis disculpas, qué torpe soy— le dieron a Antonia la oportunidad de meter el dedo índice en el pequeño hueco y tirar. El eslabón roto cedió y un peso cayó en su palma. Satisfecha, Antonia deslizó la mano en la hendidura de la costura de su vestido y la introdujo en un bolsillo acolchado atado a su corsé.

—¿Estás lista para volver a nuestros asientos? —preguntó Margaret.

Su corazón se aceleró, pero Antonia sonrió como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Por supuesto, guía el camino.

Fuera que la dama descubriera su brazo desnudo en un minuto o en una hora, Antonia tenía la intención de estar muy lejos de la escena.

Se abrieron paso entre la multitud, pero no habían avanzado ni cinco metros cuando Antonia sintió una presencia a sus espaldas. Todos sus nervios se pusieron en alerta. Dos segundos después, una mano grande e inflexible se posó sobre su brazo.

—Dame una razón para no llamar al magistrado ahora mismo —declaró en voz baja una familiar voz masculina.

Antonia se puso tensa.

—Usted no debería estar aquí.

Se oyó una risa baja y sin humor por encima de su hombro derecho.

—Por desgracia para usted, aquí estoy. Discúlpese con Lady Margaret Evendaw y reúnase conmigo en el balcón. Si intenta burlarse de mí esta vez, señorita Lowry —gruñó en un tono apenas audible—, le prometo que testificaré como testigo de haberla visto cortar la pulsera de la muñeca de la señora Weston.

El testimonio de un duque en su contra era una sentencia de muerte, y Antonia lo sabía.

—Deme cinco minutos —susurró.

Él soltó su agarre. Todo el tiempo había permanecido de espaldas a ella. En el tumulto, nadie captaría su breve interacción, para su gran alivio. Nadie, excepto Lady Evendaw. Ella no estaba en absoluto confusa como su cuñada a veces. La mejor apuesta de Antonia podría ser volver a casa temprano, hacer sus maletas y huir. Sí, la huida era el mejor plan; sería una tonta si se quedara después de que Havencrest la hubiera atrapado por segunda vez. Porque no tenía ningún interés en entregar la parte del collar Heart's Cry que ya había tomado, y menos aún en robar la otra mitad.

Seis

EL DESCARO DE ESTA MUJER. Malcolm arrugó su última y exasperante misiva y la arrojó hacia la chimenea. Falló. La recogió. Una neblina roja nubló su visión mientras la leía de nuevo.

Entonces supongo que no necesitas el Llanto del Corazón después de todo.

Veinte mil libras eran asequibles, pero significaba recortar en otras áreas, quizás vender una parcela de tierra. La señorita Antonia Lowry le había obligado a pensar largo y tendido sobre cuánto estaba dispuesto a arriesgar para obtener el aderezo favorito de su madre.

Cinco años antes, su padre había fallecido mientras dormía y el ducado había pasado a Malcolm. Al revisar las pertenencias de su padre, se había topado con un diminuto cuadrado de marfil pintado que había trastocado toda su comprensión del matrimonio de sus padres. Los recuerdos de la seda crujiente y los besos suaves perfumados con aroma floral se veían puntuados por lo que había sucedido después. Específicamente, la muerte prematura de su madre por su propia mano, después de haber sorprendido a su padre en brazos de otra mujer.

Se suponía que el matrimonio de sus padres era por amor. La excusa de su padre, martilleada en la cabeza de Malcolm desde el día en que su madre había muerto, era que se había casado con su duquesa por amor, pero no podía competir con sus expectativas inflexibles. La mujer brillante y audaz que había tentado al anterior Havencrest a cruzar las líneas enemigas en una disputa de sangre con los Summervale —cuyo origen se había perdido en recuerdos difusos— le había dado un hijo y provocado que la duquesa cayera en una melancolía tan profunda que la alejó de ambos. Malcolm, que era solo un niño, recordaba poco más que discusiones en voz baja puntuadas por el sonido de la cerámica rompiéndose contra el mármol.

Sin embargo, había habido momentos felices. Su madre había dibujado formas de papel y las había coloreado con lápices o gouache. Había pasado horas recortando intrincados dragones de papel y caballeros a caballo para contarle historias de princesas rescatando a caballeros caídos. Antes de su matrimonio, Lady Havencrest había sido una acólita de Mary Wollstonecraft, para gran consternación de su madre. Le gustaba fingir que las princesas rescataban a los hombres con tanta frecuencia como los hombres salvaban a las damas de la destrucción. Eso volvía loco a su padre.

—Tu madre estaba tan loca como una rata en un orinal —insistía con exasperación cada vez que Malcolm intentaba abordar el tema. Cuando tenía diez años, cuatro años después de la muerte de su madre, había aceptado completamente la versión de los hechos de su padre.

Específicamente, Lady Havencrest había sorprendido a su marido en brazos de otra mujer mientras se suponía que debían estar asistiendo a una función en la ópera.

Cuando su padre llegó a casa esa noche, ella había desaparecido. Lady Havencrest había salido a la noche vistiendo su mejor vestido y el aderezo Llanto del Corazón que su marido le había regalado como presente de bodas. Dos días después, su cuerpo fue encontrado en los páramos. Un agujero en su sien contaba la historia. Había requerido cada onza de influencia de su padre, pero logró que su muerte fuera declarada un accidente en circunstancias sospechosas.

Lady Summervale culpaba al duque de todos modos. Todas sus discusiones con su hija fueron dejadas de lado en favor de culpar al anterior Lord Havencrest. Malcolm había heredado su continua animosidad junto con el título.

No era de extrañar que cuando había ofrecido comprar la mitad superior a Lady Summervale, ella se hubiera reído en su cara. Realmente, la tarifa de la señorita Lowry era una ganga relativa, si no los atrapaban. Ni siquiera su estatus como duque podría protegerlo completamente de las consecuencias de robar un collar valioso e histórico.

Perdido en sus cavilaciones, Havencrest casi se pierde la visión de Antonia Lowry bajando las escaleras con su vestido de marfil. Se dirigió directamente al guardarropa.

—Oh, no lo harás —susurró en la noche. El hombre se tomó su tiempo para recuperar su capa. La señorita Lowry no se detuvo para ponérsela. Ondeaba detrás de ella mientras se echaba la lana color granate sobre los hombros. Se detuvo en seco, su aliento formando vapor en el aire nocturno.

—Me preguntaba si intentarías esto —murmuró Havencrest mientras sujetaba una mano alrededor de su brazo justo por encima del codo. Sobresaltada, la señorita Lowry lo miró con enojo.

—¿Por qué lo necesitas tanto? —exigió Antonia, con los ojos entrecerrados de fastidio. El corazón de Havencrest se le atascó en la garganta.

—Esa no es una discusión para aquí —dijo tensamente. Havencrest hizo una señal a su lacayo. Su gran y reluciente carruaje, el mismo que los había llevado lejos de la orilla del río unos días antes, se deslizó hasta la acera. Antonia lo miró con recelo.

—Sube —ordenó Malcolm.

—No quiero.

—¿Debo llamar al magistrado? —preguntó. No lo haría. Antonia Lowry era demasiado magnífica para encontrar su destino al final de la soga de un verdugo, no es que pudiera permitirse que ella supiera la dirección de sus pensamientos caprichosos. No le gustaba, pero era imposible reprimir cierto respeto a regañadientes por la dama. Las mujeres astutas y presumidas eran un lujo que ningún hombre podía permitirse si quería mantener su cordura. Era una lástima que su miembro no lo supiera mejor.

La señorita Lowry hizo un mohín de desdén. Se subió a su carruaje en un revuelo de seda y lana y se acomodó con el desdeño alborotado de una duquesa.

—Explíqueme, Lord Havencrest —dijo fríamente mientras el vehículo se ponía en marcha—, ¿por qué esta joya en particular es de tanta importancia para usted?

Havencrest se movió inquieto. Su mano estaba a medio camino de su bolsillo interior antes de que pensara en detenerse. Demonios, tenía que contarle toda la sórdida historia eventualmente. Pero la idea de mostrarle a la señorita Lowry el objeto en su bolsillo aún le hacía dudar. Después de un momento de silencio, sacó el óvalo de marfil y se lo tendió.

Las finas cejas de la señorita Lowry se fruncieron sobre el puente de su nariz. —Su rostro ha sido rayado. ¿Es esto deliberado?

—No. Sucedió por accidente. Este era un retrato de mi madre. Lo encontré entre las pertenencias personales de mi padre después de que falleciera hace cinco años. —¿Por qué

estaba compartiendo esto con una mujer que no era más indulgente que un tiburón promedio?

—Bueno, está demasiado dañado para ver mucho de su rostro ahora... —Antonia inclinó el rectángulo hacia la luz—. Hay un collar de oro con una piedra roja. Apenas puedo distinguirlo.

—Ya tiene la mitad en su posesión.

La señorita Lowry inclinó la cabeza, sin confirmar ni negar.

—La piedra es un diamante rojo que se dice apareció por primera vez en Peshawar, poco después de su descubrimiento. Antes de que fuera tallada, el hombre que la llevó a la ciudad para venderla pereció en el derrumbe de un edificio. Según la leyenda, su viuda encontró el cuerpo y las dos piezas de la piedra rota. Usó el borde afilado de la gema partida para cortarse la garganta.

—Qué espantoso —dijo la señorita Lowry, haciendo una mueca. Entrecerró los ojos para mirar la miniatura—. Su madre debe estar tan orgullosa de llevar un símbolo de tanta miseria.

—Lo estaba. Si escuchas, entenderás por qué —Inhaló profundamente. Por lo general, Malcolm evitaba pensar en la macabra historia de las joyas. Odiaba pensar que un regalo dado por amor hubiera contribuido de alguna manera a la infelicidad de sus padres—. La pareja fue enterrada, cada uno con una mitad. Pero los rumores sobre los grandes diamantes llevaron a los ladrones a perturbar su descanso y robar las gemas. Los rubíes fueron cortados, pulidos y vendidos. Sin embargo, antes de que pudieran disfrutar de las ganancias, los ladrones murieron de formas extrañas y violentas. La leyenda dice que quien posea las joyas morirá hasta que el amor verdadero rompa la maldición.

—Supongo que su madre creía haber roto la maldición —La señorita Lowry le devolvió la miniatura.

—Ella y mi padre, sí —La guardó de nuevo en su bolsillo—. Es decir, hasta que mi madre se alejó caminando hacia un campo en un aturdimiento inducido por el láudano y murió congelada.

—Oh —Los ojos de la señorita Lowry se agrandaron en la oscuridad—. Difícilmente esperaba ese final —Hubo un momento de silencio—. Lo siento —dijo suavemente—. Es duro perder a una madre —Un matiz en su voz sugería una familiaridad íntima con este tipo específico de dolor—. La miniatura está muy dañada.

—Lo está —La garganta de Havencrest se tensó—. La última vez que la vi, mi madre llevaba puesto el parure del Llanto del Corazón. Apenas se puede apreciar en la imagen ahora, pero la mitad superior está cortada en forma de corazón y la mitad inferior desmontable sostiene el rubí en forma de lágrima. Ya tienes la mitad inferior, la lágrima. Te vi tomarla del pecho de la señora Conley, que era la amante de mi padre en el momento de la muerte de mi madre. Había estado planeando acercarme a ella para venderla antes de que te llevaras la gema.

—¿Significa esto que estoy destinada a morir horriblemente si te ayudo? —preguntó la señorita Lowry con sarcasmo—. Porque si es así, bien puedes llamar al magistrado. No me dirigía precisamente hacia una muerte pacífica. También dudo que tú y yo seamos los indicados para romper la maldición del Llanto del Corazón.

Havencrest echó la cabeza hacia atrás y rió. Una sonrisa tiró de la sensual boca de la señorita Lowry hasta que cedió y reveló unos dientes blancos y parejos. Su risa se fue apagando hasta que gradualmente se dio cuenta del escaso espacio entre sus rodillas. Una tensión familiar e indeseada le apretó el abdomen. Revoloteantes sombras de emociones que se negaba a reconocer se agitaron en su interior, fantasmas de recuerdos en los que no le gustaba pensar.

El silencio se volvió pesado antes de que la señorita Lowry lo rompiera con una burla.

—Así que el pequeño Havencrest... ¿tienes algún otro nombre, o estoy siendo una grosera americana al preguntar?... perdió a su querida mamá y ahora está desesperado por tener su collar favorito —Havencrest nunca se había sentido tan aliviado de ser salvajemente burlado. Los puso

de nuevo en igualdad de condiciones, donde un momento antes había sentido como si estuvieran a punto de caer de lado en el frío fango del Támesis. Esa no era una experiencia que deseara contemplar.

—Mi nombre de pila es Malcolm. Hepworth Dunn.

—Malcolm Hepworth Dunn, Duque de Havencrest —repitió la señorita Lowry como si probara las sílabas en su lengua. Un escalofrío le recorrió la nuca. Debían regresar pronto a la ópera, antes del último acto. Salir en un carruaje había sido, en retrospectiva, un riesgo estúpido —. Admito que esperaba un nombre de pila completamente menos ordinario. Pareces más un Azrael, o un Lucien.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa, señor, que tiene usted el semblante de un hombre sombrío que quiere doblegar el mundo a su voluntad y podría romperlo si no consigue su deseo. Parece un ángel vengador.

Havencrest gruñó. —¿Significa esto que me dirás tu verdadero nombre? Ambos sabemos que Antonia Lowry es una ficción.

—Antonia Lowry no es una ficción. Es una mujer que falleció mientras dormía hace doce años en Boston, a la edad de noventa y tres años, rodeada de sus diecisiete gatos. Dudo mucho que tenga alguna objeción a que use su nombre —La impostora señorita Lowry volvió a colocar un poco de encaje suelto en su manga—. Ahora que hemos tenido una —miró alrededor del lujoso coche— presentación de lo más impropia para seguir a nuestro encuentro inicial aún menos apropiado, debo pedirle que me devuelva al teatro. No le ayudará si me echan de la casa de los Evendaw. Son quisquillosos con su reputación. Yo soy quisquillosa con mi libertad. No es una relación destinada a durar.

Havencrest le dio la nueva dirección a su cochero. —Usted es la maestra ladrona, señorita Lowry. Dejo en sus manos idear una estrategia —Por impulso, se inclinó hacia adelante y le tomó la barbilla con la palma de la mano. La señorita Lowry se quedó inmóvil ante el contacto inesperado, pero no se apartó. Sus desafiantes ojos marrones se encontraron con los de él—. Espero que me comunique cada plan. No desaparezca de nuevo. La encontraré.

Ella apartó la cabeza bruscamente.

—Acepto su oferta de veinte mil libras —dijo—. Aunque es menos de lo que merezco.

—Son veinte mil libras más de lo que cualquier ladrón "merece" —señaló Havencrest. ¿Había existido alguna vez una mujer tan obstinada en la historia?

—Empezaré cuando vea las cinco mil que me prometió depositadas en una cuenta bancaria anónima. Estará bajo un nombre falso.

—Hecho.

La señorita Lowry pareció momentáneamente sorprendida por su acuerdo. —¿Quién es el actual propietario del Llanto del Corazón?

—Tienes la mitad en tu poder. También querré que me la devuelvas. Considera que son diez mil por tus servicios y diez mil por el collar. Es más de lo que puedes esperar vendiéndolo a un intermediario —Como no estaba conectado con ladrones del turbio submundo, Havencrest no sabía esto con certeza. Estaba lanzando una lanza a ciegas y esperando dar en el blanco.

—La Duquesa Viuda de Summervale.

Antonia Lowry lo miró fijamente. —¿No podía ser una de tus cortesanas desechadas, u otra de las amantes de tu padre?

—Por desgracia —Malcolm se encogió de hombros—. Mi madre le dio los pendientes a una amiga y el brazalete a otra. Regaló las dos mitades del collar, una a su madre y la otra a la amante de mi padre. Creo que fue un gesto de perdón —Se le formó un nudo en la garganta. Su

dulce madre no se enfadaba fácilmente. Más a menudo se conmovía hasta las lágrimas. El recuerdo de sus manos de niño uniendo las mitades y luego separándolas resonó en su mente—. Mi padre insistía en que era una venganza. Sin embargo, desde entonces he llegado a saber que las opiniones del anterior Duque de Havencrest sobre el sexo débil no siempre eran correctas. De hecho, muchas habían resultado ser del todo sospechosas. Había necesitado su propio desastre personal para entenderlo.

—La mujer a la que le quité la mitad inferior llevaba tantas capas de collares que fue un simple asunto cortar un eslabón. La seguí hasta su palco y se lo arranqué cuando se levantó para aplaudir a los actores. Muy sencillo, en realidad. Pero al examinarlo más de cerca, decidí que era demasiado fino para venderlo.

—¿Te refieres al diamante? —preguntó Havencrest distraídamente. Era la respuesta obvia, pero la señorita Lowry lo sorprendió.

—No, el trabajo en oro. Una vez vi una pieza similar... —Se interrumpió—. Por supuesto, veo muchas joyas.

—¿Cómo sabías que no era una imitación?

—No me importaba la joya —La exasperante mujer se encogió de hombros como si una de las gemas más valiosas del mundo tuviera poca importancia—. La lágrima roja está rodeada de filigrana en capas. Es un ejemplo asombrosamente bueno de orfebrería de las signares. Muy distintivo. Uno no suele encontrarlas con gemas grandes.

Havencrest no sabía qué era una signare, y este no parecía el momento adecuado para exponer su ignorancia. —Ahora que sabes que tiene un complemento a juego, ¿no te gustaría verlos reunidos?

—Admito que... me intriga —confesó la mujer a regañadientes. Havencrest contuvo su sonrisa. Reconocía la tentación cuando la veía—. Pero al igual que con la primera pieza que obtuve, estoy menos interesada en las piedras que en el engaste.

—Sabia decisión, ya que el oro tiene menos probabilidades de costarte la vida —dijo Havencrest mientras doblaban la esquina hacia la calle que conducía al teatro. Carruajes y caballos bordeaban la calzada. Hizo una señal al cochero para que se detuviera—. Puede fundirse, a diferencia de los diamantes malditos.

—No creo en esas historias. Después de todo, si los diamantes están malditos, ¿cómo ha sobrevivido Lady Sumervale tantos años en posesión de una mitad? —El vestido de Antonia crujió sobre los asientos—. ¿Cómo sobreviví a nuestra desventura en el río? Habría sido un momento ideal para que un diamante embrujado me matara —Le lanzó una sonrisa—. Si usted no estaba dispuesto a hacerlo.

—Es usted la mujer más provocadora, señorita Lowry. ¿Cómo es que sigue soltera?

—Nadie me lo ha pedido —espetó Antonia. Sus dientes se cerraron de golpe.

—Tenía entendido que había venido a Inglaterra sola, de manera muy inusual, debido a un compromiso roto.

—Está bien. Me lo han pedido, he aceptado y me han rechazado. Supongo que usted está en busca de una duquesa.

—Tal vez lo esté. ¿Conoce a alguna mujer que tolere a un duque con fama de ser tan meditabundo como una gallina ponedora?

La señorita Lowry negó con la cabeza, pero una leve sonrisa había vuelto a aparecer en sus labios. —¿Debo postularme para el puesto?

Dios, sí. Por favor.

—¿Por qué no? Podríamos ser los que rompan la maldición del Llanto del Corazón —La

broma de Malcolm cayó tan plana como su tono. Regresaron por el camino de entrada para que innumerables cocheros y lacayos los vieran y murmuraran. Ella se aseguró de mantener la capucha de su capa bien cubierta sobre su rostro. Havencrest se dio cuenta tardíamente de que esta descarada exhibición de su regreso al teatro haría maravillas para aplacar los chismes. Los hombres de medios se escabullían para tener citas todo el tiempo. No había nada distintivo en el vestido o la capa de la mujer americana que la hiciera destacar.

—Supongo que porque la Duquesa Viuda ya ha muerto en todos los sentidos que importan —comentó finalmente Havencrest con desdén mientras entraban en el gran vestíbulo del teatro. Antonia resopló sorprendida—. Ah, excelente. No nos hemos perdido el último acto. Adoro el aria del último acto.

—Una cosa es robar un collar, milord —dijo Antonia con altivez—. Pero es otra muy distinta insultar a una anciana. Incluso si tiene todo el encanto de una tortuga mordedora. No realizo mi trabajo por rencor.

Entonces, ¿qué motivaba a la señorita Antonia Lowry?

La respuesta le llegó en un destello de intuición. Orgullo.

—Todos ustedes, los aristócratas, parecen estar emparentados de alguna manera. ¿Quién es Lady Summervale para usted? —preguntó Antonia. Entregó su capa al guardarropa y se apresuró a avanzar.

—Mi abuela.

—Está bromeando —Antonia se detuvo tan bruscamente que casi la derribó. Malcolm la estabilizó, pero ella se zafó de su agarre, dejándolo con las manos como dos paréntesis donde habían estado sus hombros.

—Hablo completamente en serio.

—No. Pídaselo a ella, si lo necesita tanto.

—¿Qué le hace pensar que no lo he intentado? —exigió y se pasó la mano por el pelo con frustración. Un viejo hábito.

—¿Cómo responde su abuela? —preguntó Antonia, incrédula.

—Dice que soy demasiado parecido a mi padre y que no lo merezco. Entiéndame, soy como mi padre en muchos aspectos. Por ejemplo, ambos amábamos a mi madre.

—¿Dónde está él en todo este lío?

—Muerto. Si aún viviera, yo no sería duque —explicó Malcolm con ironía. Ella se esforzaba tanto por escabullirse de su control. Sin embargo, no iba a permitir que se escapara de nuevo.

—Claro —Antonia se pellizcó el puente de la nariz—. Por supuesto que no.

—Los americanos, según tengo entendido, no se preocupan por la primogenitura.

La señorita Lowry parpadeó mirándolo. —¿Disculpe?

—La ley de herencia a través de la línea masculina.

—Ya veo. Los americanos tenemos nuestra propia versión —Un dejo de amargura que no pudo descifrar se coló en su voz—. En ambos continentes, las mujeres están excluidas de la propiedad. No es que poder poseer algo por derecho propio hubiera cambiado algo para mí. Mi familia no tiene ni en qué caerse muerta.

Malcolm no pudo reunir la energía para escandalizarse por su lenguaje vulgar. —No es del todo cierto. Hay disposiciones para que las mujeres posean propiedades. Algunos títulos se transmiten por línea femenina. No el mío, y no muchos.

—No veo por qué esto es relevante para mí —Antonia se adelantó—. No soy una aristócrata, solo una desconocida que se cuelga de los demás.

—Señorita Lowry... si vamos a seguir encontrándonos así, quiero saber su verdadero nombre.

—Bueno, Malcolm —La señorita Lowry le lanzó una mirada con un destello de acero—. No siempre obtenemos lo que queremos, ¿verdad?

Se elevó un aplauso. Si deseaba volver al palco sin ser notada por nadie más que los Evendaw, esta era su oportunidad. Malcolm hizo una reverencia. —Pero yo lo obtendré. Esta vez, hará lo que le ordeno, señorita Lowry.

Sus fosas nasales se dilataron y sus ojos se entrecerraron indignados, pero por una vez, la señorita Lowry no lo contradijo.

Siete

—Deseo modificar nuestro acuerdo —anunció Antonia en cuanto se quedaron a solas.

—¿Acuerdo? ¡Te has gastado casi mil libras en un solo día! —Havencrest recorrió de un lado a otro los tres pies de la repisa de la chimenea, ornamentada con tallas elaboradas. Un león de piedra tallada sostenía cada lado, con la boca abierta en un feroz rugido. De él y creía haber puesto a la señorita Lowery contra las cuerdas. Sin embargo, en el instante en que la condesa los dejó, Antonia había vuelto a lanzarse a su tenaz y francamente agotadora cruzada por mantener el control en cada situación.

—Te dije que el dinero era necesario para los gastos iniciales. —Una sombra rebelde pasó por las hermosas facciones de la señorita Lowry y le dio la clara sensación de que había una mentira oculta en algún lugar de su explicación. A ella no le gustaba que cuestionara su juicio. Pues qué lástima. Ya se estaba arrepintiendo de todo lo que había invertido en este ridículo plan, cuyos detalles Antonia aún no se había molestado en explicarle.

—¿Como qué, exactamente? ¿Un guardarropa entero? —bramó.

—Sí, básicamente. Necesito tener la apariencia adecuada.

—¿Qué apariencia? Ya tienes el aspecto de una estadounidense adinerada. —Hervía de rabia. La boca de Antonia se torció en una mueca y sus ojos oscuros le lanzaron dagas.

—Si pudiera abstenerse de revelar nuestro plan antes de que tengamos la oportunidad de comenzar, se lo agradecería mucho, milord. —Antonia habló entre dientes, aunque en voz baja —. Necesito que cortejes a Margaret.

—Lady Margaret —corrigió automáticamente.

—Sí, por supuesto. Debo ser más cuidadosa con los títulos si quiero acercarme lo suficiente a tu abuela para ganarme su confianza. —Antonia cruzó un brazo bajo su pecho y apoyó el codo del otro encima. Se dio golpecitos en el labio inferior con el dedo índice y caminó de un lado a otro, como él había hecho hasta que ese atisbo de conciliación redirigió sus emociones, en el espacio entre el sofá y la mesa lateral.

—¿Ganarte la confianza de quién?

—De la duquesa viuda de Summervale —replicó con sarcasmo—. ¿La recuerdas? ¿La bruja malvada que se interpone entre tú y el objeto de todos tus deseos?

Detrás de ellos, la puerta se abrió con un crujido sobre sus bisagras bien engrasadas. —Disculpen —dijo Margaret asomando la cabeza por la puerta—. Esperaba que pudieran iluminarme sobre qué demonios está pasando.

—Al menos no soy el único que está a oscuras —murmuró Malcolm—. ¿Qué pasó con

descansar?

—Esto es mucho más interesante. Solo quería evitar la fanfarronería de mi cuñada. —Margaret se acomodó en el sofá y escondió los pies bajo su falda. Su posición le recordó a un gato observando pájaros por la ventana.

—Deben confiar en mí si quieren que esto funcione —les reprochó Antonia suavemente—. Margaret te liberará del compromiso, si eso es lo que quieres en unas semanas.

Malcolm sintió que sus cejas se fruncían sobre el puente de la nariz. Ser rechazado por una jovencita, considerada bastante bonita pero un poco tonta, no era una experiencia completamente nueva para él. Hace una década, cuando era joven y aún creía en la versión del mundo de su padre, Malcolm se había creído enamorado durante varios meses. *No se puede confiar en las mujeres*, le había advertido su padre. *Ni con tu dinero, ni jamás con tu corazón*.

Malcolm lo había creído de todo corazón. En retrospectiva, había sido un completo patán con la chica. No había sido fácil encontrar su lugar en la sociedad con una reputación familiar manchada por la muerte de su madre. Las circunstancias habían hecho que incluso el heredero de un duque fuera sospechoso. En ese entonces, él solo era un marqués. Nadie hablaba de ello directamente, pero la mancha persistía, transmitida por susurros de advertencia que pasaban de madre a hija, de hija a amiga, de amiga a enemiga, hasta que Havencrest había llegado a entender que la desesperación sin fondo de su madre lo había privado también del futuro que de otro modo podría haber esperado.

—Ten en cuenta, Antonia, que en realidad aún no he aceptado ser cortejada. Admito que me quedé en shock antes, pero ahora me intriga la idea —intervino Margaret.

Antonia se giró exasperada. —Maggie, por favor. Si pudieras considerar la idea por unos minutos.

Havencrest volvió a tomar su lugar cerca de la repisa como una gárgola ceñuda. Examinó uno de los leones de piedra tallada y fingió gruñirle en respuesta. Las mujeres hablaban en susurros. Antonia se relajó en el sofá, pero Havencrest percibió la tensión en su largo cuello. Esa columna sedosa sería el modelo perfecto para colocar el Grito del Corazón. Estudió las curvas y los sutiles movimientos de su garganta mientras la señorita Lowry hablaba. La piel con textura de terciopelo de seda hizo que el calor ardiera en su vientre.

Indigestión, probablemente. Desperdiciar cinco mil libras en una locura podía causar eso.

—Todo lo que te pido, Maggie, es que entretengas el cortejo de Havencrest por unas semanas. Baila con él en las fiestas. Baila con quien quieras, por supuesto, pero resérvale dos valses a él.

—¿Por qué? —Lady Margaret se sonrojó. Havencrest se preguntó distraídamente cómo sería tener a la señorita Lowry en sus brazos y guiarla por la pista, ahora que ya no apestaba a cadáver. Una media sonrisa amenazó con apoderarse de su rostro ante el recuerdo, pero Havencrest la reprimió.

—Si tu hermano y su condesa creen que vas camino al compromiso, creo que encontrarás Londres mucho más agradable. Piénsalo. No tendrás que entretener las atenciones de cada fatuo engreído y pomposo que tu hermano considere lo suficientemente desesperado como para tomar una esposa a cualquier precio.

—Como Dalton y la mujer de Cartwright —añadió Margaret pensativa—. Es un hombre perfectamente agradable, pero muy serio. Él y la hermana de Lady Briarcliff tenían un entendimiento antes de que mi hermano interviniera. —Se estremeció delicadamente—. Muchas mujeres lo aceptarían como normal, pero yo no puedo.

—Lo sé, querida —murmuró Antonia reconfortante. Qué actriz. El teatro había perdido una

excelente intérprete el día que la señorita Lowry se dedicó al robo. Tal vez se podría persuadir a Kemble para que la contratara.

—Dalton te cortejó durante un breve periodo el otoño pasado, ¿no es así? —preguntó Malcolm. Había habido susurros y rumores. Nunca les prestaba mucha atención, pero supuso que debería conocer los detalles si iba a aceptar este extravagante plan.

—Sí —confirmó Margaret—. Hasta que le dije que no quería saber nada del matrimonio.

—¿Nunca? —preguntó Havencrest.

—Hasta que yo decida sobre un marido —declaró Margaret con terquedad—. Estoy cansada de que mi hermano ignore mis deseos. Me casaré cuando me parezca oportuno, preferiblemente con el hombre de mi elección.

—Pero no conmigo —aclaró Havencrest.

—Lo dudo mucho —dijo Lady Margaret, con severidad. Él intentó no sentirse herido. Un duque debería ser una perspectiva atractiva, y tenía el orgullo suficiente para sentir la punzada del rechazo.

—De acuerdo —dijo bruscamente—. No tenemos ningún deseo real el uno por el otro, pero presentaremos un frente unido fingiendo que usted está considerando mi cortejo. —Havencrest se detuvo a mitad de zancada. Juntó las manos detrás de la espalda y se acercó a la señorita Lowry—. Recuérdeme por qué estamos haciendo esto.

—Si corteja a Maggie durante unas semanas, nos da cobertura para hablar libremente y que nos vean juntos en público mientras yo obtengo acceso al círculo de Lady Summervale —dijo en voz baja. Margaret los miraba ansiosamente como si intentara escuchar.

—A su amiga no le caigo bien —murmuró Havencrest.

—No finja que usted suspira por ella tampoco —replicó Antonia. Luego suavizó el tono—. Trabajaré con Margaret. Por favor. Haga solo el más mínimo esfuerzo. Llegará mucho más lejos que el dinero para lograr sus objetivos. —Antonia levantó la barbilla y se alejó.

Havencrest se encontró trazando la longitud recta como una vara de su columna con demasiado interés para un hombre que estaba a punto de cortejar a su amiga. Al menos, pensó que eran amigas. Una mujer que abusaría de un cadáver en un intento de fingir su propia muerte le parecía una compañía improbable para una dama de medios. El contraste le divirtió lo suficiente como para tirar de las comisuras de su boca. Antonia Lowry lo confundía, desconcertaba y exasperaba a cada paso. A pesar de esto, preferiría cortejarla a ella que a la dulce, rubia e increíblemente joven Margaret Evendaw. Inhaló.

Tenía treinta y seis años. Si ella tenía dieciocho... Havencrest se sintió enfermo cuando contempló cortejar a una mujer que tenía la mitad de su edad. Aplastaría el espíritu de la encantadora Lady Margaret sin siquiera intentarlo. Aunque, por otro lado, era lo que el ton esperaba de un duque. Quizás era hora de que cumpliera con su deber para con el título.

—Lady Evendaw —comenzó formalmente. Antonia se detuvo a medio paso, con la irritación manteniendo sus hombros en una tensa línea paralela a la alfombra oriental. Más allá, Margaret se animó.

—¿Su señoría?

Havencrest se quedó sin palabras. Huyeron de su mente mientras la joven lo miraba con cautelosa anticipación. —Si no tiene objeciones, propongo... —Tragó saliva—. Cortejarla —terminó débilmente.

—De acuerdo —Los ojos de Margaret se ensancharon—. Pero solo por unas semanas, mientras usted busca restaurar su reputación y yo evado los intentos de mi hermano de casarme. Y Antonia consigue... lo que sea que esté buscando. Debe saber que no me gustan los paseos

rápidos en carruaje, ya que no soy una mujer muy valiente. Sí disfruto bailar.

Havencrest cerró los ojos. Detestaba dar vueltas por un salón de baile abarrotado, aunque no era terrible haciéndolo. La perspectiva de trotes sin rumbo por Hyde Park lo aburría hasta las lágrimas. Pero si no seguía el juego, nunca tendría la gema roja que su madre había valorado lo suficiente como para regalar a su madre antes de morir. Nunca tendría la oportunidad de esbozar los intrincados detalles de su montura y hacer reparar la miniatura dañada. Tenía que ser exacto. Tenía una sola oportunidad de perfeccionar los rasgos y el delicado engaste, o la pieza quedaría estropeada sin posibilidad de restauración.

Serían bailes y ruedas. Elevó la mirada al cielo antes de decir: —De acuerdo. Por tres semanas.

—O más tiempo, si necesitamos más —intervino Antonia. Havencrest se estremeció.

—*¿Seguramente tres semanas de miércoles por la noche en calzones hasta la rodilla en Almack's es tiempo suficiente para lograr sus objetivos?* —Le lanzó a Antonia una mirada de soslayo. Un temblor de encaje en su corpiño indicó su risa reprimida, la pícara. ¿Por qué no podía trepar por una celosía en plena noche y llevarse el maldito Grito del Corazón en lugar de atarlo en nudos?

—No lo sé. ¿Qué es Almack's? —preguntó ella.

—¿No lo sabe? —jadeó Margaret, con los ojos brillantes—. Es el club social más exclusivo de Londres. Está dirigido por un grupo de seis Damas Patronas. Lady Jersey y la Princesa Esterhazy son las más influyentes, dependiendo de a quién se le pregunte.

Havencrest suspiró interiormente. La señorita Lowry debía de estar disfrutando inmensamente a su costa. Después de todo, para ella era un juego, uno que podría llevarla a la cárcel o algo peor, pero un juego que Antonia Lowry debía de haber jugado muchas veces. Aun así, si él y Margaret eran los caballos de Troya para introducir a Antonia en los más altos escalafones de la sociedad, donde los estadounidenses eran generalmente considerados rebeldes de dudosa reputación, supuso que debía seguir el juego.

La mente de Antonia Lowry trabajaba más rápido que la de cualquier persona que hubiera conocido. Una sutil patada de la zapatilla de Lady Margaret contra su espinilla devolvió a Havencrest al momento.

—Debemos conseguirle un vale cuanto antes —declaró Margaret—. A usted también. Imagino que han pasado algunos años desde que oscureció las puertas de Almack's, ¿no?

—Puedo conseguir un vale.

Pero le costaría mucho conseguir uno. Hace diez años, la escena de su humillación final con su prometida le había hecho huir del lugar como un conejo asustado. Sus palabras mordaces lo habían marcado profundamente.

¿Por qué debería casarme contigo cuando no ofreces más que palabras duras y desdén? En ese cruel momento, Malcolm comprendió que había absorbido las lecciones de su padre sin cuestionarlas. Había marcado un punto de inflexión en su relación. Malcolm comenzó a cuestionar la influencia de su padre. Sin embargo, el duque no lidiaba con el arrepentimiento. Se había ido a la tumba negándose a admitir que su propia crueldad cáustica había contribuido a que su madre tomara medidas drásticas. Solo después de su muerte, Malcolm descubrió que los arrepentimientos de su padre habían estado allí todo el tiempo. Aunque había destruido todos los retratos de su esposa cortándolos de sus marcos y haciendo una hoguera con sus vestidos y objetos personales, había salvado un pequeño cuadrado de la pira de su devastación. Malcolm imaginó las pinzas agarrando la miniatura de su madre. La pintura, ya caliente, se había raspado bajo la presión. O al menos, eso pensaba. Malcolm nunca sabría con precisión cómo se había

dañado la imagen.

Se irguió en toda su estatura, cuidando de mostrarse más alto que Margaret, Antonia y Evendaw, antes de hacer una leve reverencia. —Debo retirarme.

—Su señoría —Antonia lo alcanzó antes de que Malcolm pudiera escapar. El ligero toque de sus dedos en su manga lo detuvo en seco—. Es solo por unas semanas. Se lo prometo.

—Usted reparte promesas con tanta facilidad, señorita Lowry. Me pregunto cuántas de ellas tiene la intención de cumplir —su punzante reproche quedó flotando en el aire tras él, demasiado suave para que Margaret lo oyera. La mano de Antonia cayó a un costado. Malcolm seguía siendo el hijo de su padre, palabras cortantes y todo.



—Increíble —susurró Margaret. Antonia se estremeció cuando la mano enguantada de su amiga le apresó la muñeca. Siguió la dirección de la mirada de Margaret y aplicó su abanico con vigor contra la ola de calor que le subió por las mejillas.

—Ciertamente —dijo Antonia en su mejor imitación de su recién adoptado país. No es que tuviera la intención de volver a América, no es que estuviera aún convencida de establecer su hogar aquí. Estaba el espinoso asunto de sus medios de subsistencia de dedos ligeros.

—No puedo creer que él, de entre todas las personas, haya obtenido un pase —se maravilló Margaret.

—¿Por qué no debería? —preguntó Antonia. Era una pregunta que había querido hacer durante mucho tiempo. ¿Qué hacía que este hombre fuera tan anatema para la sociedad?

—Oh, su familia es la rama más negra de duques en toda Inglaterra —murmuró Margaret detrás de su abanico. Havencrest las divisó y se abrió paso entre la multitud como un toro. Las damas con finos vestidos se apartaban como bolos, hasta que una mujer vivaracha con tafetán violeta y rizos castaños colgando contra sus mejillas sonrosadas intercedió. Margaret continuó sin aliento—: El ducado de Havencrest fue creado supuestamente después de matar a un enemigo jurado del rey Jorge I, aunque se rumorea que el primer hijo de Havencrest era en realidad un bastardo del propio rey.

—Había oído rumores sobre su conexión con la reina Carlota —intervino Antonia.

Margaret se encogió de hombros, verificó el progreso de su perseguidor y continuó su relato en voz baja—. Creo que ese es falso, pero toda la línea Havencrest está compuesta por libertinos consumados. El destino de la casa quedó sellado cuando la difunta duquesa de Havencrest murió por su propia mano —los ojos de Margaret brillaban de emoción mientras susurraba. Antonia recordó la juventud comparativa de su compañera, casi una década menor que ella, en ese momento deslumbrante.

—Prométeme algo, Maggie —dijo Antonia arrastrando las palabras mientras Havencrest se desembarazaba del agarre de la princesa Esterhazy—. No te enamores de Havencrest.

Margaret se rio. —No creo que haya ningún riesgo de que eso suceda.

Antonia no se sentía tan segura. Una sensación desconocida le vació el estómago.

El sonido de sus botas de Hesse resonó en el suelo de madera marcado de la pista de baile. Margaret lo miró, luego miró a Antonia y soltó una risita. Antonia le dio unas palmaditas en la mano que aún tenía enroscada en su antebrazo y sonrió.

Havencrest se detuvo bruscamente a varios pies de distancia. Antonia casi esperaba que raspara el suelo con una bota como un toro enfadado. Reprimió una risa, pero esta brotó en una breve carcajada. Se estaban riendo de él, y Havencrest lo sabía.

Su diversión compartida a costa de él trajo una sombra oscura a sus ojos. La risa de Antonia se evaporó. El dolor que llevaba consigo reconoció el sufrimiento en él y apagó su diversión en un instante. Solo Margaret quedó riéndose para sí misma, ya que la pobre chica inocente no captó el rápido cambio de atmósfera. Con un tiempo de retraso, se dominó e hizo una reverencia.

—Su Gracia —murmuró.

Antonia también hizo una reverencia, demasiado rápido. Sus rodillas casi se doblaron, luego se bloquearon cuando se levantó. El volumen de la sala se redujo a un murmullo. Mil ojos los observaban. Su pulso se aceleró cuando se obligó a levantar la mirada. El calor abrasador en sus ojos casi la derribó. A Antonia se le cortó la respiración y su visión se nubló en los bordes.

Havencrest apartó la mirada de la suya, y el aire viciado llenó sus pulmones. Su campo de visión se expandió. Antonia se abanicó y miró alrededor, arqueando una ceja ante el grupo de damas que los observaban con una mezcla de curiosidad y amenaza. Ahora que podía respirar de nuevo, Margaret tenía las cosas bajo control.

—Me siento honrada —Margaret aceptó la mano extendida del duque y, con una mirada hacia atrás a Antonia, la abandonó por la pista de baile. Ella permaneció enraizada en su lugar, desolada.

Antonia debería seguir su propio consejo. No te enamores de Havencrest. Aunque, si esto era amor, Antonia no quería saber nada más de él. Afortunadamente para ella, su corazón, si es que tenía uno, no era susceptible a las atenciones de hombres grandes, mentirosos y adinerados. No importaba lo apuestos que fueran.

Un destello plateado llamó su atención y Antonia cerró su abanico de golpe. Su vestido rosa pálido ondeó tras ella mientras giraba sobre sus talones para seguir a la Duquesa Viuda de Summervale a la sala de juegos. Era la oportunidad perfecta para observar a la vieja arpía en su hábitat natural. Antonia se acomodó en una mesa vacía justo fuera del campo de visión de la duquesa. Distraídamente, hojeó las cartas, barajándolas, colocándolas y recogiéndolas de nuevo. La sensación del mazo deslizándose entre sus guantes de piel de cordero le dio ideas a Antonia. Lo mismo ocurrió con la forma en que la duquesa repartía las manos de whist. Las fichas de estaño brillaban mientras las manos de la anciana se movían sobre los rectángulos impresos. Sus ojos reflejaban el brillo metálico de las fichas.

La duquesa no era una mujer feliz, observó Antonia.

Una mujer con un turbante y ropas fluidas se instaló en el asiento opuesto de la mesa. Finas arrugas surcaban las comisuras de su boca y sus ojos. Las dos mujeres se enfrentaron, aparentemente agradables, pero con ojos penetrantes y garras afiladas, le recordaron a Antonia a dos gallos erizando sus plumas antes de una pelea. Las cartas volaban y chasqueaban. Las fichas se deslizaban sobre la madera incrustada. Perdió la cuenta de las cartas mientras las mujeres recogían rápidamente las bazas. Toda la experiencia de Antonia con las cartas provenía de las esquinas de ciudades donde el juego limpio era pura fantasía. Esto era como ver un duelo de espadas después de presenciar una reyerta a cuchilladas. Si hubiera sabido jugar a las cartas, podría haber pasado los últimos meses desplumando a la alta sociedad legítimamente en lugar de arriesgar el cuello con el robo.

—Veo que has encontrado a mi abuela —susurró Havencrest en su oído. Un escalofrío recorrió sus entrañas, aunque Antonia se cuidó de no mostrar su reacción. Clavada en su asiento, necesitó varios segundos para recuperar la compostura.

—Es mejor que no nos vean juntos, Su Gracia —murmuró Antonia por la comisura de la boca. Margaret se dejó caer en el asiento a su lado.

—Mi eterna gratitud por ayudarme a encontrarla, Lord Havencrest. No tenía idea de que la

señorita Lowry estaría aquí en la sala de juegos. Pensé que apenas sabías jugar —Margaret la atravesó con una mirada elocuente, luego sonrió tontamente a Havencrest con un destello travieso en los ojos. Este era el tipo de efusividad habitual que hacía que las damas más ingeniosas de la alta sociedad pusieran los ojos en blanco ante Margaret.

—No sé —espetó Antonia.

La duquesa les echó un vistazo y los desestimó con un giro de cabeza. Su mirada se enganchó en el hombre corpulento que se cernía entre Antonia y Margaret. Antonia trató de ignorarlo mientras encogía las rodillas y los codos contra su cuerpo en un intento de parecer más pequeña y pasar desapercibida. Deseaba poder desaparecer en el suelo. ¿Acaso el hombre no tenía idea de la sutileza? ¿De la observación? Si no... ¿cómo diablos la había atrapado? Lady Summervale estudió a Antonia durante lo que pareció una eternidad, aunque no pudo haber sido más que unos segundos. Luego, la anciana levantó la barbilla, se incorporó de su silla con escasa elegancia pero gran dignidad, y salió de la habitación con paso firme.

—Buenas noches, Lord Havencrest —dijo la mujer del turbante—. Veo que ha hecho buen uso de su invitación. Confieso que me sorprende verlo aquí.

—Lady Jersey —se inclinó sobre su muñeca—. No me perdería una noche de alegría ni para salvar mi vida.

Por un momento, Lady Jersey pareció haber tragado un panal de abejas. Su risa estalló en ráfagas. —¡Ja, ja, ja! —Se llevó ambas manos al pecho como si quisiera contenerse físicamente —. No puede hablar en serio. No después de la última vez que puso un pie en esta sala.

¿La última vez?

—Me encuentro de nuevo con la idea de tomar esposa, mi lady —la boca de Havencrest se curvó en una sonrisa sardónica. Antonia se encontró fascinada por ese pequeño gesto. ¿Alguna vez lo había visto sonreír?

—Usted, de entre todas las personas, debería saber mejor —Lady Jersey le dio un golpecito con el abanico en el brazo. La incomodidad de Havencrest hizo que los músculos del cuello de Antonia se tensaran. Podría no tener todos los detalles, pero estaba íntimamente familiarizada con el... ¿Cuándo se había vuelto protectora con él?

En retrospectiva, Antonia podía nombrar el momento preciso. Había sido cuando Havencrest saltó a un bote que hacía agua y la persiguió por un río helado. Ella había sabido en el momento de zarpar que este podría ser el impulso final que la matara. Nunca le gustaba admitir el miedo, ni siquiera a sí misma. Havencrest se había preocupado por si vivía o moría cuando nadie más lo había hecho. Ella... le gustaba. El hombre, no el duque. Havencrest era la persona más arrogante que jamás había conocido. Pero en los momentos en que bajaba la guardia y dejaba de intentar controlarla, Antonia también lo encontraba fascinante.

Levantó la mirada de examinar el dobladillo del vestido de Lady Jersey el tiempo suficiente para echar un vistazo a su amiga, pero el rostro de Margaret había adquirido una permanente expresión de buen humor.

—Señorita Lowry. ¿Le apetece bailar?

La atención de Antonia se disparó hacia arriba. Tragó saliva. —Su Gracia, debo declinar.

¿No era acaso la viva imagen de la feminidad tímida y recatada? Si Lady Jersey y sus amigas supieran qué víbora habían invitado a su medio, estarían pidiendo sales aromáticas.

Havencrest vaciló, como si estuviera genuinamente abatido por su renuencia. Pero eso no podía ser.

—¿Por qué? —preguntó, con una nota de genuina sorpresa.

—Porque apenas sé cómo —murmuró Antonia.

—Entonces yo le enseñaré.

La confianza de Havencrest hizo que Antonia quisiera abofetearlo.

—¿Debo recordarle que estamos aquí por un propósito completamente distinto? —exigió en voz baja. Margaret saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo, sintiéndose tan insípida como las jóvenes damas. Gracias a Dios que Dalton y su amante no estaban presentes. Antonia no creía poder soportar el desprecio de haber casi costado la vida a una mujer inocente.

—¿Qué mejor lugar para una conversación privada que la pista de baile? —insistió Havencrest.

—¿Frente a toda esta gente? —preguntó ella. Él no iba a dejarlo pasar. Una vergüenza cruda la invadió. Había pasado seis meses de socialización casi constante sin participar en más que un puñado de bailes. Bailes campestres, en los que podía tropezar mientras se reía de su propia ignorancia como extranjera.

—Un vals es el lugar más reservado de la sala —declaró, tomándola firmemente de la mano. Ya no había forma de evitarlo. Antonia trató de recordar los pasos. Un-dos-tres, un-dos-tres... no podía ser tan difícil.

La tercera vez que le pisó los dedos de los pies, sin embargo, Havencrest comentó: —Sin duda alguna, es usted la peor bailarina que jamás ha pisado un salón de baile.

—Sí, bueno, algunas de nosotras estábamos ocupadas arreglándonoslas por nuestra cuenta mientras vosotros os divertíais con instructores de lujo —murmuró Antonia, contando de nuevo. Uno-dos-tres, uno-dos-tres. Podía hacerlo.

—Antonia.

El uso de su nombre de pila la hizo tropezar. Él la detuvo en seco y le levantó la barbilla con una mano. —Mírame a los ojos, así. —Su brazo izquierdo le rodeó la cintura, atrayéndola hacia la sólida pared de su pecho. En su cuello brillaba un alfiler de corbata con un rubí que podría proporcionarle un buen trato una vez que encontrara un nuevo comprador para sus mercancías. —He dicho que me mires.

Los pensamientos de robo se desvanecieron.

—Sigue mi guía —ordenó. Estaban en movimiento de nuevo. Uno-dos-tres. La hacía girar como si fuera un barquito. Antonia luchaba por seguirle el paso, en parte porque seguía evitando encontrarse con su mirada directamente. En su lugar, se fijó en la curva de su labio inferior. Se abultaba en el centro de una manera que habría sido femenina en cualquier otro hombre. Pero no en él. No, Havencrest era todo músculo duro y huesos largos. Estar envuelta en su abrazo le hacía dar un vuelco al estómago. No tenía nada que ver con su creciente ansiedad por atraer tanta atención. Se suponía que eran enemigos, pero ahora mismo parecían demasiado cómodos para ser desagrado. Tropezó, clavó sus dedos enguantados en su brazo y jadeó cuando Havencrest la enderezó. Dieron vueltas y su cabeza giró.

—Deja de intentar guiar, Antonia. —Su mandíbula se tensó.

Ella le clavó la mirada. —Puedes guiar en la pista de baile. Yo guío cuando estamos fuera de ella. —Él hizo algo para hacerla tropezar. Antonia se tambaleó y cayó en sus brazos. —Me estás poniendo en ridículo.

—Eso lo has conseguido tú sola. —La media sonrisa sardónica había vuelto. —¿Nunca pensaste en adquirir los rudimentos del refinamiento social para hacer tu presencia entre la *ton* más convincente?

No, por supuesto que no. Los planes de Antonia rara vez eran más que un vago esbozo de adónde quería ir. Una flecha que apuntaba en la dirección de un único objetivo: la riqueza. El dinero significaba seguridad. Era la oportunidad de dejar de huir de su pasado y recuperar el

aliento. Por ahora, todo lo que poseía era un conjunto de ropa en una habitación alquilada en secreto, por ejemplo. Un fajo de documentos falsificados con un nombre que no era el suyo. Había aprendido a escribir trazando las letras de periódicos y carteles desechados. Después de dejar a la señora Beckwith, Antonia se había abierto camino hacia la alfabetización. La imitación era su mejor y posiblemente única habilidad.

—¿Cuándo habría tenido tiempo para hacer eso? —jadeó mientras él la alejaba de otra pareja. Un aroma embriagador de perfume pasó junto a su nariz. Casi habían chocado con los otros bailarines. —¿Por qué odias tanto a tu abuela?

Havencrest perdió un paso seguro y se recuperó. Su sonrisa burlona se desvaneció. El estómago de Antonia se calentó de satisfacción. —Estás intentando guiar de nuevo.

—Lady Summervale te detesta —adivinó Antonia. Ahora, se encontró con sus ojos. Brillaban duros como los lujosos diamantes azules apreciados por los aristócratas franceses. Más joyas malditas. Era prácticamente una epidemia. Dejó de luchar y permitió que Havencrest la guiara ciegamente. Antonia ni siquiera se molestó en intentar seguir sus pasos.

—Era a mi padre a quien no podía soportar —dijo él. —No cuando mi madre se fugó con él, y especialmente no después de que tomara una amante y le rompiera el corazón a mi madre. Esa es la mujer de quien obtuviste la mitad inferior del Grito del Corazón.

—Ah. —Antonia no sabía qué decir a esto. Se suponía que los aristócratas ricos no eran personas que experimentaban dolor y lucha; eran blancos a los que aliviar de su riqueza mal habida. Incluso los supuestos hombres hechos a sí mismos que fluían de América en una marea de riquezas tenían mucha más suerte que inteligencia o bondad. Se beneficiaban del trabajo de muchos, en opinión de Antonia, y ninguna cantidad de filantropía podía compensar el hecho de que habían construido esa riqueza explotando a personas como ella. —¿Es por esto que a los hombres Havencrest se les llama libertinos?

Él soltó su agarre en la cintura y la mano enguantada de Antonia. La canción había terminado. Se quedaron de pie al borde de la pista de baile, mirándose fijamente.

—Yo no soy mi padre —declaró Havencrest con emoción contenida. Hizo una reverencia y la dejó allí.

Incluso Antonia comprendía la grosería de ser dejada sola al borde de la pista de baile. Al concluir un baile, se suponía que debía devolverla con sus acompañantes. Simplemente no se hacía. Antonia vio cómo Lady Jersey y la Princesa Esterhazy lo acorralaban por ambos lados.

—¿Es tan terrible como todos dicen? —preguntó una mujer pelirroja que apareció a su lado. Antonia se sobresaltó. El familiar acento del sur de Estados Unidos se enroscaba alrededor de sílabas suaves y vocales alargadas. Los ojos verdes de Annabelle Kilpatrick se clavaron en los suyos.

—¿Havencrest? Peor —murmuró Antonia mientras permitía que la mujer cuya amistad una vez había explotado sin escrúpulos la guiara lejos de los bailarines.

—Ven y cuéntanoslo todo.

Antonia las había utilizado, y sin embargo aquí estaban tres mujeres, dándole la bienvenida a su abrazo. Por una vez, no tuvo el corazón de rechazar la amistad. Havencrest había roto sus defensas. Esta noche, Antonia agradecía cualquier consuelo que pudiera encontrar entre extraños, incluso en los brazos de un hombre en quien no podía confiar.

Ocho

—Necesitas clases de baile.

Antonia examinó la araña como si nunca hubiera visto una confección más fascinante de cristal, alambre y candelabros. Algunos se habían apagado. Debía ser una verdadera molestia mantenerlos encendidos y las mechas bien recortadas. El violín y el violonchelo le crispaban cada vez más los nervios hasta que, con misericordiosa brusquedad, los músicos dejaron sus instrumentos para tomar un descanso.

—Yo podría darte instrucción —añadió él después de un largo silencio. A su lado, Margaret charlaba con su hermano y su cuñada, llenando el vacío con un incesante torrente de palabras.

Deja de hablar, ordenó Antonia mentalmente. Margaret hablaba cuando estaba nerviosa, y la presencia de Havencrest tenía a la pobre chica saltando de su piel. Había estado bien cuando estaban solas en el salón de los Evendaw, planeando crímenes imaginarios. Pero ahora, en público, su imponente presencia física cerniéndose sobre la menuda figura de Margaret se había convertido en la posibilidad demasiado real de un matrimonio que Margaret no deseaba.

Le debía un favor a Margaret. Muchos favores, de hecho, aunque Antonia no tenía intención de pagarlos.

Antonia vislumbró el collar de oro de una mujer al alcance de la mano. Todo lo que se necesitaba para liberar la ligera baratija era un corte discreto. Cuando la mujer se moviera, la cadena se deslizaría a su alcance. Simple. Casi tan fácil como chocar con una dama en el hombro y simultáneamente deslizar una pulsera por su muñeca. Distraer y...

—Puedo adivinar lo que estás pensando, Antonia.

Esta vez, inclinó la barbilla y miró de reojo al duque. Sus cejas se fruncieron en un gesto de desaprobación. —¿Ah, sí?

—Crees que puedes llevarte la pulsera de esa mujer tan fácilmente como deslizar un... —Havencrest se interrumpió. Su mandíbula se tensó. La mente de Antonia completó las palabras que él no podía estar pensando. *Pene duro en una vagina acogedora*. Su bajo vientre se contrajo de necesidad mientras imágenes inapropiadas de su cuerpo erecto moviéndose dentro del suyo borraban el mundo. Antonia jadeó y rompió el contacto visual.

—Podría hacerlo, si quisiera —dijo con pereza. *Podría tenerte. Me odiarías por ello, pero podría hacerlo*. Antonia se obligó a respirar. Su visión se aclaró. La muñeca enguantada de blanco de otra mujer colgaba flojamente justo delante de ellos.

—Hazlo —exigió él con dureza. Habían vuelto a murmurar el uno al otro por las comisuras de sus bocas mientras fingían no estar hablando.

—¿Estás diciendo que no puedo quitarle esa pulsera sin que se dé cuenta? —preguntó Antonia en un susurro bajo.

—Demuestra que puedes. Te vi hacerlo una vez, por pura casualidad, en la ópera. No te he visto hacerlo desde entonces. Tal vez no estés a la altura.

—Un juego de niños —replicó Antonia. Giró su cuerpo de lado, luego se acercó. Un ligero agarre, un tropiezo fingido y una disculpa murmurada. Retrocedió hacia el duque y dejó caer su mano izquierda a un lado, ocultando la pulsera en su palma. El brazo de él cayó recto junto a su cuerpo hasta que el dorso de sus manos se rozó. Una descarga eléctrica recorrió su brazo. Él estaba cálido y sólido, y cuando sus dedos trazaron el dorso de sus nudillos, el toque de Havencrest fue casi gentil. Su dedo índice enguantado se entrelazó con el de ella. Las rodillas de Antonia se volvieron de gelatina. Amenazaban con hacerla caer al suelo.

Él trazó el borde de la pulsera y arqueó una ceja. Havencrest le lanzó una mirada de reojo. Antonia lo imitó. Una leve sonrisa jugaba en las comisuras de su boca. Era tentador ver si podía hacerla florecer por completo. En su lugar, reunió su ingenio y se dirigió con paso despreocupado al tocador de damas, donde depositó casualmente la pulsera robada bajo un espejo. Alguien la encontraría; tal vez volvería a su dueña. Cuando regresó, los Evendaw habían atraído a Havencrest y Margaret a la conversación. No fue hasta que estaban recogiendo sus capas de los lacayos que él murmuró: —Bien hecho. Aunque no funcionará con mi abuela.

Antonia se encogió de hombros como si el cumplido no hubiera enviado una ráfaga de fuegos artificiales a través de su abdomen. —¿Por qué no?

—Ella nunca lleva puesto el Llanto del Corazón.

—¿Entonces de qué se trataba todo este ejercicio? —demandó Antonia. El volumen de su voz se elevó.

—Para verte cometer un crimen —los ojos azules de Havencrest brillaron con humor—. Ahora, puedo testificar cómo te vi personalmente aliviar a esa joven de sus efectos personales.

Antonia jadeó indignada, su boca abriéndose y cerrándose como un pez fuera del agua, pero no tuvo oportunidad de responder antes de que Margaret y los Evendaw interrumpieran para llevarlos a casa.

Havencrest se despidió rígidamente de los Evendaw. El condenado hombre tocó el ala de su sombrero y sonrió. Antonia entrecerró los ojos en respuesta. Pero ver esa sonrisa casi había valido la pena arriesgar el cuello. Envió mariposas revoloteando por su estómago, una sensación espantosamente incómoda, decidió Antonia malhumorada.

—¿Está bien tu mano? —preguntó Margaret inocentemente.

—Sí, ¿por qué? —Oh. Había estado trazando el lugar donde Havencrest había tocado su dedo índice enguantado mientras le mostraba la prueba de sus habilidades de hurto—. Frío, eso es todo.

—Pronto estaremos en casa —el conde se había quedado dormido en su cuadrante del carruaje. Lady Evendaw lo apartó de su hombro. Su marido resopló y se incorporó aturdido.

Mientras entraban en la casa, el mayordomo segundo trajo un pulcro cuadrado de papel marfil colocado sobre una bandeja de plata. —Esto llegó hace apenas un cuarto de hora.

—¿Qué es esto? —preguntó Evendaw. El reloj de la plaza dio una única campanada ahogada. La una de la madrugada. Nunca llegaban buenas noticias en la oscuridad, solía decir la madre de Antonia.

—Para la señorita Lowry.

Evendaw escudriñó la escritura, y luego a ella, tan de cerca que Antonia temió que pudiera abrirla y comenzar a leer su correo. El pánico barrió cualquier telaraña persistente de anhelo por

el roce de Havencrest.

Lo que leyó borró cualquier sensación de anhelo por él. Las palabras garabateadas en blanco y negro cuajaron su lujuria en odio con unos pocos garabatos ondulantes.

—¿Qué es?

—Clases de baile —suspiró Antonia—. La princesa Esterhazy me ordena mejorar mi comportamiento si deseo continuar acompañando a Lady Margaret a Almacks. Al parecer, mi vals con Lord Havencrest fue inapropiado. Solo se les permite a las debutantes que han recibido permiso expreso de las patronas. Aparentemente, es una regla de Almack's. No lo sabía.

—Oh —exhaló Margaret—. Eso es vergonzoso.

—Sí, gracias por esa aguda observación —espetó Lady Evendaw—. La señorita Lowry es tu amiga, Margaret. ¿Por qué no la advertiste?

Margaret se marchitó bajo la dura crítica de su cuñada.

—Según Lady Jersey, mi comportamiento es aceptable, considerando mi nacionalidad, sin embargo, mis habilidades necesitan refinamiento si he de adornar el salón el próximo miércoles. Está firmado conjuntamente por cinco de las seis patronas de Almack's —Antonia extendió la carta. Lady Evendaw resopló como si le hubiera ofrecido un puñado de estiércol.

—Supongo que será mejor que acepte la oferta, entonces, si desea evitar más humillaciones —Lord Evendaw se asomó por encima de su hombro para ver la insultante carta—. De diez a once todos los días excepto el domingo. Esto es muy generoso de parte de la princesa, proporcionarle instrucción privada. Siempre me agradó, aunque no puedo ver qué importancia tiene que una dama baile un vals en una reunión. Haré que mi cochero la lleve por la mañana, señorita Lowry. Buenas noches.

Antonia se retiró con el brazo de su amiga protectoramente entrelazado con el suyo. —No es tan malo. Bailar es sencillo una vez que aprendes los pasos —parloteó Margaret consoladoramente.

Pero no era el movimiento de pies lo que preocupaba a Antonia. Era que la habían descubierto como una farsante. La tentación de tomar el resto del dinero de Havencrest y desaparecer abrumó a Antonia en una ola de miedo y desesperación.

Él nunca te dejará ir, susurró su corazón, mintiendo. Havencrest planeaba entregarla a las autoridades tan pronto como ella le consiguiera su estúpida piedra. Sería mejor que hiciera las maletas y se fuera antes de que él tuviera la oportunidad de hacer que eso sucediera.



A la mañana siguiente Antonia subió resoplando las escaleras de la dirección indicada precisamente a las nueve cincuenta y seis. Su aliento se condensaba frente a ella con cada paso.

—"Mejorar mi comportamiento", dice —murmuró Antonia mientras llegaba al rellano y presionaba el pestillo que mantenía cerrada la puerta de doble ancho—. Si no hubiera pasado mi juventud de rodillas fregando después de gente como ustedes, tal vez habría tenido tiempo de adquirir el apropiado... refinamiento social.

Antonia se detuvo abruptamente. Frente a ella había una habitación vacía con un suelo rubio y desgastado bañado por la cruda luz invernal. Junto a la ventana había una mesa sobre la que descansaba un rectángulo de madera que hacía un sonido rítmico y molesto. Sobre él se inclinaba un hombre alto de hombros anchos que habría reconocido en cualquier parte.

—Debí haber sabido que estabas detrás de esto.

—Sí —confirmó Havencrest con aire de suficiencia—. Pensé que era una manera ingeniosa

de lograr dos objetivos.

—¿Cuáles son? —preguntó Antonia con sarcasmo mientras desabrochaba el cierre de su cálida capa. Debería estar enojada, pero en cambio, estaba extrañamente encantada. Molesta, sí, pero también halagada de que se hubiera tomado tantas molestias para pasar tiempo a solas con ella. Los pasos de Antonia resonaron con eco en la sala de baile mientras se movía para colgarla sobre la pequeña silla de madera junto a la mesa, encima de su abrigo. Colocó su bonete de terciopelo junto a su sombrero. Sus guantes permanecieron en su lugar. Con cautela, rodeó el borde de la habitación, observando al duque como si pudiera abalanzarse sobre ella.

—Mejorar sus habilidades de vals, señorita Lowry, mientras planeamos cómo aliviar a mi abuela de su codiciada gema.

—Comparto solo uno de esos objetivos —le informó Antonia. Su vestido de día de terciopelo dorado con adornos rosados susurró alrededor de sus tobillos.

Havencrest hizo una reverencia. —Eso será suficiente incentivo para que aprenda a bailar correctamente, entonces. En una semana, regresaremos a Almack's. Mi abuela también estará allí. Intentaré asegurarme de que lleve puesto el objeto de nuestro deseo compartido.

El Llanto del Corazón, por supuesto.

—Después de anoche, estoy convencido de que contraté a la mujer adecuada para el trabajo —Havencrest mantuvo su distancia, orbitando lejos de la mesa, contando pasos alrededor de la habitación.

—¿Contrató? Más bien chantajeó —Trazó la parte superior del dispositivo que hacía clic con una mano—. ¿Qué es esto?

—Un metrónomo. Nos ayudará a mantener el ritmo en ausencia de acompañamiento musical. Podemos conversar libremente aquí —Dio un paso hacia el centro de la habitación y le hizo una reverencia cortés—. Mi abuela fue quien se quejó a la princesa Esterhazy sobre mi vals inapropiado con usted. Parece que fui demasiado familiar con la amiga de mi dama. Había olvidado las reglas de Almack's desde mi última visita. En mi defensa, fue hace una década.

Antonia no sabía dónde mirar, pero no podía encontrarse con su mirada. La forma en que la miraba, con un calor cauteloso y anhelante, hacía que las palmas de sus manos se humedecieran dentro de sus guantes de cabritilla. —No puedo creer que alguna vez fuera un visitante frecuente.

—No lo era. Un breve episodio a mis veintitantos.

—¿Por qué dejó de ir? —preguntó Antonia con más calor punzante del que pretendía. Esta no era la primera vez que estaba a solas con un hombre. Si se entregara a él, tampoco sería su primera experiencia. Era el hecho de que se hubiera tomado tantas molestias para estar a solas con ella lo que tenía a Antonia con los pelos de punta. A pesar de esto, no sentía ningún peligro de su parte. Havencrest no intentó acercarse más a ella. —La dama con la que esperaba casarme eligió a otro hombre —dijo con suavidad. El dolor se dibujó fantasmalmente en sus hermosos rasgos.

—¿Oh? —Antonia arqueó una ceja—. No puedo imaginar a una dama rechazando a un hombre de tanto encanto e ingenio como usted.

Su sarcasmo le valió que sus sensuales labios se estiraran en una media luna. —No siempre fui un pícaro tan encantador. Durante mucho tiempo, me esforcé por convertirme en el libertino más experimentado de Londres. Lo logré más allá de lo que imaginaba. La dama en cuestión creía que nunca podría cambiar y eligió casarse con un hombre que prometía mayor felicidad. Un caballero, para ser precisos.

—¿Por qué me cuenta esto? Estamos aquí para bailar, ¿no es así? —espetó Antonia. No deseaba conocer la historia de este hombre. Su corazón latía más rápido al sentir todo el peso de

encontrarse a solas con él durante seis mañanas completas. No le gustaba la forma en que la emoción recorría su cuerpo ante tal perspectiva—. Aparte de no seguir su guía, ¿qué hice mal anoche?

El rostro de Havencrest se cerró. Hubo poco movimiento exterior, solo un alisamiento de su frente y una tensión alrededor de sus ojos. Antonia reconoció el retroceso detrás de una máscara, pues ella también había aprendido a controlar sus emociones. Sabía cómo cerrarse arreglando sus facciones en una máscara agradable. Lo hizo ahora, tragándose su resentimiento malhumorado.

—Al bailar —comenzó él con el más leve toque de frialdad en su tono—, debes moverte con un porte relajado y erguido. Así. Evita mirar tus pies. Es menos importante que los pasos sean precisamente correctos que mantener el ritmo. De ahí el metrónomo.

Para ser un hombre alto, el duque poseía cierta gracia de movimiento que hablaba de horas de práctica inculcadas en él. Ella enderezó los hombros imitando su postura.

—Bien —dijo Havencrest alentadoramente—. Suaviza tu barbilla. Puede que desees apuñalarme, pero hasta que tenga el Llanto del Corazón de vuelta en mi posesión, debo pedirte que te abstengas.

Una sonrisa tiró de los labios de Antonia. —Lo planeaste todo, ¿no es así? Sabías que no estaba permitido que las jóvenes valsearan en Almack's sin permiso. Una regla patentemente estúpida, ¿sabes?

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, no soy una de las patronas —Havencrest sonrió con suficiencia—. Eres tan... diferente de las debutantes que pueblan ese establecimiento que honestamente lo había olvidado. Sin embargo, una vez que la princesa Esterhazy señaló mi error, vi una oportunidad y la aproveché. Ahora, los pasos son así. Uno-dos-tres. Levanta el talón, así. Mantén los tobillos suaves. Anoche estabas rebotando así. —Demostró un movimiento rígido de arriba abajo.

Antonia ahogó una risita cubriéndose la boca. —¿Realmente estaba tan mal?

—Desafortunadamente, sí. —Havencrest entonces se deslizó hacia adelante unos pasos para pararse frente a ella—. Ahora inténtalo tú.

Antonia imitó sus pasos en un patrón que la llevó en dirección opuesta a él.

—Bien hecho, excepto que tienes que hacerlo hacia atrás —señaló.

Un germen de rencor brotó en su pecho. —Pero no demostraste eso. Me temo que tendrás que mostrarme cómo se hace.

Havencrest cruzó los brazos sobre su ancho pecho. Antonia sonrió con suficiencia. Él arqueó una ceja. —¿Hablas en serio, señorita Lowry?

—Absolutamente. Tú eres quien deseaba jugar a ser maestro de baile. Veamos qué tan bien te gusta ser arrastrado por la habitación sin poder ver hacia dónde vas, Lord Havencrest.

—Malcolm. Mi nombre de pila es Malcolm.

Antonia inhaló. Su nombre resonó dentro de su cabeza, un trozo de información inútil. —Muy bien entonces, Malcolm. Déjame verte bailar hacia atrás. —Puso en movimiento el péndulo del metrónomo. Havencrest abandonó su postura defensiva y valseó hacia atrás en un círculo completo. Cuando se detuvo frente a ella, Antonia aplaudió—. Bravo.

—Tu turno. —Detuvo el metrónomo—. Adelante.

Antonia se mantuvo como lo había hecho unos momentos antes y cruzó el suelo hacia atrás con pasos cortos. Paso-levanta-levanta.

—Aceptable. Continúa.

Antonia mostró los dientes en una sonrisa forzada. Paso-levanta-levanta, paso-levanta-levanta. Uno-dos-*bum*. Los pies de Antonia se deslizaron bajo ella y cayó tan fuerte que su caída

reverberó por toda su columna hasta la base de su cráneo.

—Los hombres tienen la parte fácil del baile —declaró. Havencrest estaba a su lado, con una rodilla doblada, abrumándola con su solícita asistencia.

—No hay nada con qué chocar —la reprendió suavemente mientras una gran mano cálida le sostenía el codo—. ¿Te duele?

—Mi trasero se recuperará. Es solo un moretón. —Antonia se movió e hizo una mueca. Un calor avergonzado rodó por su abdomen. ¿Por qué tenía que hacerla sentir tan... tan... frágil? Ella no era delicada en lo más mínimo. Antonia se levantó rápidamente, ayudada por el demasiado cercano, muy agradable al olfato y cálido Lord Havencrest—. Gracias. Malcolm.

Su nombre flotó entre ellos en una frágil bocanada de conexión íntima. Antonia se encontró agarrando con fuerza la solapa de él con su mano izquierda en un destello de sorpresa. Levantó la mirada para encontrarse con la suya y halló una cautelosa esperanza en las profundidades de sus ojos azules. Alrededor de sus pupilas y en los bordes del iris había anillos de un azul marino profundo. Se miraron por un largo momento. O quizás solo se sintió así. Su mirada se deslizó por el ángulo afilado de su nariz, luego bajó a su boca, que por una vez no estaba congelada en una línea rígida de desaprobación. No, sus labios estaban suaves en las comisuras y generosamente proporcionados, como el resto de él. Una sensación resbaladiza hizo que Antonia sintiera como si pudiera caer de nuevo sobre su trasero. Tal vez el golpe le había aflojado el cerebro porque se encontró inclinándose hacia adelante como si fuera a...

Besarlo.

Antonia lo soltó. Retrocedió tambaleándose, con el pulso martilleando en su garganta. La intensa mirada de Havencrest ardió, luego se apagó. Ella tragó saliva. —Intentémoslo de nuevo —dijo Antonia. Su voz sonaba temblorosa a sus propios oídos, pero levantó la barbilla y adoptó su mejor *postura relajada y erguida* antes de levantar un talón para moverse hacia atrás.

—Por esto dejas que tu pareja guíe el baile —dijo Havencrest. Antonia observó, anclada en su lugar, mientras él avanzaba para cernirse sobre ella. Vaciló.

—¿Y bien? ¿Qué esperas, su señoría? —Antonia cerró la distancia y colocó su mano sobre su hombro. El contacto resonó por su brazo hasta su vientre. Lo hizo porque aprender a bailar con él era la única forma de salir viva de este aprieto, y también porque deseaba tocarlo tan desesperadamente. Sus rodillas se debilitaron cuando el otro brazo de él se deslizó alrededor de su cintura.

—Mírame —ordenó. La respiración de Antonia se acortó en pequeños sorbos inadecuados de aire. No era la primera vez que sentía lujuria, pero era la primera vez que la experimentaba con tal fuerza. Sus miradas se encontraron. Terca como era, Antonia levantó la barbilla en desafío. La boca de Havencrest se curvó en las comisuras—. ¿Lista?

Antes de que pudiera responder, ya estaban en movimiento. Antonia falló los primeros pasos, pero él la mantuvo firmemente erguida y a escasos quince centímetros de su pecho. Un-dos-tres. Paso-levanta-levanta. Confiar en que él no la estrellaría contra una pared. Antonia bajó la mirada.

—Mírame —exigió Havencrest. Malcolm. ¿Tendría un apodo, así como la madre de Antonia había acortado su detestado nombre verdadero? Antonia se obligó a respirar y volvió a fijar su mirada en la de él—. Bien —la animó—. Una vez más.

Sus cuerpos se movían como una unidad, casi siempre, excepto en los momentos en que ella intentaba mirar sus pies en lugar de sentir los cambios de peso.

—Bien hecho —dijo Malcolm.

Se detuvieron. Antonia lo soltó y giró alejándose. Malcolm retrocedió al mismo tiempo, como si se hubieran convertido en imanes opuestos que se repelían con una fuerza invisible.

—Es usted un excelente instructor, milord —declaró Antonia mientras se abanicaba el rostro ardiente—. Sin embargo, debo preguntar, ¿qué tiene que ver esto con robar el collar de su abuela?

Nueve

La sangre de Havencrest retumbaba en sus oídos con tanta fuerza que apenas podía escuchar el sonido de la campana del reloj marcando la media hora. Intentó calmar su cuerpo rebelde. Desafiante, su miembro se estremeció con interés ante la proximidad de Antonia Lowry.

Esto había sido una idea terrible.

Todo parecía tan simple anoche. Cuando Lady Jersey lo había apartado para reprenderlo por meter a la señorita Lowry en problemas, Malcolm había visto una oportunidad y decidió aprovecharla. Había recurrido a sus contactos para localizar a un maestro de baile, que había comenzado a ofrecer lecciones a todo el que llegara, para que le alquilara este espacio por las mañanas. Le había costado una pequeña fortuna. Ahora que la tenía aquí, sin embargo, Malcolm no estaba más cerca de saber qué hacer con la señorita Lowry de lo que estaba antes.

—Has descubierto el pasatiempo favorito de mi abuela —dijo con voz ronca, deseando que hubiera un sirviente para traer té.

—Jugar a las cartas —respondió Antonia como si nada hubiera pasado entre ellos. Hace un momento, él habría jurado que ella estaba a punto de besarlo, pero ahora nunca lo habría adivinado.

—Sí. —Jugueteó con el metrónomo hasta que sus manos inestables dejaron de temblar—. Cada viernes organiza una sesión de cartas en su salón después del té. Solo amigos e invitados. Apuestas altas, según los estándares de las ancianas.

—¿Qué se supone que significa eso? —exigió Antonia.

—Las ancianas no son conocidas por sus apuestas despiadadas. Las viudas tienden a ser un grupo cauteloso.

Antonia puso los ojos en blanco como si pensara que él era el más simple de los niños.

—Puede que no tengan mucho para apostar, pero sospecho que el bote es más rico de lo que podrías pensar.

—¿Qué te hace pensar eso? —exigió él—. ¿Nunca te cansas de desafiar cada frase que digo?

Ella se rio.

—¿Cuál de las dos preguntas quieres que responda primero?

—Ambas. —Maldita sea esta mujer desconcertante.

—Las ancianas ricas no tienen más responsabilidades. Pueden gastar su dinero como quieran. ¿Tú? ¿Hombres como tú, con propiedades que mantener y sirvientes que pagar y esposas que cortejar e hijos que engendrar?

Todo el cuerpo de Malcolm se tensó ante la idea de engendrar hijos con Antonia.

—Eso cuesta dinero —declaró ella—. Mucho dinero. Y por lo que he observado durante los últimos meses, los herederos con dinero para gastar a menudo no lo usan bien. Compran caballos veloces y carruajes elegantes y los servicios de mujeres hermosas. Las señoras mayores tienen ingresos estables, una vida de sabiduría y un agudo sentido del riesgo. Apuestan alto cuando quieren y se deleitan en desplumar a quienes las desafían.

A Malcolm se le ocurrió que ella no era inocente. Incluso si la señorita Lowry era virgen —no es que a él le importara si lo era o no—, poseía una visión de cómo funcionaba el mundo que las debutantes no solían tener. Fuera como fuera que la había obtenido, él disfrutaba la manera en que mantenía su tira y afloja en equilibrio. Podía ganar ventaja por un tiempo, pero podía contar con que Antonia lo desestabilizaría en poco tiempo. Esto contrastaba fuertemente con Lady Margaret, que estaba de acuerdo demasiado rápido en su afán por complacer. Eso le causaba gran incomodidad. Malcolm prefería mucho más el combate verbal.

—¿Estás diciendo esto sobre todas las mujeres mayores o sobre mi abuela en particular? —exigió. Ahora que la sangre había comenzado a circular con normalidad, en lugar de precipitarse para causar molestias en sus pantalones, Malcolm se dedicó a su segundo asunto. Retiró sus prendas de exterior de la mesa y colocó la lana húmeda en un montón en el suelo. Su capa y su abrigo se entrelazaron en un bulto. Incluso ese triste montón trajo a su mente incómodas imágenes parpadeantes de sus cuerpos entrelazados. Exhaló y movió las dos sillas a sus lugares en lados opuestos de la mesa.

—Lo estoy diciendo sobre tu abuela. —Antonia se sentó suavemente frente a él. Si su trasero magullado le molestaba, no lo demostró.

—¿Por qué? —preguntó él directamente. Malcolm palmeó sus bolsillos y sacó un rectángulo de cartulina.

—Porque anoche tuve la oportunidad de observarla jugando mientras tú y Margaret revoloteaban por la pista de baile como un par de marionetas mal emparejadas —respondió Antonia agriamente. Tomó el mazo de cartas que él había colocado boca abajo en la mesa y comenzó a barajarlas. *Thhhftp.*

—Somos bastante incompatibles, ¿no es así? —Cortó el mazo con un chasquido—. Bailar con Lady Margaret es como bailar con una... —*Niña*—. Muñeca.

—No. No se ve bien, ustedes dos juntos. Maggie apenas te llega al hombro. Es imposible imaginarte besándola.

—O a ella besándome. —Las cartas se deslizaron sobre la madera de pino desgastada. El juego le resultaría fácil a ella, a diferencia del baile. No requería confianza. El pensamiento lo desinfló. Malcolm le había dado a Antonia pocas razones para depositar su fe en él, pero necesitaba más de ella que el tira y afloja vagamente hostil. Quería la vulnerabilidad que había visto en sus ojos color hoja de otoño cuando estaban bailando. Podría dibujar sus rasgos de memoria, con los ojos vendados. La inclinación precisa de su nariz y las curvas de sus labios llenos estaban nítidamente grabadas en su imaginación.

Peor aún, estaban reemplazando los recuerdos borrosos de su madre.

—Margaret no lo haría —insistió Antonia en un tono aburrido. Volteó la primera carta. Malcolm notó la terquedad en su barbilla y leyó incertidumbre en su postura. Ella no encontraría su mirada hasta que él no jugara con prontitud. Entonces lo clavó con una mirada fría y arqueó una ceja—. ¿Vas a jugar?

—¿Qué te hace estar tan segura? —preguntó él con naturalidad mientras volteaba un ocho de diamantes—. Tal vez Margaret esté más interesada en mí de lo que crees.

—Típico de un hombre creer que toda mujer tiene debilidad por él —Antonia azotó una carta

sobre la mesa—. ¿Tienes que ser tan predecible?

Malcolm se rio entre dientes. Había logrado irritarla, y la vista de una Antonia ligeramente envidiosa encendió la mecha de su atracción por ella. Su pie golpeteaba el aire bajo el dobladillo de su falda, como solía hacer cuando estaba ansiosa. —¿Te molestaría?

—¿Qué me molestaría? —replicó Antonia, recogiendo una baza con un gesto triunfal.

—Si besara a tu amiga.

—En lo absoluto —dijo ella con frialdad—. Pero solo si lo dices en serio. Te obligué a entrar en este cortejo fingido. Sin embargo, si llegara a florecer en sentimientos reales, los animo a ambos a aprovechar la oportunidad. Pero si le rompes el corazón, te romperé las rótulas.

Malcolm intentó no reírse ante la idea de que la hermosa Antonia fuera capaz de ejercer suficiente violencia para dañarlo físicamente. Luego, recordó que ella había arrojado sin remordimientos el cuerpo de una mujer muerta al Támesis en un intento de fingir su propia muerte. Mejor no subestimar nada de lo que fuera capaz. También le recordó que su tiempo con Antonia era limitado. Antes de que su sentido común pudiera cortocircuitar sus palabras, preguntó: —¿Te molestaría si te besara a ti? —Malcolm colocó un rey de espadas directamente sobre el montón.

—¿Molestarme? —Antonia se reclinó en su silla. Los músculos de su garganta se tensaron —. Ni lo sueñes.

—He soñado con ello desde aquella noche en el muelle. —Esta vez, él recogió la baza y jugó la siguiente carta. Dos manchas rosadas calentaron las mejillas de Antonia. Por una vez, la mujer no tenía respuesta. Una emoción momentánea lo recorrió al tomar la ventaja, aunque sabía que la perdería en el siguiente instante—. No hay necesidad de temer. No te besaré, Antonia.

—¿Por qué no? —exigió ella con voz ronca.

—Porque pretendo dejar que tú me beses primero.

Sus labios se entreabrieron. Un resoplido de indignación fue interrumpido por el campanario exterior. Malcolm empujó su silla hacia atrás y recogió la baraja de cartas. —Lo intentaremos de nuevo mañana. Si estás disponible para reunirnos tan temprano como a las ocho, estaré aquí.

—¿Haciendo qué? —preguntó Antonia, con tanta sinceridad que casi se lo dijo.

—Si quieres saberlo, tendrás que llegar temprano y averiguarlo. —Se inclinó para recoger el manto de ella del suelo y se lo ofreció. Antonia caminó hacia él y giró sobre sus talones mientras retrocedía para ponérselo. Él murmuró su nombre.

—¿Sí?

—Si me dejas guiar en la pista de baile, prometo seguir tus deseos en todo lo demás.

Ella nunca se volvió para mirarlo. Sin mirada desafiante, sin sarcasmo burlón. Solo el rápido golpeteo de sus zapatos sobre el suelo de madera mientras Antonia Lowry partía en una nube de lana forrada de seda y el tenue aroma de jabón francés. Lo dejó tenso de frustración y sin salida.

Excepto una.



Antonia subió las escaleras a la mañana siguiente sin saber qué encontraría. La conversación durante la cena del día anterior no había sido fácil. Se había confiado a Margaret después del hecho, pero cuando Lady Evendaw preguntó educadamente esa tarde sobre sus lecciones, Antonia sonrió y ofreció descripciones vagas de un caballero mayor (técnicamente cierto) y un trío de otros estudiantes (una mentira descarada).

—Es una excelente oportunidad para ti —comentó su anfitriona—. Así como una muestra del

aprecio de Lady Jersey y la Princesa Esterhazy por la reputación de Havencrest. —Por una vez, Lady Evendaw le dirigió una mirada cálida a Margaret. Antonia se preguntó qué diría la mujer si confesara haber pasado toda la hora a solas en presencia de Lord Havencrest, y peor aún, que no había sido la primera vez.

Era un pensamiento tentador, pero uno que la dejaría en la calle en un santiamén si tan solo susurrara la verdad en voz alta. Por eso, su acto rebelde y emocionante al contarle a Margaret la sorpresa de la mañana.

Recordar la forma en que él la había tocado había llevado a Antonia a pasar la hora posterior a la cena, cuando se suponía que debía estar descansando antes del entretenimiento nocturno, con la mano entre sus piernas. Antonia estaba acostumbrada a encargarse de tales asuntos por sí misma. Había tenido relaciones físicas con hombres antes. La decisión de su madre de dedicarse al comercio callejero durante algunos años había ayudado a la familia a superar los peores momentos difíciles. También le había dado a Antonia una educación sólida sobre las necesidades físicas de los hombres. Su madre afirmaba que la experiencia también podía ser satisfactoria para las mujeres. Cuando Antonia lo había intentado, los resultados la habían dejado mayormente insatisfecha. Al menos sabía insistir en el uso de un condón.

Pero aquí, en la privacidad de su propia habitación, con sus suaves almohadas y cálida colcha, Antonia se deleitaba con fantasías sobre el tacto de Malcolm. Su cuerpo se movía como el de un torero. Ágil y fuerte, con su ancha espalda, cintura estrecha y muslos musculosos. Antonia cerró los ojos para imaginar mejor lo que podría suceder si aceptara su casual invitación.

Pretendo dejar que tú me beses primero.

El recuerdo de sus palabras pronunciadas en un tono casual con un ronco acento era suficiente para derretir a Antonia incluso ahora, un día después.

—¿Hay alguien aquí? —llamó, encontrando la habitación vacía. Mientras sus ojos se adaptaban de la penumbra de la escalera a la cruda luz invernal que entraba por las ventanas, divisó la figura de Havencrest inclinada sobre una pequeña mesa cerca de la ventana.

Oh, vaya, había tenido razón. *Estaba* dándose placer y atraparlo en el acto era mucho menos interesante y más vergonzoso de lo que había sido en sus sueños. Havencrest se quedó inmóvil. Sus palabras resonaron por la habitación vacía y se desvanecieron en la nada.

—¿Antonia? —preguntó él. El hombre empujó su silla hacia atrás y se levantó con movimientos bruscos, sobresaltado. Sus pantalones no estaban desabrochados, gracias al cielo. Los rápidos movimientos de su codo no habían sido los espasmos de un hombre acariciando su miembro. Antonia sintió una desconcertante mezcla de decepción y curiosidad. Si hubiera estado dándose placer, se habría horrorizado.

—Dijiste que viniera a las ocho.

—No creí que realmente lo harías —Havencrest reunió un montón de papeles como si quisiera ocultar su contenido. Frente a él había un estuche de madera con lápices y pasteles abierto. Antonia se acercó de puntillas con paso felino. Sus manos trabajaron los cierres de su ropa de abrigo hasta que se aflojaron y se desprendieron de su cuerpo. Como mujer con poco respeto por la propiedad personal de nadie, no tenía reparos en tratar de ver en qué había estado ocupado el hombre.

Dibujos. Sobre la mesita había una figura de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó, recogiéndola. Las secciones articuladas la intrigaron. Probó las pequeñas articulaciones y las encontró infinitamente flexibles.

—Un maniquí. Se usa para dibujar figuras.

—¿Eso es lo que estabas haciendo? —preguntó Antonia—. ¿Dibujando personas? —Separó

ampliamente las piernas del muñeco, dobló las rodillas y le colocó los tobillos alrededor del cuello. Con una sonrisa torcida, lo volvió a poner donde lo había encontrado. La pequeña figurita mantuvo su obscena posición. La boca de Havencrest se tensó.

¿Esto incomodaba a Malcolm? Qué decepcionante.

Dado que él había prometido no besarla a menos que ella lo hiciera primero, Antonia pensó que tenía mucho margen para poner a prueba los límites de su determinación. Él no dijo nada mientras guardaba sus materiales de arte. Pero en cuanto tuvo la oportunidad, ella deslizó la pila de papeles de debajo de su codo y se alejó girando, hojeando el contenido mientras caminaba.

En medio de la habitación, se detuvo. Antonia había estado tan absorta en los bocetos de Malcolm que no se había dado cuenta de que la seguía hasta que se cernió sobre ella y le arrebató la pila de papeles de las manos. Ella giró sobre sus talones.

—¿Por qué me estás dibujando? —exigió.

—No lo estoy haciendo —Mantuvo la espalda hacia ella mientras cuidadosamente alineaba las páginas. Las colocó en un estuche de cuero y lo ató. El portafolio y el estuche de madera con los materiales los guardó debajo de la mesa.

—¿Quién es ella? —Una extraña opresión le constriñó el pecho, compuesta por partes iguales de agonía y desesperación.

—Mi madre.

Oh. La Duquesa Viuda de Summervale había comentado el parecido de Antonia con su hija. En ese momento, lo había descartado como los tristes desvaríos de la memoria en declive de una anciana. Pero si los bocetos eran lo suficientemente parecidos, tal vez había algo más en ello.

—Pensé que hoy deberíamos empezar con un cotillón. Es bastante sencillo, y un baile bien ejecutado contribuiría mucho a restaurar tu reputación entre las anfitrionas de Almack's.

Antonia esperaba que su alivio no fuera visible para el duque. Él dejó los dibujos sobre la mesa y se volvió para mirarla. —Así.

Havencrest le tomó la mano. Antonia lo permitió, aunque quería soltarse y exigirle que le mostrara las imágenes que había estado haciendo. Si lo hacía, él negaría haber tocado un lápiz, así que en su lugar le dejó conducirla al centro de la habitación. Antonia reconocía la terquedad cuando la veía. La de Malcolm casi igualaba la suya.

—Idealmente, habría cuatro parejas. Idealmente, empezamos con un círculo. Como eso es un esfuerzo inútil ante la falta de parejas, pasaremos a los pasos básicos. Cruzamos los brazos por detrás de la espalda, así, y hacemos dos medios círculos.

Antonia decidió ser dócil mientras se tomaban de las manos en la parte baja de la espalda del otro.

—Bien. Ahora mírame a los ojos. Daremos una vuelta completa y luego cambiaríamos de pareja.

—¿Cambiar de pareja? —preguntó Antonia mientras el temor amortiguaba su interés por su obra personal.

—Sí, haces esto con cada mitad masculina de las cuatro parejas que están bailando —Frunció el ceño—. ¿Tiene sentido?

—Muéstramelo de nuevo —Antonia se balanceó sobre las puntas de los pies mientras Malcolm le tomaba la mano otra vez. Su barbilla bajó para observar sus dedos de los pies que se asomaban bajo el dobladillo de su vestido de seda ámbar. Un susurro de piel la instó a levantar la mirada.

—Nos miramos el uno al otro y fingimos estar disfrutando de este proceso —instruyó—. Así.

Antonia lo siguió. Cuando la soltó, ella cambió de lado y le tomó la otra mano para reanudar

el giro.

—Bien hecho —la elogió—. Aunque estás intentando guiar de nuevo.

—No es cierto —insistió Antonia—. Tienes una zancada larga, Malcolm. No es fácil seguirte el ritmo.

Arrepentido, acortó su paso para ajustarse al de ella. —¿Mejor?

—Sí. Gracias. Esto es muy superior al vals, en mi opinión —dijo Antonia mientras un calor familiar se deslizaba por su abdomen.

—¿Por qué? —preguntó Havencrest. En su mente, él seguía siendo el duque autoritario que la había chantajeado para que se quedara cuando ella había planeado huir. Pero a solas aquí en este espacio poco caldeado, había vislumbrado al hombre solitario que guardaba su dolor para sí mismo. Ese hombre, Malcolm, la intrigaba demasiado. O quizás Antonia estaba cansada de huir. Tenía una cama suntuosa donde recostar la cabeza cada noche, el comienzo de una amistad con Margaret, y lo que fuera que hubiera entre ella y Havencrest. Le asustaba cómo su corazón se aferraba al más mínimo brote de futuro. Mejor arrancarlo de raíz antes de que pudiera crecer y florecer en esperanza.

—El cotillón es un baile donde a una dama se le permite ver hacia dónde va —comentó Antonia. Retrocedió saltando y giró como si fuera a tomar a una pareja de baile invisible. Hizo una reverencia como había practicado cuando se quedaba con las damas americanas Kilpatrick.

—Debidamente anotado. También ofrece muchas menos oportunidades de conversación. Ideal cuando uno no está inclinado hacia su pareja. Un vals es mucho más romántico.

—No es de extrañar que fuéramos tan terribles compañeros, entonces. Lo último que somos es románticos —Los ojos de Malcolm habían brillado con diversión, pero ahora se ensombrecieron. Hizo que Antonia se sintiera pequeña y quisquillosa. Cambiaron de nuevo, y luego otra vez. Durante unos quince minutos más o menos, Havencrest la guio a través de los pasos—. Ahora, vamos a juntarlos todos.

Antonia completó exitosamente un baile.

—Un último consejo. Se espera que sonrías cuando bailes.

—¿Me estás diciendo que sonría más?

El apuesto rostro de Havencrest se contrajo en una leve mueca. —Te estoy proporcionando información. Si no deseas utilizarla, es tu decisión. Contribuirá mucho a convencer a los observadores en un baile de que eres exactamente lo que pareces ser si puedes fingir que disfrutas mientras bailas.

—¿Y qué es eso? —preguntó Antonia, provocándolo. Le gustaba cuando Malcolm repartía cumplidos a regañadientes.

—Una visitante recatada y agradable de tierras lejanas que intenta aprender nuestras costumbres locales.

—No una ladrona, quieres decir —confirmó ella.

—Precisamente. Durante todo el tiempo que hemos estado aprendiendo el cotillón, me he preguntado si ibas a abalanzarte sobre mí y morderme. Por mucho que me detestes, señorita Lowry, será más fácil convencer públicamente a los demás si practicas conmigo en privado.

—No te detesto —dijo ella suavemente. El problema era que Antonia le gustaba mucho más de lo que debería. Especialmente aquí, cuando estaban solos sin que el mundo los presionara por todos lados. Malcolm la miró con marcado interés, pero no dijo nada en respuesta. El corazón de Antonia intentó trepar a su garganta. ¿Habría revelado demasiado? ¿O había logrado atar su lengua con su habitual franqueza?

Afuera, la campana del reloj de la torre dio la hora. Las nueve en punto. Se detuvieron al

unísono, frente a frente, un poco sin aliento.

—Tomemos un descanso e intentemos jugar al whist —propuso Antonia. Si él la tocaba de nuevo, tendría que actuar sobre una de sus escandalosas fantasías de ayer. O al menos besarlo. Maldita sea si ella daba el primer paso.

—¿Por qué el whist?

—Apenas sé jugar, pero está claro que a tu abuela le encanta el juego. Es una forma de congraciarse con ella. Pero tengo que conocer lo básico antes de poder hacer trampa eficazmente.

Malcolm la miró con escepticismo. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio. —De acuerdo. Tenemos otra oportunidad esta noche para observar a mi abuela. Tengo información confiable de que asistirá al mismo baile que tus anfitriones.

Reorganizaron los objetos sobre la pequeña mesa. Antonia le pasó en silencio la caja de madera con los materiales de dibujo.

—¿No vas a pedir ver su contenido? —preguntó él.

—No —dijo Antonia con firmeza—. Tengo la intención de dejar que me lo muestres, si alguna vez deseas hacerlo.

Él le lanzó una mirada de soslayo, sorprendido. Antonia no encontró su mirada, pero dejó que una suave sonrisa se deslizara hasta las comisuras de sus labios. —Touché.

Tomaron asiento. Ella barajó el mazo. —Corta —ordenó, y Havencrest lo hizo—. Ahora, enséñame a jugar.

Diez

—Estos eventos serían mucho más divertidos si pudiera ver algo —se quejó Margaret—. Necesito chapines.

—¿Qué son esos? —preguntó Antonia mientras agitaba su abanico frente a su rostro. En deferencia al frío clima invernal, los anfitriones se negaban a abrir las ventanas. Los fuegos rugían bajo enormes chimeneas y las velas sobre ellas goteaban cera caliente mientras se derretían en el calor excesivo.

—Zapatos con plataforma. Con unos tres centímetros más, quizás podría escuchar lo que Lady Woolryte está susurrando.

De todas las cosas por las que sentir curiosidad. Antonia reprimió un destello de frustración.

—¿Por qué querrías saberlo?

—Una de las mujeres Kilpatrick se casó la semana pasada. Nadie quiere decirme por qué, porque soy una mujer soltera, pero me muero por saber cómo sucedió tan rápido —Margaret se esforzaba por ponerse de puntillas.

—¿Podríamos intentar ir a la sala de cartas? Este salón de baile es demasiado sofocante para soportarlo —Antonia instó a su compañera a avanzar, pero Margaret se resistió—. Vamos. Es más probable que los hombres mayores chismorreen abiertamente que una dama.

—¿Los hombres? ¿Chismorrear?

Antonia le guiñó un ojo.

—Piensa en tu hermano y sus amigos cuando vuelven del club, o cuando se reúnen con nosotras después de su coñac y cigarro postre. ¿No crees que estaban compartiendo secretos?

Margaret frunció el ceño.

—Sé que lo hacen. Después de todo, así fue como mi hermano intentó emparejarme con Lord Dalton el otoño pasado. Todo lo que se necesitó fue una conversación confidencial.

—Por eso las reputaciones se dañan tan fácilmente —asintió Antonia sabiamente, como si se hubiera criado en este mundo refinado. Ser una forastera le daba cierta distancia de estos elegantes procedimientos y exponía el lado oculto de la sociedad—. Todos hablan de los demás a sus espaldas. Solo es necesario ser educado cara a cara. ¿Te imaginas lo refrescante que sería si habláramos directamente?

—Más bien aterrador —Margaret se abrió paso entre una dama que llevaba un fino collar doble de perlas del que colgaba una esmeralda rodeada de diamantes. Habría sido una excelente adición a su colección, pero esta noche, Antonia había usado guantes sin las ranuras en las puntas de los dedos que le permitían cortar y robar bonitas joyas. Su kit de pequeñas tijeras y bolsillo

acolchado profundo yacía en un compartimento oculto de su baúl en la casa de los Evendaw. Esta noche, estaba en una misión.

Encontrar a la Duquesa Viuda de Summervale y retarla a un partido de cartas.

—¿Cómo van tus lecciones de baile? —preguntó Margaret una vez que se abrieron paso a través de la pared de gente hacia la sala de cartas menos poblada. Todas las mesas estaban ocupadas.

Antonia escaneó la habitación en busca de su presa.

—Bastante bien.

—¿Crees que puedas conseguir un vale para Almack's para el próximo miércoles? —preguntó Margaret con inquietud—. Lady Jersey y la Princesa Esterhazy te concedieron uno la semana pasada por la palabra de mi hermano y mi cuñada, pero el vals con Havencrest fue un gran faux pas. Te habría advertido que no lo hicieras si me hubiera dado cuenta de que no conocías las reglas. A veces, olvido que no eres de aquí. Te mimetizas tan fácilmente. Incluso tu acento americano está desapareciendo, Toni.

Lo que significaba que o bien Antonia había hecho un trabajo más que aceptable memorizando los modales y patrones de habla de sus anfitriones, o que Margaret se dejaba engañar fácilmente. Apostaría por lo segundo. Ni una sola otra persona había comentado ni una vez lo bien que Antonia había adoptado el estilo de vida inglés. Mucho menos Havencrest. Si podía convencerlo a él, podría convencer a la duquesa, y estaría un paso más cerca de recoger las pocas pertenencias de su escondite y seguir su camino. Anthony Lowe tenía un futuro brillante, tan pronto como ella averiguara qué debería hacer con su vida.

—Lady Evendaw —vino una voz masculina desde su lado. Antonia se sobresaltó e inhaló, obligando a su cuerpo a no revelar ninguna señal exterior de conciencia, aunque todo su ser estaba enfocado en no mirar al hombre que estaba en la periferia de su visión. Malcolm.

Havencrest.

Lord Havencrest.

Sus reuniones secretas de la madrugada calentaban su corazón helado como una brasa brillante en una noche fría y clara. Margaret no sabía de ellas. Antonia no se lo había dicho y no tenía intención de hacerlo. Esas preciosas horas eran solo suyas. Cuando Antonia se hubiera ido y Margaret se casara con Havencrest —y parecía haber una buena posibilidad de que acordaran tal resultado, considerando el gran interés de su hermano en casarla y el desinterés de Malcolm en el tema— se propuso estar contenta con la idea de que sus dos casi-amigos vivieran vidas largas y felices juntos. Anthony Lowe, después de todo, tenía cosas que hacer. Un negocio, probablemente. Los fondos de Havencrest la habían establecido muy bien para poder comprar una tienda. Tal vez un taller de joyería.

La perspectiva le hizo esbozar una sonrisa.

—Mi abuela tiene una vacante en su mesa —dijo Havencrest suavemente—. Os dejo con ello. Margaret desea unirse al cotillón.

—Hay que mantener las apariencias —respondió Antonia con sarcasmo para cubrir el giro de celos que la tomó por sorpresa. Hace cinco segundos, estaba feliz por ellos. *Estaba* feliz. O lo estaría, eventualmente, cuando se hubiera alejado de este lugar—. Apuesto a que la sonrisa de Margaret deslumbra la sala cuando baila contigo.

Havencrest le lanzó una mirada elocuente.

—Lo hace —Hizo una reverencia, luego inclinó la cabeza para indicar la mesa de juego dominada por una dama de cabello blanco con un turbante plateado y azul—. Será mejor que vayas antes de que Lady Woolryte desplume a mi abuela. Se rumorea que hace trampa en las

cartas.

Antonia miró la silla vacía. Havencrest se había ido cuando levantó la vista. Cerró su abanico y lo señaló hacia el asiento abierto mientras se acercaba a la mesa, marcándolo como suyo.

—¿Puedo unirme a ustedes para una ronda?

Lady Summervale y Lady Woolryte la escanearon de arriba a abajo. Su tercera, Lady Palmer, la reconoció de inmediato.

—Por supuesto. Me encantaría escuchar todo sobre tu progreso en aprender a bailar. No creo que las Salas de Asamblea de Almack's hayan sido nunca deshonradas por una exhibición como la que tú y Havencrest hicisteis la semana pasada.

A pesar del tono melodioso de su voz, Antonia percibió más amenaza que una invitación amistosa. —Bueno, como sabes, no soy más que una renegada americana. No estamos acostumbradas a tales refinamientos como el baile.

—Qué manera tan miserable de vivir —comentó Lady Woolryte. Su mirada recorrió de arriba abajo el nuevo vestido rosa de Antonia. Sus labios finos se fruncieron en un gesto de desaprobación—. ¿Sin baile? —Se volvió hacia Lady Summervale—. ¿Estamos apostando en este juego?

—Las apuestas son los viernes, si deseas jugar.

Las orejas de Antonia se aguzaron como las de un spaniel. Su corazonada había sido correcta. A la duquesa le gustaba apostar. —Oh, sí tenemos bailes —Recogió sus cartas y las abanicó—. No me habría atrevido a aventurarme en la pista si no hubiera creído entender los rudimentos. Nuestro estilo es un poco más bullicioso. Mis más sinceras disculpas por no entender las reglas, Lady Jersey.

No tenía idea si esto era cierto. En Nueva York, había presenciado muchos bailes como doncella, corriendo de un lado a otro para asegurarse de que los invitados tuvieran suficiente comida y bebida. Nunca había tenido un solo momento para observar los pasos de los bailarines. Una mentira conveniente para adaptarse a las ideas preconcebidas de estas finas damas era todo lo que Antonia podía ofrecer. Afortunadamente, era una mentirosa experimentada y consumada.

Aquellas reuniones le habían brindado sus primeras oportunidades para arrebatar joyas del cuello de una mujer rica. Le habían dado un vistazo a la vida a la que aspiraba. Una década después, aquí estaba. Sentada en una mesa de juego como igual a estas mujeres. Debería ser suficiente. Debería sentirse satisfecha. En cambio, el corazón de Antonia permanecía tan frío y solitario como siempre.

La mujer llamada Lady Jersey, que parecía tener la edad de Antonia o quizás unos años más, llevaba un turbante de terciopelo con una gran pluma sobresaliendo del centro. Recogió una baza y la golpeó para alinearla.

—No seas tan maldita amargada, Sarah —La Duquesa Viuda de Summervale lanzó otra carta —. No es propio de ti ser tan crítica.

Las cartas de papel volvieron a cubrir la mesa. Rápida como un tiburón, Lady Summervale se llevó las siguientes tres bazas. Antonia comenzó a ver la estrategia detrás de sus descartes. No importaba si Antonia ganaba una sola mano. Esta noche se trataba de hacer hablar a la mujer.

—Recomendaré que recibas un vale para el próximo miércoles si tu instructor aprueba tu progreso —ofreció Lady Jersey—. ¿Qué te parece el señor Bendetti?

¿El señor Bendetti? Cierto, Malcolm había mencionado algo sobre pagar al propietario para usar su espacio de baile. —Encantador —mintió Antonia con fluidez. Colocó una carta. Lady Summervale recogió la baza con un estiramiento triunfal de sus labios sobre los dientes descubiertos—. Dice que estoy haciendo grandes progresos en tan poco tiempo.

Con el compañero adecuado, de todos modos. Antonia no se hacía ilusiones de que pudiera realizar los mismos pasos con tanta destreza como estaba aprendiendo con Havencrest. Habían pasado horas aprendiendo cómo se movían sus cuerpos mutuamente. Ahora, él recordaba acortar su zancada lo suficiente para evitar que ella saltara tras él como una liebre al ver un zorro. Cómo había empezado a asociar sus rasgos, memorizados de tanto mirar sus ojos, con sonreír.

Añade un extraño a la mezcla, y la frialdad innata de Antonia se congelaría de nuevo. No sería más que un blanco, alguien que podría ser utilizado para avanzar en su camino hacia la libertad o pisoteado en el proceso.

—"Encantador" —repitió Lady Jersey con incredulidad—. Es un milagro. Si el señor Bendetti ha encantado alguna vez a una mujer en toda su vida, me quedaría sumamente asombrada.

Las tres mujeres rieron como si hubiera contado un gran chiste.

Antonia lo intentó de nuevo. —Es un maestro severo. Pero confieso que necesitaba ese grado de instrucción. No le guardo rencor por enseñarme una habilidad útil.

Esto solo hizo que Lady Jersey pusiera los ojos en blanco. Antonia trató de no darle importancia. Esto no estaba saliendo según lo planeado, pero por ahora, le convenía que creyeran que era una tonta ingenua. Si tan solo no hiriera su orgullo ser burlada de esta manera. Puso una carta. La baza cayó en sus manos. Antonia recogió el montón. Jugó su mejor carta y se llevó la siguiente baza también.

Las damas perdieron interés en burlarse de ella mientras se concentraban en las manos restantes. Lady Summervale tenía cuatro, Lady Jersey tres, y Lady Woolryte y Antonia dos cada una. Con trece bazas en juego, o bien una persona ganaría fácilmente o habría un empate. Antonia se llevó la siguiente mano también.

—Su vestido rosa es encantador, señorita Lowry —comentó Lady Woolryte distraídamente mientras lanzaba una carta—. Guarda un parecido notable con el vestido en el que se encontró un cadáver cuando lo sacaron del Támesis esta mañana.

La mano de Antonia se congeló a medio giro de muñeca. —Iba a dar las gracias. Pero ahora no entiendo a qué se refiere.

La barbilla de Lady Woolryte se elevó y su muñeca se agitó. —La descripción de la joven muerta tiene varias similitudes con usted. Altura. Color. Edad aproximada.

Antonia había elegido el cuerpo de Edith Webber por cada una de esas razones. Había requerido una gran cantidad de monedas convencer al resurreccionista de que se desprendiera de su espécimen más fresco, monedas que, hasta que las cinco mil libras de Malcolm llegaron a la cuenta bancaria de Anthony Lowe, se necesitaban desesperadamente.

Ahí vas otra vez, nombrando a la gente.

—Sigo sin saber qué está insinuando —Antonia sonrió mostrando los dientes—. Como puede ver, estoy muy viva, y mi vestido está intacto. Por supuesto, siento una gran pena por la mujer que terminó en el río —añadió. Más de lo que estas mujeres podrían saber—. Sin embargo, no puedo afirmar saber nada sobre el incidente.

Las manos arrugadas de Lady Summervale rasparon las cartas juntándolas sobre el paño verde. —Tampoco veo el sentido de tus preguntas, Jane. Estamos demostrando ser anfitrionas atroces. Peor aún, estás distraída y hemos perdido la partida. Espero que lo hagas mejor cuando te vea el domingo. Disculpadme —La duquesa se levantó de su silla sin ceremonias con la ayuda de un bastón de ébano.

—¿De qué se trata eso del domingo? —preguntó Antonia.

—Lady Summervale organiza una partida de whist para damas todos los domingos por la

tarde. Apuestas altas. Necesitas al menos cien libras en fondos para entrar.

Interesante. Havencrest debía estar realmente distanciado de su abuela si no conocía este detalle. —Tengo esa cantidad —Gracias a Havencrest, era verdad.

—¿Ah, sí? —Lady Woolryte hizo una señal a otra jugadora para que ocupara el lugar de la duquesa—. Si es así, podrías unirte a nosotras.

—Me temo que tengo planes —Una mentira, por supuesto.

—Por supuesto que los tienes —replicó Lady Woolryte con condescendencia. Un tornillo se apretó alrededor de las sienes de Antonia. Daría casi cualquier cosa por vencer a estas mujeres esnobs en su propio juego. Cartas o intrigas sociales, a Antonia no le importaba cuál.

—Que venga el domingo siguiente, si lo desea —intervino Lady Jersey—. Hazme una visita el miércoles por la tarde. Si tu baile ha progresado lo suficiente, te daré un pase para la velada. Si no, me temo que Lady Evendaw tendrá que arreglárselas sin ti esa noche.

—La pequeña Margaret parece estar bien cuidada con su nuevo pretendiente. ¿Quién lo hubiera pensado? —comentó Lady Woolryte.

—No le hagas caso. —Lady Jersey se inclinó hacia adelante—. La hija de Eliza debutará en un año, y solo hay tantos duques disponibles. Ella esperaba que Havencrest se fijara en su hija mayor.

La idea se clavó en su estómago, pero todo lo que Antonia dijo fue:

—Gracias por el juego.

Se disculpó y se filtró entre la multitud. Su mente daba vueltas con planes. Cuando se calmó, una idea atrevida había tomado forma.

Era temeraria. Insensata. Francamente peligrosa si la atrapaban.

Antonia quedó instantáneamente enamorada de la idea.

Las damas jugarían a las cartas el domingo. Tenía menos de cuarenta y ocho horas para preparar el tipo de plan que normalmente llevaría una semana ejecutar correctamente, pero Antonia podía hacerlo. Ahora que su intento fallido de escape había sido descubierto, una capa de pánico cubría sus nervios como aceite en un charco. Cuanto antes consiguiera la baratija para Havencrest y saliera del país, mejor.

Incluso si eso significaba dejar a Margaret a su suerte. Antonia apartó la punzada de tristeza hueca. Tenía un plan. Era simplemente cuestión de desaparecer por una tarde... y reaparecer como otra persona.

Necesitaba ayuda. La única persona que podía ofrecérsela estaba... girando por la pista de baile con una mujer que Antonia no reconocía. La tensa rigidez alrededor de los ojos y la frente de Malcolm se había suavizado. Parecía casi feliz. ¿Cómo habría sido su vida si sus padres se hubieran amado en lugar de luchar a muerte? Esto envió una punzada inoportuna a través de su pecho y chocó con el ritmo de la música. Este era quien él era.

Rico.

Poderoso.

Deseable.

Mientras que ella no era más que una impostora que había nacido en la nada y pasaría el resto de su vida huyendo. Incluso su nombre era fraudulento. ¿Qué importaba que odiara el nombre que le habían dado al nacer? Tomar la identidad de una extraña no había cambiado la suya propia. Antonia seguía siendo la niña que había nacido de una mujer pobre de herencia mixta, criada como mascota por la esposa de su padre natural. Antonia nunca había perdonado a su madre por arrancarla de esa vida de relativa comodidad y ponerla a trabajar como sirvienta. Había despreciado a su madre por cortar su relación con la señora Beckwith, aunque ahora

Antonia entendía por qué su madre lo había hecho: para protegerla del mismo destino.

Su orgullo y su inflado sentido de autoestima habían sido alimentados por esa atención temprana de la señora de la mansión. En retrospectiva, Antonia suponía que la señora Beckwith la mantenía como compañera para aguijonear a su marido sobre la niña que había engendrado con una sirvienta doméstica reacia.

Lady Woolryte sospechaba correctamente que era una impostora. ¿Cuánto tiempo tendría antes de que Havencrest se volviera contra ella?

Su traición aplastaría el espíritu gentil de Margaret.

¿Crees que eres mejor que nosotros?, le había gritado su madre en exasperación ante el mal humor adolescente de Antonia. *Solo porque te llames Princesa no te convierte en una. Debería haberte llamado Basura, porque eso es lo que eres. Más baja que la basura. Pasarás el resto de tu vida vaciando orinales y fregando suelos sin importar lo bonita que sea tu cara.*

El dolor fresco de viejas heridas ante el recuerdo del abuso de su madre. Recuerdos indeseados la mantuvieron clavada al suelo hasta que un suave toque en su codo despertó a Antonia de su trance.

—¿Estás bien? —preguntó Margaret.

—Sí. Sí, estoy bien. Gracias. ¿Cómo va tu velada con Havencrest? —preguntó Antonia, sofocando sus emociones y sometiéndolas de nuevo. No tenía deseos de revivir las muchas amargas peleas que había tenido con su madre. Había dejado todo eso atrás cuando se negó a volver a casa después de su experiencia en la picota. Cualquiera que fuera el nombre por el que respondía, Antonia había estado huyendo desde que tenía quince años. Robar había sido una forma de romper el vínculo. No había vuelta atrás. Su única dirección era hacia adelante.

—Me gusta bastante —confesó Margaret con asombro—. Su humor es áspero, pero no es insociable una vez que lo conoces. Solo me preocupa parecer una tonta por no seguir el ritmo de su ingenio.

—No creo que ninguno de nosotros sea capaz de hacerlo, Maggie —comentó Antonia con ironía.

—Tú sí.

La simple confianza de su amiga hablaba de anhelos que Antonia no podía permitirse complacer. Aún no. Tragó saliva y cambió de tema.

—Maggie, querida amiga, ¿crees que podrías ocultar mi ausencia a tu hermano y a la condesa el domingo por la tarde?

Margaret la miró.

—Por supuesto. Pero ¿por qué?

—Necesito desaparecer por unas horas.

Los labios rosa pálido de Margaret se fruncieron en un mohín.

—No me vas a decir por qué, ¿verdad?

—Aún no. Lo siento.

—¿Es como la noche en que dejaste la nota? ¿Sobre dejarme? —preguntó Margaret. Su puchero tembló como si fuera a llorar.

—¡No! Te prometí que nunca volvería a hacer eso y lo dije en serio. —Antonia agarró las manos enguantadas de Margaret—. Eres la única amiga verdadera que he tenido jamás, Maggie. No me voy. Solo necesito unas horas para mí. Eso es todo.

Los ojos llorosos de Margaret se aclararon en el espacio de un solo suspiro.

—Sé que tú y Havencrest están tramando algo. Haré lo que sea para ayudarte.

Conmovida, Antonia sonrió.

—Cuando llegue el momento, prometo pedírtelo. Espero poder contarte toda la historia algún día.

Era audaz. Havencrest se enfurecería y rabiaría antes de capitular. Porque si había algo que ella sabía hacer, era limpiar casas y desaparecer en el entorno como la sirvienta adecuada que la habían criado para ser.

Y robar, luego correr, antes de que la atraparan.

Once



LA CAMPANA DIO las nueve y media antes de que Antonia se deslizara por la puerta del estudio a la mañana siguiente. Havencrest había tenido tiempo de sobra para practicar sus bocetos. Ninguno parecía quedar del todo bien. El rostro de su madre nunca coincidía exactamente con la imagen de su memoria. Labios cálidos soplando suaves palabras contra su frente. No las había entendido a la tierna edad de seis años.

Te amo, Malcolm, sin importar lo que digan cuando me haya ido.

—¿Al teatro? —había preguntado en su inocencia mientras jugaba con la gran gema roja anidada en la base de su garganta. Su intrincado marco de oro lo intrigaba como un laberinto interminable. Ella llevaba puesto un vestido de seda estampada color medianoche. El corpiño estaba bordado con hilo de oro para hacer juego con los pendientes y los pesados collares hechos a medida para ella en su boda. La duquesa solo usaba el conjunto en ocasiones especiales.

—Sí. —Tenía esa mirada soñadora y medio despierta otra vez. La que enfurecía tanto a su padre, cuando afilaba las hojas de su ingenio a expensas de su esposa—. Puede que no vuelva a casa esta noche —dijo como si ya estuviera a un millón de kilómetros de distancia—. Te amo. Sé un buen chico para tu padre. Él te ama, aunque no... —La duquesa se interrumpió. O quizás Malcolm lo había imaginado.

Rayó el lápiz sobre el papel intentando capturar su expresión. Amorosa. Nostálgica. Serena. Inconmensurablemente triste. Cada vez que volvía a este recuerdo, se parecía más a la miniatura de su rostro, agrietada y descolorida. Si quería restaurar la imagen de su madre, debía ser un verdadero retrato. No una reconstrucción a partir de los recuerdos de treinta años atrás de un niño que no sabía que estaba a punto de perder a su madre.

—¿Me contarás un cuento?

Una petición simple, rutinaria para un niño de seis años. Su madre había sonreído de nuevo y le había besado la mejilla con labios tan rojos como la piedra.

—La historia de este collar es triste. ¿Estás seguro de que quieres oírla?

Él había asentido. Recordaba sentir que había más que preguntar, más que saber, pero sus palabras habían sido inadecuadas para la tarea. Malcolm escuchó atentamente mientras su madre le contaba la historia del Grito del Corazón, por qué había sido cortado y engastado en dos mitades de un collar. Había desabrochado los collares de oro y los había vuelto a abrochar mientras ella hablaba. Cuando terminó, su madre le besó la frente.

—Tu padre y yo estamos bajo el hechizo de este diamante. No podemos romperlo. Lo intentamos. Fracasamos.

La mano de Malcolm garabateaba furiosamente sobre el papel. Su expresión se le escapaba. No importaba cuán suaves hiciera sus pestañas o el ángulo preciso de sus cejas, no podía recrear la expresión de su madre a su satisfacción. Tampoco podía recordar los exactos remolinos y pilas de filigrana de oro que unían los diamantes en su eterna danza de dolor. Si tuviera la joya frente a él, sacaría a flote los recuerdos de la expresión de su madre como quien limpia el fango del fondo del río...

—¿Quién es ella?

La mano de Malcolm se sacudió, estropeando su dibujo con un grueso tajo de grafito.

—No te oí entrar.

—Estabas absorto en tu trabajo. —Se cernía sobre su hombro. Su suntuosa capa de lana ribeteada de piel enmarcaba su rostro y cuerpo, tan exquisita como cualquier obra de arte.

Decía la verdad, pero no toda la verdad. Antonia se movía con pies de gato. Silenciosa, como habían sido entrenados sus sirvientes.

—Estaba ensimismado en mis recuerdos. —Golpeó suavemente las páginas para acomodarlas y cubrió la de arriba con una hoja en blanco para protegerla de las manchas. Malcolm suspiró—. Llevaba puesto el aderezo en su última noche con él. Habían acordado intentar reconciliarse.

—¿Qué había salido mal en su matrimonio? —preguntó Antonia, suavemente. La intimidad de su presencia envió chispas a través de su pecho. Malcolm se sintió expuesto e inseguro con la guardia baja.

Guardó silencio por un momento. Pero después de un minuto, dio el salto para confiar en ella.

—Nada inusual. Después de darme a luz, mi madre cayó en una profunda melancolía. Él no fue de mucho consuelo para ella. Mi padre era considerado ampliamente como un ingenioso, pero cuanto mayor era la tensión, más usaba las palabras para hacerla pedazos. Recuerdo las cosas duras que solía decir. Me avergüenza admitir que hubo un tiempo en que yo también fui poco cuidadoso con mis palabras. Me llevó mucho tiempo aprender a no ser tan insensible.

—¿Qué hizo tu madre? —preguntó Antonia con brusquedad. Se desabrochó la capa y la dejó sobre la segunda silla vacía.

Malcolm se levantó de su asiento.

—Intentó perdonarlo durante todo el tiempo que pudo, pero mi padre hizo lo que cualquier duque que se respete hace frente al incumplimiento de los deberes conyugales por parte de su esposa. Tomó una amante.

—Imagino que eso ayudó enormemente a la situación.

El sarcasmo de Antonia le arrancó una sonrisa irónica. La presión en su pecho se intensificó al recordar los tensos silencios que había sido demasiado joven para entender.

—No se espera fidelidad de los duques. Mi madre lo sabía, pero el suyo era un matrimonio por amor. Tuvieron que luchar por el permiso para casarse.

—¿Ah, sí? ¿Las duquesas y los duques no se casan naturalmente entre sí?

Havencrest rió sombríamente.

—Por supuesto que lo hacen, pero había mala sangre entre Summervale y Havencrest, mi abuelo. Era más bien una situación de Romeo y Julieta. Todo el mundo tenía grandes esperanzas puestas en su matrimonio. Mi abuela fue quien trabajó para formar un acuerdo en apoyo de su unión, y se sintió amargamente decepcionada cuando su yerno buscó consuelo fuera del lecho de su esposa.

—Y tú, un niño pequeño, atrapado en medio de todo eso.

Su simpatía trajo de vuelta el dolor caliente y apretado en el centro de su pecho.

—Sí, aunque era demasiado joven para entenderlo todo. Mi madre decidió que para evitar que el diamante Grito del Corazón destruyera más vidas, desharía el aderezo. Repartió las piezas. Una a la amante de mi padre. El corazón a su madre. Este alfiler rojo era parte del conjunto. —Malcolm señaló su corbata.

Como si sintiera que se habían adentrado demasiado en territorio delicado, Antonia cambió de tema.

—¿Cómo descubriste que yo era la ladrona?

Sintió que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba. —Fue una completa coincidencia. Había decidido intentar obtener los efectos personales de mi madre, y esperaba negociar una venta acercándome a ella. Pero mientras observaba a la mujer en su palco en el teatro esa noche, divisé a una hermosa desconocida de cabello oscuro —tú— jugueteando con algo en la nuca de la ex amante de mi padre. Cuando volví a mirar el collar, había desaparecido. No sabía quién eras, pero sabía que lo habías tomado.

Antonia sonrió con suficiencia ante su cumplido.

El pulso de Malcolm se aceleró. Dio una palmada. —Este interludio ha durado lo suficiente. ¿Comenzamos con el reel hoy?

Esperaba que ella no pidiera practicar el vals. El baile era demasiado íntimo para seguir inmediatamente después de sus revelaciones personales. El padre de Malcolm se habría horrorizado por sus confesiones a una mujer. Las mujeres inteligentes eran difíciles. Veían a través de las mentiras de un hombre. No eran tan dóciles como mujeres como Margaret, tan atolondradas y veleidosas como colibríes revoloteando de un tema a otro.

Pero no había nada tan gratificante como ganarse la confianza de una mujer hermosa e inteligente como Antonia Lowry. Quizás si no la hubiera desafiado desde el primer momento en que se conocieron, podrían ser aliados ahora. Incluso amantes. Malcolm no había aprendido de los errores de su padre después de todo. Solo había cometido nuevos. Tal vez había algo esencial sobre el dinero y el poder que impedía la felicidad. Aislamiento de la introspección hasta que era demasiado tarde para recuperarse.

Antonia tomó su lugar. —Tengo un favor que pedirte.

—¿Sí?

—Necesito pedir prestado un uniforme de doncella el domingo.

—¿Por qué el domingo? Muchos sirvientes tienen el domingo por la tarde libre. —Perplejos, dejaron que los pasos de baile se ralentizaran hasta detenerse.

—Lo sé. —Antonia suspiró profundamente—. El problema es, Malcolm, que he resuelto no decepcionarte en tu misión de adquirir el collar. Pero estoy empezando a pensar que robarlo no es la manera más sencilla de hacer esto. ¿Y si en su lugar lo ganamos en una apuesta?

—Quizás.

—Tu abuela organiza una partida de cartas los domingos, y alguien debe estar de servicio para atenderla a ella y a sus amigas. Tengo la intención de ser esa persona.

—No funcionará. Te reconocerán.

Antonia se rio. —Si vistiera a tu mejor lacayo con un chaleco bordado y pantalones de ante, y le atara una corbata al cuello, no lo reconocerías si te lo cruzaras en la calle. Ustedes nunca prestan atención a las personas que les facilitan la vida.

—¿Ustedes? —repitió él con escepticismo.

—Los aristócratas. La gente adinerada. La única razón por la que nos prestan atención es para reprenderlos.

—Algo que espero puedas decir como una persona que ha estado en el extremo receptor de algunas reprimendas.

Antonia se apartó alegremente de un salto. —No admito nada.

—A ti te recordaría, Antonia. Creo que cualquiera lo haría.

—Puedo hablar por experiencia cuando digo que no. Pasé varios años en Nueva York infiltrándome en casas y llevándome la plata. Una vez, me llevé un juego completo de café de plata. —Sonrió con descarada satisfacción—. Requirió mucha práctica antes de que aprendiera a distinguir las joyas verdaderas de las falsas. Aprender a ser rápida y segura al elegir mi momento también requirió mucho tiempo y energía.

—Imagina si te hubieras dedicado a la lectura y la instrucción.

—Eso presupone que se me permitió aprender a leer. Puedo hacerlo, ¿sabes?, pero fue un esfuerzo prometeico.

—¿Cómo así?

—Robé el conocimiento, de la misma manera que he robado todo lo que tengo, incluso mi nombre. —Dijo esto sin arrepentimiento y, a pesar de su mejor juicio, Malcolm sonrió.

Doce

—¿Quién eres tú?

El segundo mayordomo de la espaciosa residencia londinense de Lady Summervale escrutó a Antonia por encima de su nariz aguileña. Se la habían roto al menos una vez y había sanado mal. En el centro tenía un bulto debajo del cual las fosas nasales se ensanchaban a diferentes alturas. El hombre debía de sentirse acomplejado por su apéndice nasal, pues su boca se torció durante el breve segundo que Antonia tardó en responder.

—Jenny. La agencia me envió. ¿Es usted el mayordomo? —preguntó ella con su mejor imitación de una criada. La profunda calma de la concentración total se apoderó de ella. A Antonia le encantaban los momentos en los que se sumergía en una nueva identidad. En otra vida, podría haber tenido éxito en el teatro. Pero esa no era la vida que estaba viviendo.

—Segundo mayordomo. Los domingos son el día libre de Pearson.

Antonia asintió y abrió los ojos de par en par en su mejor imitación de inocencia y afán de agradar.

—Se supone que debo sustituir a Jane Willis.

El Segundo Mayordomo Narigón la hizo pasar con un gesto.

—Bien. Trabajarás con Sally. Ella te enseñará la casa. Pagamos a través de la agencia, no directamente a ti.

—Sí, señor —murmuró Antonia con toda la timidez que pudo reunir. Los pocos chelines que podría haber ganado eran una nota al margen del gasto hundido de sobornar a Jane Willis con un año de paga para que se tomara el día libre. Fuera cual fuera la agencia que utilizaba la casa Summervale para cubrir los huecos en el empleo, estaba a punto de llevarse una grata sorpresa. No importaba. Todo lo que necesitaba era hoy. Con un poco de suerte y mucha curiosidad, esta tarde revelaría todo lo que necesitaba saber sobre dónde guardaba la duquesa sus objetos de valor.

El Segundo Mayordomo Narigón la presentó a una mujer de cara alargada y pelo canoso, el ama de llaves, quien a su vez la dejó al cuidado de una chica pálida con el ceño fruncido llamada Sally. Antonia no podía ver el color de su cabello bajo la cofia blanca que llevaba, pero habría apostado por un castaño apagado. Sus propios rizos oscuros estaban ocultos bajo una cobertura similar. Antonia se había tomado la molestia de utilizar un pincel fino mojado en una mezcla de ceniza de carbón de la chimenea fría con unas gotas de aceite para espesar sus cejas y añadir un pequeño lunar junto a su nariz. El diminuto punto atraería la mirada del observador casual, alejándola de su boca distintivamente carnosa, y sus cejas realzadas hacían que sus grandes ojos

parecieran más pequeños en proporción. Si no había logrado una fealdad absoluta, había estropeado sutilmente su belleza hasta el punto de hacerla irreconocible.

—Esta es la cocina. Estamos con poco personal debido a una gripe que anda circulando. Lady Summervale organiza una partida de cartas los domingos. Son sobre todo señoras mayores que se despluman unas a otras de sus dotes mientras toman el té, pero a veces los chismes son jugosos.

—Cuida tu lengua, Sally —la reprendió el ama de llaves. Apareció de la nada, como una silenciosa sombra de desaprobación. A juzgar por la forma en que el rostro de Sally se volvió impasible, no era la primera vez que intentaba chismorrear a cambio de amistad.

Antonia vio una oportunidad para aprovecharse. Levantó una ceja.

—Apuesto a que es un encanto —confió en un susurro apenas audible.

Sally se mordió el labio.

—La señora Klopp es una buena ama. Dirige este lugar como un reloj —su voz bajó hasta convertirse en un susurro apenas audible—. El señor James, el mayordomo, bebe en la despensa. Cree que la duquesa no se da cuenta, pero yo creo que hace la vista gorda. Su porción de la dote no es lo que era.

—¿Ah, sí? —Interesante. Antonia siguió a Sally a la cocina, donde se pusieron a lavar la porcelana de la mañana. Una fregona estaba inclinada sobre una tina de agua caliente, fregando una olla.

—Le gusta jugar a las cartas —murmuró Sally—. Las otras señoras la despluman de lo lindo, pero no lo deja. Lady Summervale dice que nadie viene a visitarla por su conversación, y que debe ofrecerles algún aliciente.

Así que la duquesa estaba sola. Al igual que su nieto, se había encerrado en un gran montón de ladrillos elegantes. Qué triste giro de los acontecimientos, con todos aislados y solos. A Antonia le dolía el corazón incómodamente. Un ejemplo perfecto de cómo preocuparse por la gente no era más que una receta para el dolor.

Después de todo, ¿acaso no le había encantado ser la mascota de la señora Beckwith cuando era niña? Su madre había sabido, de una manera que ella no podía, que una vez que fuera lo suficientemente mayor, Antonia no tendría elección en cuanto a ceder ante el señor Beckwith. Su madre se había preocupado lo suficiente como para salvar a Antonia de la rima de la historia de hombres poderosos que explotaban a mujeres jóvenes y vulnerables a su servicio, aunque Antonia no había mostrado ni un ápice de agradecimiento. El trabajo, le gustaba declarar a su madre, era el camino hacia la libertad. Entonces y ahora, Antonia no encontraba libertador el trabajo de fregona. Enrojecía la piel y le hacía doler las articulaciones. La decisión de su madre de dedicarse a la prostitución durante un tiempo, en lugar de dejar que la familia muriera de hambre, había sido una elección defendible, en retrospectiva. Una que Antonia nunca pudo decidirse a seguir.

Estos eran los pensamientos que acosaban a Antonia cuando se dedicaba a trabajos mundanos, como ahora, mientras ella y Sally se dedicaban a doblar la ropa de cama seca en pulcros cuadrados. Sally le mostró dónde apilarlos en un armario en el segundo piso. Se pusieron a poner sábanas limpias en las camas de invitados que Antonia sabía perfectamente que estaban desocupadas. Según Malcolm, nadie visitaba a su cáustica abuela.

Sally se había tomado muy en serio la advertencia del ama de llaves. Las horas pasaron en su mayoría en silencio. Antonia renunció a intentar sacar a la chica de su caparazón. La monotonía de la colada, el trabajo de quitar el polvo y barrer motas invisibles de suciedad, todo ello le recordaba cuánto apreciaba las comodidades de su vida con Margaret. No fue hasta que su

plumero había recorrido la mitad del borde dorado tallado de otro retrato que Antonia se percató de un detalle significativo. Había visto antes los puños blancos y la pose elegante de la mujer. Pero ¿dónde?

—La miniatura —susurró entre dientes. Antonia retrocedió unos pasos para tener una mejor vista. Una hermosa mujer de rasgos pálidos delineados con pinceladas precisas. Sus mejillas estaban teñidas de rosa y sus luminosos ojos azules bailaban con picardía. En la base de su garganta yacía una gran gema roja en un engaste dorado—. Sally. ¿Quién es esta mujer?

—La hija fallecida de Lady Summervale. Es el único retrato que queda de Lady Havencrest. Murió trágicamente —Sally se acercó para susurrar—. Algunos dicen que fue por su propia mano.

—Qué terrible —murmuró Antonia. ¿Sabría Malcolm de su existencia? Sin duda, le gustaría verlo—. ¿Es por eso que está escondido aquí en el pasillo lateral?

Sally se encogió de hombros. —Supongo. Sé que a su señoría no le gusta mirarlo, pero tampoco quiere deshacerse del cuadro.

—Si yo tuviera un retrato tan bonito de mi madre, tampoco me desharía de él —dijo Antonia —. Sin importar cómo falleciera.

—¿Tu madre está viva? —preguntó Sally.

—Sí.

—La mía también, pero tiene otros once hijos que cuidar. Sospecho que se olvidaría por completo de mí si no le enviara la mitad de mi salario cada trimestre —Sally no sonaba resentida, solo resignada.

—Mi madre finge que no quiere mi dinero, pero siempre se queda con la mayor parte —confesó Antonia con sinceridad.

—Eso es mejor que mi madre. Ella cree que debería enviarle cada centavo que gano. Pero una chica tiene que pensar en su propio futuro, ¿no? No me apetece ser una criada el resto de mi vida. Quiero una familia. Bebés propios. Me gusta bastante Johnny.

—¿Quién es Johnny? —Basándose en las estrechas caderas de Sally, Antonia pensó que era poco probable que tuviera bebés, pero luego recordó que la madre de Sally tuvo doce. Tal vez sus caderas estrechas no indicaban una incapacidad para tener hijos.

—El submayor —susurró Sally con una mirada de soslayo. Claro. Antonia debería haber sabido a quién informaba si fuera una verdadera criada y no una espía intrusa. Proboscis tenía un nombre y una novia. Antonia dio un último toque con la muñeca sobre un candelabro montado en el papel de seda y se propuso hacer un mejor trabajo manteniéndose en su papel—. Vamos —dijo Sally—. Ya casi es hora de que lleguen las damas.

Regresaron a la cocina y se pusieron a preparar bandejas de sándwiches pequeños, galletas, pudines y otros bocadillos. Cuando los llevaron al salón, Antonia mantuvo la mirada baja. Por el rabillo del ojo, vio a Lady Woolryte y Lady Jersey entre las doce mujeres reunidas para jugar a las cartas. No era lo ideal, pero con suerte no haría nada para atraer su atención y, por lo tanto, su escrutinio. No tuvo oportunidad de comprobar si su disfraz improvisado se había derretido o manchado. La suciedad colectiva de un día completo de trabajo yacía sobre su piel como una manta familiar pero no deseada. Antonia se había encariñado mucho con sus baños regulares en los Evendaws.

—Jugamos con las mismas reglas de siempre. Como no tenemos recién llegadas esta semana, os recordaré que no apostéis más de lo que podáis permitiros perder. El hecho de que yo ya no tenga un marido que me controle no significa que vosotras, jóvenes, tengáis tal libertad. No seré avergonzada públicamente por vuestros maridos por llevarme todo vuestro dinero para alfileres

en el whist.

—Eso requiere que ganes, mi querida duquesa —replicó Lady Woolryte con sarcasmo.

Antonia se mordió el interior de las mejillas para no sonreír. Recorrió las mesas, colocando delicados platos junto al codo de cada mujer. Cuando llegó al asiento de Lady Summervale, Antonia estaba sudando en su atuendo de criada. Esto era un riesgo enorme. Conocía a varias de estas mujeres por su nombre. Una cosa era fingir valentía y seguridad ante Malcolm, pero otra muy distinta era estar aquí esperando ser descubierta.

Sin embargo, ni una sola mujer levantó la mirada hacia su rostro. Antonia recordó lo invisible que se había sentido como sirvienta. Una de las razones por las que lo había odiado. Era incapaz de borrarse a sí misma, de plegar y comprimir su inteligencia y personalidad en un paquete adecuado para la servidumbre hasta que la chica que había nacido ya no existiera. En retrospectiva, Antonia no recomendaría sus propios métodos a nadie, pero no había posibilidad de mantenerla en el servicio doméstico.

—Sally, trae una tetera fresca —dijo Lady Summervale sin levantar la vista.

Antonia se sobresaltó. Ella no era Sally. Era fácilmente diez centímetros más alta y de complexión sólida, a diferencia de la figura delgada de Sally. La dama que habló ni siquiera había levantado la vista lo suficiente para discernir las diferencias en sus rasgos. No obstante, Antonia se apresuró a obedecer. Regresó rápidamente a la cocina.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber el ama de llaves.

—Busco té para milady —respondió Antonia en un tono insuficientemente subordinado.

—Quédate donde se te ha asignado —la reprendió bruscamente el ama de llaves. Antonia se puso rígida. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba de esa manera...

Bueno, no si se contaba a Havencrest ordenándole robar una joya de esta casa, bajo pena de ser entregada al magistrado.

Antonia hizo una reverencia. —Señora.

El ama de llaves frunció el ceño. Antonia había dejado escapar su acento. Maldición. Se había vuelto tan buena imitando las sílabas afectadas de la clase alta, pero tenía menos práctica imitando las cadencias musicales y las consonantes cortadas de las clases bajas. Bajó la cabeza, con el corazón palpitando mientras el descubrimiento se cernía sobre ella como una espada de Damocles.

—Vuelve al salón. Un lacayo traerá el té. Esperaba que una de las Chicas de Miss Dumfries supiera mejor que abandonar su puesto.

Sin té, Antonia se apresuró a volver a la sala de juegos. El silencioso deslizamiento de las fichas metálicas sobre las superficies de madera y el chasquido de las cartas impresas eran puntuados por la conversación de las damas. Sally le lanzó una mirada fulminante. Bien. No había conocido este proceso en particular y nunca más necesitaría hacerlo. Solo estaba aquí por el día...

Y entonces lo vio. Lo que no había notado antes. Antonia se olvidó por completo del té y del servicio y no trató de impedir que una ligera sonrisa tirara de las comisuras de su boca hacia arriba, porque sabía dónde guardaba la duquesa su mitad del collar Heart's Cry. Si ganarla en las cartas no funcionaba, podría robarla después de todo.

~

—Espero que Toni esté a salvo —se preocupó Margaret mientras hojeaban distraídamente las obras de arte en el Museo Británico aquella tarde.

—La señorita Lowry puede cuidarse sola —Detrás de ellos iba la doncella de Margaret, por el bien de la propiedad. Deseaba creerlo tan firmemente como insistía a la joven dama cuyos piernas más cortas se agitaban para mantenerse a su paso sin importar cuán lentamente caminara. No le había creído a Antonia cuando ella había insistido en que no la reconocerían mientras corría el increíble riesgo de perseguir su misión. *Su* misión. Qué desalentador darse cuenta de que había subcontratado el logro de su deseo más ardiente a una completa desconocida.

O más bien, lo que había sido su mayor deseo. Durante la última semana, un nuevo anhelo había comenzado a desplazar el vacío dejado por la muerte de su madre, y luego la de su padre unos años después. Ya no se sentía como una caverna inexplorada en su pecho. Antonia se había instalado allí y llenado el espacio con sus mentiras, bromas y astucia. Cuando la luz del sol lo arrancaba de su cálido nido cada mañana, no podía esperar para ver a su ladrona contratada de nuevo. Sin embargo, había permitido que ella arriesgara el cuello al infiltrarse como doncella en la casa de su abuela.

—Lord Havencrest. Su Gracia —Lady Margaret se aclaró la garganta. A veces, era difícil escucharla. La voz de la joven era tan suave, y un pie de distancia entre sus labios y su oído no ayudaba en los asuntos de conversación más de lo que lo hacía cuando bailaban.

—¿Sí, Lady Evendaw? —bromeó él suavemente.

Las mejillas de Margaret se sonrojaron.

—¿Cree usted... tal vez, quizás...?

Suéltalo ya, muchacha.

—¿Podríamos comenzar a cortejarnos en serio?

El paso de Havencrest se interrumpió.

—Me doy cuenta, por supuesto, de que hay poco afecto genuino entre nosotros —continuó Margaret apresuradamente. Las manzanas de sus mejillas se encendieron con un sonrojo irregular—. Al menos, presumo que usted no siente ninguno por mí más allá de la lealtad que existe entre usted y Toni...

—Ya lo he dicho antes —la interrumpió—. Usted es una encantadora... —*niña*, no podía ver más allá de su juventud—, joven. Tiene su elección de hombres en su primera temporada, y...

—No la tengo. No ponga a prueba mi paciencia con nociones de elección. No tengo ninguna —la voz de Margaret llegó claramente a sus oídos. ¿Cuánto más lejos? ¿La habría escuchado su doncella? Continuó—. Sé que me consideran una simplona, pero no lo soy, lo juro, solo necesito un poco más de tiempo. Puedo convertirme en una mujer digna...

—¿Digna de qué, Lady Evendaw? —preguntó él suavemente.

—Digna de... de amor —el agua se acumuló en las esquinas de sus brillantes ojos azules.

—Usted ya es merecedora de toda la adoración que un hombre tiene para dar —dijo él con gentileza—. Lamento no poder ser ese hombre. Alguien le hará una propuesta...

—¡Lo sé! —exclamó Margaret, mitad grito, mitad sollozo—. No temo quedarme soltera, temo casarme por las razones equivocadas —inhaló profundamente, con un temblor—. Había esperado que usted pudiera entender.

—Lo entiendo, Lady Evendaw. Lo entiendo mejor de lo que usted podría creer —pero Malcolm no lo hacía, porque la mayor presión para casarse y jurar fidelidad recaía más duramente sobre las mujeres. La tomó del codo—. Tengo el doble de su edad y estoy soltero. ¿Por qué cree que es así?

—Porque usted es un hombre y puede permitírselo.

—No, mi pequeña intelectual. Porque tuve la buena fortuna de ser rechazado por una mujer antes de que pudiera cometer ese error.

—No soy una intelectual.

—Lo sé —como si alguien pudiera confundir a Margaret Evendaw con una intelectual. Como si él alguna vez se lo diría a la cara. Margaret no era estúpida. No una pensadora, pero una buena mujer con un corazón tierno y un temperamento amable que la hacía interesante más allá de los límites de sus circunstancias. No merecía ningún desprecio, solo felicidad. Él no podía prometer contener el lado afilado de su lengua a perpetuidad. Porque aunque no había heredado el alma melancólica de su madre, su padre había hecho todo lo posible por envenenarlo contra las mujeres.

Había sido necesaria una mujer no muy diferente a Margaret para mostrarle cuán cruelmente podían cortar las indirectas mordaces y las bromas ingeniosas. Podría haber sido la gemela de Margaret. Baja, rubia y ansiosa por complacer, pero con una veta de independencia que se negaba a ser domada. Con razón, ella había elegido a otro hombre como su esposo aquella noche en Almack's.

Un hombre podía ofrecer matrimonio. No podía obligarlo. En retrospectiva, se alegraba de que su padre lo hubiera disuadido de intentar forzar a la chica a casarse con él mediante la influencia de su título. Malcolm nunca podía decidir cuál era su mayor temor: convertirse en su padre o elegir una novia inadecuada y sufrir treinta años de miseria.

Debía tener el Grito del Corazón. Una vez, un momento, una reunión con la madre que extrañaba y a quien su padre había amado secretamente todo el tiempo. Un cierre de puertas a su matrimonio venenoso y, con suerte, la apertura de un nuevo capítulo para él.

—Si soy el hombre que la rechaza antes de que encuentre un mejor compañero, me sentiré honrado. Espero que encuentre lo que necesita —Malcolm tragó saliva—. Le prometo, Margaret, que encontrará al esposo que merece si es paciente.

—¿Y quién podría ser ese? —exigió ella—. ¿Un tonto? ¿Como yo?

—No lo es —dijo él con vehemencia. Si alguien le hubiera dicho hace dos semanas que estaría participando en una discusión pública con Margaret Evendaw, Malcolm les habría ofrecido un puente en venta—. Usted merece la felicidad, Margaret, porque es la mejor de las mujeres.

—No lo soy —argumentó ella a pesar de las lágrimas que caían de sus grandes ojos azules—. Soy solo... solo yo.

—Eso es suficiente —no tenía mayor seguridad que ofrecer.

—No se siente así.

—Mi señora. Crea en sí misma. Antonia lo hace —comprobó el reloj de bolsillo de oro que colgaba de su cintura.

—¿Realmente cree eso?

—No tengo dudas en absoluto —Malcolm revisó la hora en su reloj de bolsillo—. Ahora, vayamos a averiguar si su compañera necesita ser rescatada de Old Bailey, ¿de acuerdo?

La confiada Margaret entrelazó su brazo con el de él.

—No tengo duda de que Toni se las ha arreglado perfectamente sin nosotros.

—Yo tampoco. Es una mujer extraordinaria. Aun así... —Malcolm vaciló—. Nunca he conocido a una mujer con tal olfato para los problemas.

Margaret suspiró.

—Nunca lo pensaría, pero tiene razón, mi lord —inesperadamente, su compañera le guiñó un ojo—. Me gusta mucho eso de ella.

Malcolm le devolvió el guiño.

—A mí también, mi lady. Nunca he conocido a una mujer tan fascinante como su amiga.

El pecho de Margaret se hinchó de orgullo. Era un tonto por rechazar a una esposa tan generosa con sus afectos como Lady Margaret, y sin embargo, aquí estaba. Ya no cometiendo los errores de su padre, sino inventando nuevos propios.

Trece

ANTONIA NO NECESITABA SER RESCATADA. Una nota llegó con su distintiva caligrafía al final de la tarde.

Havencrest:

Estoy agotada después de doce horas de trabajo, pero lo tengo. Sé la mejor manera de conseguir el Grito del Corazón. Ni siquiera tendremos que robarlo. Pero necesitarás conseguirme acceso de nuevo a Almack's, y tendré que aprender a hacer trampa en el whist.

Mañana por la mañana, en el lugar y hora de siempre.

A.

Sabia de su parte no firmar con su nombre completo un mensaje tan comprometedor, aunque Malcolm no tenía intención de permitir que existiera el tiempo suficiente para que alguien lo encontrara. Había dormido mal y se levantó de la cama con el primer indicio gris de luz, impaciente por ver a Antonia.

La súplica de Margaret el día anterior había puesto de relieve un hecho. No se había sentido tan vivo en años como desde el día en que había espiado a Antonia y sus ágiles dedos deslizar la mitad inferior del Grito del Corazón del pálido pecho de una cortesana envejecida. Sus interacciones, ya fuera deshacerse de un cadáver o bailar al ritmo mecánico de un metrónomo en un estudio de baile sin calefacción, se incrustaban bajo su piel como los ganchos de un abrojo. Molesto, pero imposible de ignorar.

Para aliviar el dolor de la ternura naciente, Malcolm pasó la primera hora en el estudio garabateando semejanzas del rostro de su madre. El descubrimiento del retrato en miniatura arruinado de su madre entre las posesiones personales de su padre después de su muerte le había impulsado a tomar lecciones con la esperanza de restaurarlo. Por desgracia, ningún boceto se había acercado lo suficiente como para que un artista pudiera repararlo. A pesar de un cuarto de siglo de comentarios mordaces sobre las mujeres en general y su madre en particular, el anterior Duque de Havencrest nunca había podido dejar ir a su esposa. Nunca se había vuelto a casar. Malcolm había pasado unos años resentido por su intento fallido de matrimonio antes de llegar finalmente a la conclusión de que Kitty le había ahorrado hacerlos a ambos miserables.

El lado de su palma se volvió gris y manchó el papel. Malcolm lo limpió con un paño empapado en queroseno y siguió dibujando hasta que las puntas de sus dedos se pusieron rígidas por el frío. Continuó furiosamente, perdido en sus pensamientos, hasta que la puerta se abrió de golpe y los pasos ligeros de Antonia resonaron rápidamente sobre la madera desnuda.

—Siento haberme quedado dormida. No había trabajado tan duro en años, pero lo tengo,

Malcolm. Sé cómo podemos conseguir el Grito del Corazón... —Antonia se detuvo abruptamente al ver sus dibujos. Una sensación de vergüenza arrugó la confianza de Malcolm como un trozo de papel desechado. Su orgullo se alzó e intentó ahogarlo.

—Esos no son dibujos de... —Se interrumpió—. No de tu madre. De una mujer. —El revoltijo de palabras incoherentes le indicó cuánto habían impactado sus dibujos a la normalmente imperturbable Antonia. Se había puesto tan blanca como el pergamino hasta que sus labios llenos y rojos eran lo único que destacaba. Malcolm ordenó las pilas en su lugar. Fuera, la campana de la iglesia daba las once. Había estado allí desde las ocho. Tres horas enteras de garabatos habían resultado en un retrato casi perfecto del rostro de Antonia. Su largo cuello se curvaba hacia abajo hasta los hombros desnudos y los pechos redondos con pezones fuertemente erguidos. Malcolm había dedicado bastante tiempo a perfeccionar el fruncido preciso de sus areolas.

Demasiado tiempo. Los descartes de sus esfuerzos estaban esparcidos por el suelo, desafiando sus intentos de recogerlos. Malcolm había creído durante mucho tiempo ser inmune a la vergüenza, pero el fervor con el que había trabajado para dibujar la imagen de su cuerpo desnudo reclinado en diferentes posiciones —la mayoría totalmente depravadas— hizo que un calor punzante le subiera por los lados del cuello.

—Pensé que te oiría subir las escaleras —murmuró, agachándose para agarrar una página suelta que había revoloteado debajo de la mesa. Antonia superó su horror y capturó una pila de sus intentos de la hora media de dibujar su rostro y pechos. Los hojeó, con sus ojos oscuros más abiertos de lo que él jamás había visto.

—Por favor, dime que estos no son dibujos de tu madre —pidió, caminando hacia la ventana para examinar su obra.

—Sabes que no lo son. Apenas puedo recordar cómo era ella. —Malcolm tragó saliva. Su corbatín intentaba estrangularlo—. Son de ti.

—¿De mí? —repitió Antonia. Dos manchas brillantes florecieron en sus mejillas—. Tienes una imaginación muy vívida. No me veo ni de lejos tan bonita.

—"Bonita" es una palabra inadecuada para describir tu belleza y lo sabes. —Finalmente, metió el papel de dibujo en su carpeta y se acercó a ella con paso firme. Malcolm se detuvo al llegar a su lado. Había cometido una violación. No importaba lo bien que se lo estuviera tomando, difícilmente podía arrebatarle los dibujos de las manos—. Dámelos. No son más que garabatos que no te hacen justicia. Quemaré estos insultos en la chimenea esta noche.

—Quiero quedarme con uno. —Antonia le ofreció un fajo, pero retuvo la versión más completa en su otra mano extendida lejos de su cuerpo.

¿Qué? Malcolm se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando ella respondió.

—Quiero quedármelo. Como recuerdo. ¿Puedo tenerlo, ya que pretendes entregarlo a las llamas?

Él había estado mintiendo, y ella lo sabía. —¿Por qué?

—Porque tienes bastante habilidad. Nunca me han hecho un retrato. A mi madre podría gustarle.

—No puedes enviarle ese dibujo a tu madre —balbuceó Malcolm, horrorizado.

—No conoces a mi madre —dijo Antonia secamente. Malcolm escuchó la nota de amargura en su tono y se preguntó, no por última vez, sobre su pasado—. Le envío dinero cuando puedo. Pero mi padrastro, Cyrus, me detesta. Hace que ella lo devuelva. Aunque sé lo mal que necesitan los fondos porque ella siempre se queda con una parte. Mi madre siempre intenta quedar a mitad de camino. Siempre lo ha hecho. Él... ellos... nunca me quisieron del todo. —Se detuvo. Tras un

momento de vacilación, continuó suavemente—: No soy hija de Cyrus.

Malcolm inhaló. Logró acercarse lo suficiente para arrebatarle el dibujo de las manos. —Tu madre no necesita ver esto. Ni ahora, ni nunca. Fue un error crearlo. Lo destruiré.

—¿Por qué? —suplicó Antonia—. ¿Por qué me dibujaste así?

Porque no podía dejar de pensar en ella. Malcolm la veía desnuda y complaciente cada vez que cerraba los ojos. Pero sus dientes y lengua atraparon las palabras donde se detuvieron en su garganta, demasiado crudas para reconocerlas en voz alta. En cambio, cambió de tema. —Lady Margaret Evendaw me ha ofrecido su mano en matrimonio.

Antonia lo miró boquiabierta, luego frunció el ceño como si decidiera si dejarlo pasar o no. Entonces, con su característica bravuconería, se rió. —¿Le dijiste que sí?

—En verdad, Lady Margaret me ha ofrecido el matrimonio aristocrático ideal. Una vez que haya un heredero, tengo la libertad de buscar cualquier placer que me guste fuera de su dormitorio, siempre que reclame como mío cualquier hijo que me presente.

—Entonces, ¿por qué no aceptarlo? —preguntó Antonia, y la frágil esperanza de Malcolm de que ella correspondiera sus sentimientos se hizo añicos.

—Tu amiga no ofrece nada que yo no pueda tomar por mí mismo. Nadie espera fidelidad de un duque.

—Aunque tu madre sí lo esperaba, ¿verdad? —La observación tajante de Antonia lo destrozó.

—Sí. Lo que hace aún más ridículo que prefiera casarme por las mismas razones que mis padres.

—¿Que son?

Los labios de Malcolm se negaron a abrirse y admitir la palabra. *Amor*. —Afecto. Amistad.

¿Se lo imaginó, o vio un destello de decepción en sus facciones? —Bueno, me sorprende que Margaret sepa lo suficiente sobre el matrimonio como para hacer tal oferta.

—Está llena de sorpresas.

—Ciertamente lo está. Ahora, ¿quieres escuchar mi plan para obtener tu preciada baratija o no?

—Por supuesto. —Malcolm puso el metrónomo en marcha. Su ritmo mecánico llenó la habitación. —Una danza escocesa. Coloca los brazos así. —Hizo una demostración. Necesitaban más práctica con el vals, pero ahora no era el momento. No con su cuerpo en alboroto después de horas imaginando a Antonia desnuda, solo para descubrirla en carne y hueso mirando con curiosidad el resultado de sus sueños febriles. Uno pensaría que nunca había conocido a una mujer antes.

—Planeo desafiar a Lady Summervale a una partida de cartas.

—¿Con qué incentivo?

—Tu abuela está experimentando dificultades financieras derivadas de su liga de apuestas de damas los domingos por la tarde. Voy a ofrecerle una manera de resolver esos problemas.

—Ya intenté eso. Lady Summervale me rechazó rotundamente cuando le ofrecí comprar el Llanto del Corazón. ¿No te lo conté?

—Sí, ahora me pregunto... —Las facciones de Antonia se nublaron. Perdió un paso. —¿Y si le ofrezco la otra mitad del collar?

Un frío pavor se apoderó de él. Malcolm vaciló. Se quedaron allí en silencio con solo el tictac del metrónomo y el débil rumor de las ruedas de los carros en la calle de fuera. —No.

—¿Por qué no?

—Mi abuela no puede tener ambas mitades. Nunca las volveré a ver si pierdes. —Su abuela

lo odiaba. La miniatura de su madre quedaría arruinada. Nunca podría unir las dos piezas e imaginar su voz en su oído, ronca de calidez y tristeza. Malcolm necesitaba la joya para dejar atrás su pasado antes de poder encontrar su camino hacia adelante.

—Aún puedo robarla —replicó Antonia con una sonrisa despreocupada.

—No puedo imaginar poseer tanta confianza como tú. —Malcolm se rió. Ella era la más cautivadora

—¿Yo? Qué rico, viniendo de un duque —bromeó Antonia. Sin embargo, detectó una nota de tensión en su voz, como si estuviera al borde de las lágrimas frágiles. La había avergonzado con sus bocetos. Demonios, se había incomodado a sí mismo. Pero cada roce de sus cuerpos mientras practicaban los pasos que había demostrado agrietaba un poco más su resolución de no tocarla.

—Arrogante, sí. Confianza... te tengo a ti para mantenerme a raya.

Antonia arqueó una ceja. —¿Eso hago?

—¿Hacer qué?

—Mantenerte humilde. Bajarte los humos.

—A cada hora —dijo Malcolm con ironía. —Tienes un talento especial para poner de rodillas a los hombres orgullosos. ¿Cómo sobreviviste trabajando como sirvienta? No puedo imaginarte conteniendo la lengua cuando tu amo quería una tetera fresca de-

Antonia se congeló. Los nervios de Malcolm se erizaron con la conciencia de que había dicho algo incorrecto. Antes de que pudiera comprender qué podría ser, ella se rió. —Hubo días en que me mordí la lengua tan fuerte que sangró. Pero eso no tiene nada que ver con conseguirte tu collar. Así es como lo vamos a hacer. Voy a congracirarme con las anfitrionas de Almack's. El miércoles, voy a demostrar que soy digna de bailar el vals. Tiene que ser perfecto. Debo parecer en todos los aspectos igual a la princesa Esterhazy.

Amo. Eso era lo que había dicho mal. Había usado una descripción en el lenguaje vernáculo común de la clase alta inglesa, y todo el cuerpo de Antonia se había erizado. Malcolm escuchó a medias mientras Antonia explicaba su plan.

—Eres más que su igual —intervino.

—Vaya, estás lleno de cumplidos esta mañana.

Habían dejado de bailar. Antonia bajó la mirada y se apartó las faldas de las piernas. Rizos rojizos bailaban alrededor de sus pómulos. Pero cuando levantó la vista, la vulnerabilidad en sus ojos atravesó su núcleo. La necesidad burbujéo dentro de él. El deseo de tocar. Queriendo probar sus labios e inhalar su aliento mientras ella cerraba los ojos y-

Los dibujos de Malcolm lo habían puesto en este estado de excitación. Esto era su propia culpa.

—Debo volverme digna de la más alta estima de una dama aristocrática —le informó Antonia. Juntó las manos en la parte baja de su espalda y se alejó paseando. Malcolm tragó saliva. La visión de sus caderas balanceándose bajo la batista estampada en crema y rojo no ayudaba en nada. No podía calmar esta bestia furiosa de deseo que ella había despertado. Se suponía que Antonia era una ladrona contratada, no su amante. Pero su cuerpo no lograba comprender el mensaje.

—Eres más que digna de la estima de cualquiera —declaró Malcolm con aspereza. Antonia le lanzó una media sonrisa torcida por encima del hombro.

—Esa es la única manera en que recibiré una invitación.

La lujuria le había cuajado el cerebro. —¿A qué?

—A la sesión de cartas de los domingos por la tarde de tu abuela. —Sonrió con suficiencia.

—Sí, te prometo, mi *señor* —Antonia alargó la palabra de una manera que lo irritaba y provocaba a la vez—, que dentro de seis días, tendrás tu collar de oro y diamantes.

Seis días. Otro día para dibujar los intrincados remolinos de sus engastes para el miniaturista que había identificado para reparar el pequeño retrato. Desde que Malcolm se había propuesto perdonar a su madre por abandonarlo y reparar su imagen como repudio a las amargas acusaciones de su padre hacia ella y todas las mujeres, sus objetivos se habían sentido abstractos. Demasiado etéreos para describirlos a otra alma viviente. Hasta Antonia. Ella había hecho sus sueños realidad.

—Di algo —le ordenó. —¿No es esto lo que querías?

—Por supuesto que lo es —dijo Malcolm, con las palabras recortadas en los bordes. —Lo has hecho muy bien, señorita Lowry. Mejor de lo que jamás esperé.

Su boca llena se apretó en una sonrisa tensa. —Gracias. Espero que la mitad del dinero restante de nuestro acuerdo sea entregado en guineas y monedas pequeñas. Dos mil quinientas libras.

Él se rió. —No podrías cargar tanta moneda. Te pesaría demasiado.

La sonrisa de Antonia se ensanchó, pero nunca llegó a sus ojos. Malcolm encontró su mirada y leyó emociones en aquellas profundidades marrones con destellos ámbar que reflejaban las suyas propias. Ira. Anhelo. Miedo.

Deseo. Un escalofrío le recorrió la espalda, subió hasta los hombros y llegó a la base del cráneo. Ella lo deseaba tanto como él a ella.

—No lo necesitaré por mucho tiempo. Londres nunca ha sido más que una parada en el camino para mis propósitos.

En siete días, ella se habría ido. Maldición.

Ese conocimiento inclinó su inestable estado hacia la temeridad.

—No te vayas —exigió con dureza. Su aliento formó un vapor casi invisible. La habitación estaba fría, pero su cuerpo ardía con un fuego que humedecía la parte baja de su espalda y amenazaba con marchitar su corbatín.

—Dame una razón para quedarme —Antonia permaneció frente a él, con la columna rígida mientras lo clavaba con una mirada obsidiana brillante. La ligereza había desaparecido, reemplazada por un hambre voraz.

Malcolm cerró la distancia entre ellos en dos zancadas. Acunó su mejilla con una mano. La yema de su pulgar se deslizó sobre la parte más carnosa de su labio inferior. —Porque quiero que te quedes —Su respiración raspó con dureza sobre las palabras.

—No eres mi amo —suspiró ella contra su dedo. Un cálido aliento salió de entre sus labios. Malcolm presionó suavemente en ese espacio. La lengua de Antonia rozó su carne y él se perdió, cayendo en un abismo de deseo.

—Nunca desearía serlo —murmuró. Malcolm cambió su peso y se inclinó, pero fue ella quien cerró el espacio entre sus bocas en un beso abrasador y gentil. Antonia exhaló y se acercó más. Encontrando bienvenida, él rodeó con su brazo la curva de su cintura. Ella exhaló y suspiró contra él. Malcolm lamió la comisura de su boca. Antonia se abrió a él. Un calor lánguido derritió su núcleo mientras profundizaban el beso. Perdido, olvidó el tiempo y el lugar hasta que fueron interrumpidos por un lejano golpe de madera contra madera.

—Oh, por todos los cielos, niños, cúbranse los ojos —exclamó un hombre.

Catorce

—EXCELENCIA, no tenía idea de que aún necesitaría la sala a las doce y media —dijo un hombre con gafas y abrigo color topo, mirándolo con los ojos como platos. Detrás de él había un grupo de niños con gorros y sombreros abrigados que lucían expresiones curiosas. Uno de los chicos mayores soltó una risita.

Este era el instructor de baile y música cuyo estudio Malcolm había alquilado por una suma exorbitante como excusa para reunirse en privado con Antonia.

Antonia se apartó bruscamente de él. Malcolm intentó recobrar el juicio y fracasó. Mediodía. Había estado allí durante horas. Ahora, el hechizo se había roto.

—Ya nos íbamos —murmuró Malcolm, aunque claramente no habían estado ni cerca de abandonar el lugar. Antonia había recogido su cálida capa y se la había echado sobre los hombros. Ni una duquesa podría haber irradiado tanto orgullo avergonzado como la mujer que acababa de besar.

Que le había devuelto el beso. Una punzada ardiente atravesó su centro. Malcolm recogió su kit de dibujo con los ahora horriblemente inapropiados bocetos. Lo metió bajo el brazo, donde le quemaba el costado como una insignia de vergüenza.

Bajó la escalera de madera delante de Antonia para no pisar el dobladillo de su abrigo. Malcolm captó su mirada cuando ella se detuvo en el tercer escalón desde abajo.

—Podemos retomar esa escena una vez que esto termine —le dijo con firmeza—. Hasta entonces, nos concentramos en la misión.

—En el momento en que me traigas el collar, Antonia, voy a ir por ti —dijo él con voz ronca.

Una sombra atormentada cubrió sus facciones.

—No tiene sentido. Debo desaparecer, y si no entiendes por qué, entonces has creído en la ficción de Antonia Lowry más de lo que pensaba —tragó saliva—. Lo nuestro sería breve.

—Necesito más que eso —respondió Malcolm, mitad suplicante, mitad desesperado. ¿Qué quería decir con *debo desaparecer*?

—Entonces quizás sea mejor que no empecemos este camino juntos —pasó junto a él. Malcolm captó el tenue aroma floral de rosas y jazmín de su piel. Su cerebro ya se había aferrado a su esencia y le había asignado un significado.

Tal vez tuviera razón. Malcolm esperó hasta que Antonia hubo pasado por la pesada puerta de roble hacia la bulliciosa calle. Su corazón latía como lo había hecho cuando había visto a otra mujer desaparecer de su vida. Si no podía confiar en que ella se quedaría, entonces era mejor dejar que esta inoportuna oleada de deseo se desvaneciera por sí sola en su ausencia.

~

No pienses en él.

Una regla imposible de mantener cuando Havencrest era el tema constante de conversación. El conde y su esposa estaban claramente complacidos con el pretendiente de Margaret, y Margaret, en su insondable necesidad de aprobación, se regodeaba en su relativa libertad. Esta noche, ella y Margaret estaban apretujadas en el asiento frente a los Evendaw de camino a una fiesta en una casa. Antonia reprimió un bostezo. ¿Cómo lograban mantener este horario de entretenimiento y socialización nocturna? Incluso si sus músculos no siguieran doliendo por su día de esfuerzo físico, las salidas nocturnas eran agotadoras.

—Has tenido un impacto muy saludable en Havencrest, querida —Evendaw se inclinó hacia adelante para dar una palmadita en la mano de su hermana y casi se cae de su asiento. Sus mejillas sonrojadas indicaban que se había permitido una segunda copa de oporto después de la cena. Antonia mantuvo los ojos modestamente bajos o enfocados en el paisaje urbano que se arrastraba por la ventana. No convenía despertar ninguna sospecha en Lady Evendaw. Antes no le habría importado, pero ¿ahora?

—Eso espero, hermano. Bajo su reserva pública hay un buen hombre —respondió Margaret con aparente sinceridad. *Qué* descripción tan insípida para un hombre de profundidad y sentimiento como Malcolm Hepworth Dunn, Duque de Havencrest.

Un hombre *bueno* no contrataría a una ladrona para robar la joya más preciada de su anciana abuela. Ni ayudaría a deshacerse del cuerpo de una mujer muerta. No, Malcolm definitivamente no estaba entre los justos. Sin embargo, Antonia también sabía que había pagado para que el cuerpo de la mujer muerta fuera enterrado adecuadamente en un cementerio fuera de Londres. Sabía esto porque ella misma había intentado hacer lo mismo. Después de su desastrosa lección de baile, Antonia había visitado su escondite, se había puesto ropa de hombre y había ido a la morgue para preguntar por el estado de la mujer muerta. Se había ido, le informaron. Un gran señor llamado Havencrest se había enterado de la historia y había querido darle a la mujer anónima un entierro apropiado.

La culpa le carcomía por dentro. Antonia había pasado años blindando su corazón para no preocuparse por el impacto de sus acciones en nadie. Su supervivencia dependía de ello y, peor aún, se sentía terrible. Malditas fueran Margaret y Malcolm por hacerla preocuparse de nuevo por la gente. Todo lo que causaba era angustia.

—¿Usted cree, señorita Lowry? —preguntó Lady Evendaw, y Antonia se dio cuenta de que no había prestado la debida atención a la conversación.

—Por supuesto —respondió con modestia.

El codo afilado de Margaret se clavó dolorosamente entre sus costillas. Antonia abrió los ojos de par en par.

—No puede hablar en serio.

—¿Qué es lo que no puedo decir en serio? —preguntó Antonia, completamente confundida.

—Que habrá una boda antes de la primavera —el pánico había saltado a los ojos de Margaret. Ah, claro, ella y Malcolm habían discutido los detalles del matrimonio y decidieron no seguir adelante. Margaret solo estaba interesada en un matrimonio que le permitiera tener libertad. Malcolm no quería eso. Ella debía estar aterrorizada de que su hermano siguiera adelante con los arreglos sin su opinión.

—Solo si tú quieres —Antonia tranquilizó a su amiga. Esto le valió una mirada de desaprobación de Lord Evendaw. Por suerte, en ese momento llegaron a la entrada principal de

otra grandiosa mansión. Para Antonia, todas las mansiones empezaban a mezclarse en su mente. En el vestíbulo, se quitó la capa y le dio a Evendaw otro motivo de desaprobación. Un tejido dorado tan delicado como las alas de una mariposa brillaba sobre su cuerpo. Un bordado violeta profundo fruncía el patrón a intervalos. El adorno de terciopelo púrpura en los puños, el escote y el dobladillo completaba su suntuoso vestido.

Lady Evendaw se quedó boquiabierta.

El ceño de Lord Evendaw se arrugó en una mueca de desaprobación.

Margaret, que ya había visto el nuevo atuendo de Antonia antes de que se pusieran sus abrigos y salieran apresuradamente al clima de febrero, saltó ansiosa hacia adelante. Como muestra de respeto, debería haber dejado que su hermano entrara primero al salón de baile. Antonia lanzó una mirada de soslayo a sus anfitriones y se deslizó tras su amiga distraída.

La encantadoramente torpe americana que había pasado meses rondando los márgenes de las mejores familias de Londres había desaparecido. En su lugar estaba una dama digna del lado de un aristócrata. Durante meses, se había mantenido tímidamente al margen de la alta sociedad, una bonita acompañante tan dócil como un spaniel de compañía. Mientras no representara una amenaza para las mujeres que luchaban cada noche por su estatus, sus amistades le habían permitido acercarse a las adineradas damas cuyos joyas arrancaba como frutas maduras de un árbol de cosecha perenne.

Antonia sintió cómo las miradas recorrían su cuerpo, evaluando el corte y la calidad como si fuera un caballo en una subasta. Una sonrisa burlona tiró de su boca. Todo lo que veían era que la bonita extranjera se había transformado de la noche a la mañana en la dama más elegante de Londres, no en la víbora que habían acogido en su seno. Antonia dejó que sus labios se curvaran en las comisuras mientras Margaret saludaba alegremente a una dama pelirroja con un vestido de seda verde.

—Annabelle. Felicidades por tu reciente boda.

—Gracias, señorita Lowry.

Antonia se inclinó para abrazar a la mujer con la que había entablado una breve amistad. A unos metros de distancia estaba su nuevo marido, Lord Castlereagh. Este era el momento del juicio. Él hizo una reverencia y la presentó. Dentro de seis días, Antonia Lowry desaparecería en una nube tóxica de escándalo. Su nombre sería maldecido y luego olvidado. Nadie en la sala lo sabía aún. Antonia debería sentirse triunfante. Sus planes habían tenido éxito a pesar de su impulsiva y reaccionaria falta de planificación. Pero todo lo que sentía era pérdida.

Huir significaba dejar atrás a Malcolm y Margaret.

La idea de traicionar los sentimientos fácilmente heridos de Margaret hizo que su corazón latiera sordamente en sus oídos. Su separación debía ser decisiva, para proteger la reputación de su amiga. Margaret no había sido más que paciente, generosa y amable. Merecía saber por qué Antonia se marchaba. Un zumbido de advertencia le hizo cosquillas en la base del cráneo.

Deja de mirarme. El aire entre ella y Malcolm vibraba de conexión. *Estás amenazando todo lo que hemos planeado.* Sin embargo, ella tampoco podía romper el hechizo. Durante tres largos latidos, sus miradas se encontraron y se mantuvieron.

—¿Es ese tu pretendiente, Lady Margaret? —preguntó una mujer con un vestido púrpura y una sonrisa conocedora.

—Así es —gorjeó Margaret. Saludó con la mano, moviendo sus dedos enfundados en satén a través de la sala. Antonia apenas registró el visible endurecimiento de la mandíbula de la dama elegante. La bienvenida excesivamente amistosa de Margaret había sido notada y juzgada como deficiente. Antonia luchó brevemente contra el extraño impulso de estrangular a la mujer.

Esto era lo que obtenía por ponerle nombre a la gente. Primero su instinto de protección hacia Malcolm, ahora Maggie. Pero Antonia no tuvo tiempo de reflexionar más antes de que Havencrest reanudara su marcha hacia ellas. Se inclinó sobre la mano enguantada de Margaret. Su amiga soltó una risita.

¿Y si... y si dejara de huir? Antonia meditó la idea mientras él murmuraba saludos a su círculo. Pero cuando Malcolm saludó a una mujer de cabello oscuro con un vestido de tela azul y plateado y dijo: —Señora Cartwright —todos los pensamientos de quedarse se desvanecieron.

Hace unos meses, las acciones de Antonia casi habían causado la muerte de esta mujer.

No, no podía quedarse, porque nunca podría escapar del pasado que había construido sobre una base erosionada de mentiras. Antonia estaba atrapada en una trampa de su propia creación, sin otra salida que seguir adelante. El aliento cortó a través de sus pulmones. Sus ojos ardían. Parpadeó.

Malditos e inútiles *sentimientos.*

Quince

El corazón de Malcolm se detuvo por un largo momento mientras contemplaba a Antonia en su regio vestido nuevo. Sin embargo, a medida que la sangre volvía lentamente a su cerebro, también reconoció la fragilidad bajo esa hermosa apariencia. Cuando llegó al lado de Margaret, requirió de todo su autocontrol para no tomar a Antonia en sus brazos y llevársela de allí. Mantenerla a salvo.

La había enviado a una misión que podría costarle la vida. No tenía derecho a protegerla.

—Buenas noches, Havencrest —Margaret hizo una rápida reverencia. Los pequeños adornos de diamantes y perlas esparcidos por sus rizos rubios claros le guiñaron. Su mano se alzó como para darle una palmadita en la cabeza como a un spaniel, pero la obligó a volver a su costado. Cuanto antes terminara la pesadilla de su cortejo, mejor.

—Buenas noches —su mirada se deslizó sobre Antonia. Ella levantó la barbilla. ¿Había capturado este ángulo preciso y desafiante en sus bocetos? Si no, debía intentarlo de nuevo. Lamentablemente, ser sorprendidos besándose esta mañana les había costado el espacio. No tenían otro lugar para reunirse en secreto mañana y el miércoles por la mañana, lo que significaba que no tendrían más tiempo para practicar su vals.

A menos que aprovecharan la oportunidad ahora.

—Señorita Lowry, ¿me concedería el honor de un baile?

Ella examinó su tarjeta de baile. —¿Una contradanza?

—El próximo vals.

Sus cejas se fruncieron en un gesto de desaprobación. —Creía que eso no estaba permitido sin permiso.

—Esa es solo una regla de Almack's —intervino Margaret—. Adelante, quiero ponerme al día con Annabelle Kilpatrick. Reclamo el siguiente baile.

En el momento en que Antonia puso su mano enguantada en la suya, Malcolm supo que esto sería un desastre. Estaba rígida e inflexible, tal como había estado la primera vez. —¿No podríamos haber empezado con una contradanza? —exigió ella mientras tomaban sus lugares—. Solo teníamos que esperar una canción.

—Perdimos nuestro espacio de práctica hoy. El director estaba furioso. Me maldijo sonoramente por convertir su estudio en un burdel.

Antonia chasqueó la lengua. —Difícilmente. Los antros de perdición suelen implicar mucho más que simples besos.

El pensamiento de hacer más que besar hizo que la parte delantera de sus pantalones se

tensara incómodamente. —¿Cómo sabrías algo sobre el tema?

—El tipo de mujer que comienza la vida como sirvienta y termina como ladrona de joyas no disfruta de la misma protección contra los instintos más bajos de los hombres que reciben las damas en esta sala.

—No hablaba en general —siseó mientras se acercaban demasiado a otra pareja—. Te preguntaba sobre ti —apretó su agarre en su cintura. Antonia se resistió y le pisó el zapato. Malcolm hizo una mueca.

—No estoy dispuesta a discutir mi pasado en medio de la pista de baile —espetó Antonia—. ¿Cómo te sentirías si te pidiera un recuento de dónde y con quién experimentaste por primera vez los placeres del dormitorio?

Su voz sonó demasiado fuerte en sus oídos. Alguien los escucharía; sería un escándalo. Una oscura y posesiva emoción lo recorrió. Sería la excusa que necesitaba para hacer de Antonia su duquesa. El pensamiento sofocó su lujuria lo suficiente para que su buen juicio se reafirmara.

Antonia no podía ser duquesa. No importaba lo bien que representara el papel esta noche, había protocolos para ser duque que no se atrevía a desafiar. Uno se casaba por conexiones. Casarse por amor costaba oportunidades de aumentar la fortuna y difícilmente garantizaba la felicidad de todos modos. Mira cómo había resultado el matrimonio de sus padres.

—Una discusión para otro momento —murmuró—. Solo quería hacerte saber que no vinieras a las lecciones de baile mañana. Eso es todo.

—Entendido —se soltó de sus brazos tan rápidamente que Malcolm no pudo evitarlo. El pecho de Antonia subía y bajaba en un ritmo distractor.

—No puedes dejar de bailar —ordenó él—. No se hace.

—Obsérvame.

Increíblemente, Antonia Lowry se escabulló alrededor de una pareja sorprendida y se alejó de él. Malcolm inclinó brevemente la barbilla en disculpa a una pareja obligada a romper el paso para evitarla. Primero sus horribles bocetos, ahora esto. Si no encontraba una manera de arrancar el anzuelo que Antonia había clavado profundamente en su carne, y pronto, era probable que lo arruinara todo. El retrato de su madre adornaría una vez más los salones de Havencrest, aunque fuera lo último que lograra en esta vida. Todo lo que necesitaba eran las dos mitades del collar para recrear su recuerdo de aquella noche. Los detalles de sus rasgos volverían a él, y Malcolm finalmente podría poner el recuerdo de su madre a descansar.

Malcolm se abrió paso hasta Lady Evendaw y reclamó la mano de Margaret sin reconocer la espalda vuelta de Antonia.

—¿Qué pasó...? Oh —Margaret le permitió tomarla en sus brazos. Se movía, dócil y receptiva, girando fácilmente por la sala sin un ápice de protesta.

—Nada. Tu amiga y yo tuvimos una discusión. Ya pasará.

—¿Esto tiene que ver con tu proyecto secreto? —preguntó Margaret un poco sin aliento. Malcolm se obligó a disminuir el ritmo. El vals terminó, pero la maniobró a la posición para el siguiente baile sin devolver a su rumoreada futura novia a sus amigas. *No se hace*.

—Sí —confirmó, aunque su mente estaba en otra parte. Un caballero no arriesgaba la reputación de su pareja de baile bailando dos veces seguidas. Sin embargo, lo había hecho. Romper las reglas no hizo que el techo se derrumbara. Ningún fuego del infierno cayó sobre su cabeza. Malcolm permaneció en silencio, esperando que terminaran los primeros acordes de la canción mientras Margaret miraba insegura a su alrededor. Qué liberador era desafiar las expectativas y vivir para contarlo.

Por encima del hombro de su pareja de baile, Malcolm divisó a su abuela con un vestido

color cervato con acentos dorados. Una mujer más joven le susurró al oído. La Duquesa Viuda de Summervale miró en su dirección. Su nariz se arrugó como si hubiera pisado un montón de desechos en la calle. Siguió adelante. Un murmullo de voces alrededor de la sala le indicó que su comportamiento había iniciado otra ronda de horribles rumores sobre Havencrest. Quería que no le importara. El desafío sería mucho más fácil si no le importara lo que pensara de él un grupo de mujeres canosas y sus elegantes amigas con turbantes.

Malcolm siempre había intentado complacer, y le dolía profundamente cuando no podía. Era demasiado parecido a su madre. Siempre anhelando más amor del que podía obtener. Ahí estaba, buscando la aprobación de su abuela, la princesa Esterhazy y Lady Jersey, por algo tan ridículo como el acceso a un salón de baile polvoriento con refrigerios mediocres y un montón de reglas que no servían más propósito que el de hacer notar a los demás sus fracasos.

Antonia jugaba lo suficiente para conseguir lo que quería y se burlaba de su aprobación. Malcolm admiraba su pura audacia. Envidiaba aún más su autosuficiencia. Todo lo que necesitaría para que ella se pusiera de su lado sería dejarla ir.



Antonia se alejó de la pista de baile, sintiéndose como la farsante que era. Ningún fregado de ollas de su juventud la había escaldado tanto como su pobre actuación de esta noche.

Había exagerado, y lo sabía.

Antonia no se oponía a los besos como concepto general. Le gustaba bastante la idea de besar a Malcolm-Havencrest-de nuevo. Pero no si él la medía con el estándar de las jóvenes protegidas como Margaret. Eso era simplemente ridículo. No tenía derecho a esperar eso de ella.

Te estaba preguntando sobre ti.

Sus pocas relaciones se habían visto socavadas por las mentiras que Antonia habitualmente contaba. Si hubiera tenido un temperamento más dócil, podría estar casada ahora, con niños aferrados a sus piernas. Si no contenta, al menos habría estado demasiado cansada para quejarse de su suerte en la vida. Pero no, cuando había buscado placer en los brazos de un hombre, había habido una barrera de piel de cordero para evitar lazos más estrechos de los que ella deseaba. Antonia no estaba avergonzada. Tampoco apreciaba que le preguntaran directamente sobre ello. Ni siquiera Malcolm. Si quería contárselo, lo haría.

—Jovencita.

Antonia se detuvo en seco. Sus faldas se balancearon hacia adelante y se asentaron alrededor de sus rodillas en un susurro de tela tan suave y delicada que un suspiro se asentó en su pecho. Adoraba esa sensación. La sensación de ojos críticos clavándola en el sitio, sin embargo, era mucho menos agradable.

—Su Gracia —Antonia hizo una pulcra reverencia.

—Impertinente —frunció el ceño la Duquesa Viuda de Summervale—. Debo pedir... no, *insisto* en que cualquier dama que se digne a bailar con mi nieto le haga el honor de no abandonarlo en medio de la canción.

—Apenas habla con el hombre. ¿Qué le importa a usted? —No era el tono adecuado, ni de lejos. Antonia se estremeció interiormente.

—Sigue siendo un duque y representante del apellido Havencrest. A pesar de sus muchos defectos, el Duque de Havencrest merece tu respeto y admiración —la duquesa golpeó su bastón de cabeza plateada contra el suelo de madera desgastado—. Incluso una advenediza americana debe entender y observar nuestras costumbres.

Su vestido había hecho su trabajo. Al elegirlo, se había declarado una fuerza de cambio que amenazaba a la vieja guardia. Lady Summervale entendió su desafío silencioso y respondió exactamente como Antonia había esperado. Una leve sonrisa tiró de las comisuras de su boca. La actitud inflexible de Antonia probablemente también había ayudado. —Vaya, lamento haber ofendido, mi señora.

No había ni rastro de arrepentimiento en su postura. Antonia se aseguró de ello.

—Nosotros, los advenedizos americanos, tenemos nuestras propias costumbres. Principalmente la creencia de que todos los hombres son creados iguales —guante arrojado.

La frente de Lady Summervale se arrugó profundamente de sorpresa mientras reevaluaba a la intrusa en su medio. Antonia se mantuvo regia, deseando que esta mujer la viera como un desafío. Joven. Rica. Sin la carga de las formalidades del pasado. —La juventud y sus ideas nuevas. Como si el cambio alguna vez trajera felicidad a alguien —reprendió Lady Summervale después de un largo momento.

Antonia se rio. —¿Le parezco infeliz, Lady Summervale?

Los ojos lagrimosos de la anciana se abrieron de par en par. Sus fosas nasales se dilataron como un toro listo para embestir a un matador.

Perfecto, pensó Antonia con satisfacción. Su objetivo había tomado el anzuelo. Esta era la mayor apuesta que había hecho jamás, y se sentía inmensamente gratificante saber que había descubierto exactamente qué cuerda de terciopelo tirar para convocar la despiadada competitividad de Lady Summervale. No tendría más remedio que aceptar el desafío de Antonia una vez que lo lanzara.

—Pareces soltera —la mujer resopló—. Es lo mismo.

La mandíbula de Antonia se aflojó. —No puedo ver mucha oportunidad de felicidad en un matrimonio sin amor —replicó señaladamente. Dos segundos antes, había estado segura de que había puesto a la duquesa a la defensiva.

—Deberías ver cómo terminan los amorosos. Nada más que resentimientos, al final —golpeó su bastón contra el suelo de nuevo y se alejó cojeando en dirección a la sala de juegos.

—¿Imaginaste que podrías vencer a mi abuela tan fácilmente? —una voz retumbó en su oído.

El calor licuó las entrañas de Antonia. —Veo de dónde sacas tu arrogancia —respondió Antonia con pesar. No lo había perdonado por su anterior insolencia—. Debe ser un rasgo familiar.

Él guardó silencio. Margaret, a su lado, no. —Hablas como si quisieras insultar a mi pobre Havencrest —soltó una risita y le dio unas palmaditas en el brazo. Perdiendo el subtexto, como de costumbre. Antonia dejó que su amiga la tomara del brazo.

—Tu pretendiente es capaz de manejarse solo —comentó ácidamente. Sin embargo, encontrarse con su mirada se sentía como un choque de espadas. Tal vez él pudiera manejarse solo, pero ella estaba teniendo un demonio de tiempo controlando su temperamento a su alrededor. A Antonia le gustaban los objetos fríos y duros, no el paisaje suave y engañoso de los apegos emocionales.

¿Cómo se sentiría Margaret si supiera que Antonia y Malcolm se habían besado?

El compromiso de Margaret y Havencrest *era* una farsa. Sin embargo, el juego que Antonia y Malcolm estaban jugando tenía consecuencias reales si fueran descubiertos. Margaret no debía pagar el precio de su conspiración. Si llegara el caso, Antonia juró casarse ella misma con Malcolm.

Ugh. Tampoco podía dejar a Malcolm en el limbo, casado con una esposa que lo había abandonado. Un enredo más que le impedía hacer lo más sensato que podía hacer: huir. Tendría

que fingir su propia muerte, de nuevo.

Aunque se aseguraría de disfrutar su noche de bodas.

—Señorita Lowry —el tono de Havencrest fue cortante. Los ojos de Margaret se abrieron de par en par. Las dos mujeres se congelaron a medio paso, brazo con brazo, de espaldas a él. Antonia inclinó la cabeza hacia su amiga y miró por encima del hombro.

—¿Su Gracia?

—Visitaré a Lady Evendaw mañana por la mañana —declaró Havencrest con tensión.

—Muy bien —su tono era tan frío como un viento invernal del río. Antonia se estremeció al pensar en aquella noche.

—Traeré el metrónomo —hizo una reverencia, les deseó buenas noches y las dejó.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —preguntó Margaret, boquiabierta.

Las mejillas de Antonia se encendieron. Su amiga sabía de las lecciones de baile obligatorias, pero no que Havencrest había sido su instructor. Antonia guardaba tantos secretos encerrados en su interior, y esta noche sentía la carga intensamente.

—Quiere practicar un baile. Para que me puedan conceder un vale para Almack's.

—Si me permites ser sincera, podrías necesitarlo...

—Gracias, Margaret, tu observación es correcta —declaró Antonia con los dientes apretados —. Ahora, ¿por dónde se va a la sala de juegos? Tengo ganas de practicar mi mano en el whist.

Dieciséis

—¿Qué haces aquí? Malcolm observó el fino vestido de Antonia. Se ajustaba a sus curvas en un susurro de seda color mora, con un escote bajo que revelaba un modesto indicio de su delicado busto. Bandas blancas de diminutas mangas abullonadas se aferraban a sus hombros como si les fuera la vida en ello. Pálidos adornos amarillos y verdes destellaban en sus lóbulos y alrededor de su cuello. El hecho de que fueran de imitación no restaba nada al efecto de riqueza sin esfuerzo.

Esta noche en Almack's había revelado una dura verdad. Malcolm ya no podía soportar la tensión de dejar a Antonia libre para que se enredara y trepara por las escaleras sociales. Todo lo que podía hacer era quedarse atrás y observarla, hasta que incluso eso se había vuelto insoportable. Se había quedado el tiempo suficiente para bailar los dos valses obligatorios con Margaret, y luego había vuelto a casa a esperar.

—Me encuentro sin hogar —Antonia observó el contenido de su biblioteca con curiosidad—. Los Evendaw creen que he tenido una influencia indebidamente negativa en Lady Margaret.

—¿La has tenido? —preguntó él con suavidad. Malcolm sacó un par de copas de cristal tallado y las llenó de un líquido marrón de una licorera.

—Ciertamente espero que sí —Antonia aceptó la bebida y la levantó a la altura de sus ojos —. Salud.

Él chocó su copa con la de ella. El dulce ardor del brandy estabilizó su pulso. Antonia estaba aquí. En su biblioteca. Necesitándolo. Anhelaba mantenerla aquí con él. —Si me permites dar mi opinión, has tenido un efecto alentador en ella. Margaret ya no es tan dócil como antes.

—Que es precisamente por lo que me encuentro de repente necesitando alojamiento —Antonia sonrió con suficiencia y se acercó al fuego de la chimenea. Él debería ofrecerle el chal que estaba casualmente echado sobre el brazo de uno de los sillones de cuero oscuro. Sin embargo, Malcolm preferiría calentarla entre sus brazos. Podría tener la oportunidad esta noche...

No. Solo un canalla egoísta se acercaría a una mujer que había venido a él en busca de ayuda. Este no era el momento. —No pareces demasiado afectada por haber sido, eh, echada.

—No lo estoy —respondió Antonia con una franqueza teñida de desdén.

Él rozó la yema de su pulgar sobre su pómulo. —Serías una excelente duquesa.

Ella se rio, pero había un tono frágil en su risa. —Sí, con mi sentido innato de superioridad y poco interés en ceder ante nadie, supongo que tienes razón. ¿Me estás pidiendo que me case contigo, Malcolm?

Antonia estaba bromeando. Tenía que estarlo. ¿Por qué, entonces, la nota desesperada de

anhelo bajo sus palabras afiladas le cortaba tan profundamente el corazón? —Sí.

La mujer a la que haría su esposa, si ella se lo permitía, se congeló a mitad de paso. No dijo nada en respuesta por un largo momento. —No.

El alivio lo invadió. —Sabia decisión.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella bruscamente, reanudando su paso y rodeándolo con cautela.

—No ofrezco nada más que un montón de casas grandes y vacías y un título igualmente vacío. Eres demasiado inteligente para querer menos de lo que mereces.

—¿Qué es lo que crees que merezco, Malcolm?

—Un amor tan duradero como el tuyo. Un hombre que caliente tu cama cada noche. Uno que pueda satisfacer tus deseos físicos. Pero uno que te adore fuera del dormitorio tanto como dentro de él. Eso es lo que mereces, princesa.

Ella se detuvo para mirarlo con ojos oscuros, grandes y cautelosos, como si él hubiera dicho algo incorrecto. No más apodos, entonces. Él le acarició la mejilla. Antonia frotó su rostro contra su palma. El miembro de Malcolm se endureció mientras trazaba su labio inferior con el pulgar. Ella lo miró directamente a los ojos. —¿Qué te hace pensar que tú no podrías ser esa persona, Malcolm?

Él se quedó paralizado. Antonia empujó su pecho. El borde del diván de cuero golpeó la parte posterior de sus rodillas. Se desplomó sobre él. Malcolm la miró, tan devoto como un suplicante a los pies de una diosa.

La seda se movió. La suave tela rojo vino se arrugó y crujió mientras ella se acomodaba sobre sus muslos. El peso y la mujer aflojaron el control que Malcolm intentaba ejercer sobre el mundo. Se entregó a sus atenciones. Antonia le quitó el alfiler de diamante rojo del nido de su corbata blanca como la nieve. En lugar de guardarlo, lo dejó cuidadosamente a un lado. Él se movió para dejarla desabrochar los botones de su chaleco, y luego quitarle los gemelos de la camisa.

—Te haría daño —susurró mientras besaba la parte superior de sus pechos. Había una dolorosa opresión en su garganta. No se oía más que el crepitar de la leña en la chimenea y el roce de la ropa mientras se desnudaban mutuamente, sin prisa, pieza por pieza.

—¿Crees que podrías herir mis sentimientos? —Antonia rio suavemente. Su cabello caía en ondas gruesas y brillantes alrededor de sus hombros. Los pendientes y el collar permanecían en su lugar, destellando a la luz del fuego. Él deslizó sus manos por sus muslos desnudos. Incluso a ciegas, conocía el camino entre los lazos y las cintas de la ropa de una mujer. Con destreza, desató capa tras capa hasta que, con una sonrisa en sus labios sensuales, Antonia se quitó el vestido por la cabeza de un tirón. Sus enaguas y camisola siguieron. Estaría dibujando y pintando la forma en que la luz jugaba sobre su cuerpo durante años.

—Es diferente cuando estás casado. Si hay hijos —Sus manos estaban sobre sus pechos llenos. Su forma y peso se grabaron en su memoria. Su miembro se sacudió, rígido de necesidad.

—No tiene por qué haber hijos —Antonia sostuvo un pequeño cuadrado de papel—. ¿Sabes qué es esto?

Él se quedó quieto. —Una carta francesa.

—Correcto. Aunque yo suelo llamarlo funda —Antonia desenrolló expertamente la piel de cordero de su estuche y se sentó entre sus piernas. Abrió las solapas de sus pantalones y extrajo su longitud del nido confinado de su ropa interior—. Mi madre trabajó como prostituta durante un tiempo. Era eso o morir de hambre. Lo dejó cuando se casó. Me enseñó cómo protegerme cuando quisiera compañía. Como sabes, no soy ninguna santa.

—Ni yo tampoco —gimió él—. No soy un monje, pero uso estos cuando busco consuelo. Tu historia es irrelevante para que estemos juntos aquí.

Sin duda sus sirvientes pensaban que habían admitido a una de sus compañeras ocasionales. No sería la primera vez que una mujer aparecía en su biblioteca después del anochecer. Malcolm juró que esta noche sería la última, sin embargo.

—No lo es —insistió ella. Lamió la cabeza de su miembro. Él gruñó. Malcolm hundió sus dedos en la suave masa de su cabello mientras ella trabajaba su cálida boca sobre su dura longitud. El calor húmedo y cálido suavizó el camino para que ella deslizara la fina barrera sobre su miembro con firmes movimientos—. Mi historia es la razón por la que nos conocimos —susurró contra su lóbulo.

Los brazos de Malcolm se deslizaron por su espalda para atraerla cerca. Antonia mordisqueó su lóbulo. Sus dientes rasparon su línea de la mandíbula hasta su garganta. Sus labios carnosos se cerraron alrededor de su yugular. Un mordisco envió una descarga de calor directamente a su miembro. Malcolm gruñó.

—Joder, Toni —No era cierto. Su propia historia había jugado un papel igual de importante en unirlos, pero el deseo había invadido su cuerpo y robado sus palabras. A Malcolm solo le quedaban fragmentos incoherentes de pensamiento.

Con una sola sílaba, ella le robó incluso eso.

—Sí —susurró. Se sentó a horcajadas sobre sus muslos con su miembro en la mano. Una sonrisa despreocupada jugaba en sus labios. El calor acogedor hizo que sus caderas se flexionaran a mitad de camino del sofá. Un empuje instintivo e ineficaz. Antonia se echó hacia atrás, tomándolo completamente dentro de su húmedo sexo.

Exhalaron al unísono.

—Te he deseado tanto —declaró sin aliento.

—Me tienes —gruñó Malcolm. Sus manos estaban llenas de dulce mujer, una en su cadera, otra en su hombro mientras ella lo cabalgaba. Bajo la piel sedosa había una fuerza tensil. Tal vez ella tenía razón. Él no podía lastimarla de la manera en que su padre había desmantelado a su madre inteligente y sensible. Pero siempre había una forma de dejar una marca en el alma de otra persona si buscabas lo suficiente un medio para hacer daño.

Antonia gimió. El retumbar de su placer ahuyentó el pensamiento.

—Todo lo que quiero —jadeó él— es hacerte sentir así todos los días.

Ella echó la cabeza hacia atrás y onduló sobre él. Malcolm nunca olvidaría la visión de su cuerpo moviéndose al compás del suyo. Ella gimió durante su liberación. Con la suya propia acercándose rápidamente detrás de la de ella, Malcolm acarició el botón en el ápice de su sexo. Antonia emitió un gemido medio salvaje. La oscuridad se difuminó detrás de su visión. *Un poco más. Más cerca.*

Ella clavó sus uñas en su hombro y jadeó. Ya no había sombras detrás de sus ojos. Lo único que quedaba era pura y radiante alegría. Malcolm se dejó llevar por su dicha compartida.

Cuando volvió en sí, se encontró mirando donde sus cuerpos aún estaban unidos. Antonia gimió, levantando y bajando sus exquisitos senos. Los pezones oscuros se fruncieron a la luz del fuego. Si tan solo el mundo los dejara estar así.

—Me casaría contigo si lo quisieras —dijo con honestidad inestable—. Pero no lo quieres. Eso significa que no podemos hacer esto de nuevo —Acarició la piel sedosa y aterciopelada de su brazo. Su largo cabello caía en cascada sobre su hombro para hacerle cosquillas en el pecho.

Antonia agarró el preservativo en la base de su miembro y se retorció para salir de él. Su cuerpo se estremeció con la réplica—. Podría casarme contigo si te sintieras más digno de mí,

Malcolm. Porque mereces todo lo que una esposa apropiada podría darte. Hijos. Un amor tan verdadero que te guiará a través de la sombría oscuridad que se tragó a tu madre y que veo que intentas ocultar —Se movió para que su cabeza descansara sobre un codo, mirándolo con ojos oscuros suaves de emoción—. Sin embargo, temo que yo sería quien te alejaría cuando más me necesitaras. O peor aún, hacer lo que mejor sé hacer.

—¿Que es? —la instó.

—Huir —Antonia se acostó de nuevo, acurrucándose contra él—. No soy conocida por quedarme a luchar. Tomo lo que necesito y huyo para luchar otro día. Mira cómo abandoné a Margaret justo cuando estaba aprendiendo a enfrentarse a su hermano y cuñada.

Malcolm intentó besar para alejar su pena.

—Toda mi vida, he huido en el instante en que la vida se volvía difícil. Necesitas una esposa, una amante, alguien que te acompañe en los momentos difíciles.

Él se apartó.

—Podrías hacerlo, si te resolvieras a quedarte.

—Pero no cumpliría mi palabra, Malcolm. Lo peor de mí no es que sea una ladrona. Es que soy una mentirosa y una farsante. No conozco otra forma de ser.

Se alejó de él, dejando a Malcolm solo con su miembro húmedo y satisfecho y su corazón aún anhelante.

Diecisiete

EL DOMINGO POR LA MAÑANA, Antonia debía asistir a los servicios religiosos con los Evendaw. La condesa seguía mirando a su huésped aprovechada con bastante sospecha, pero el ruego de Margaret de dejarla quedarse y el repentino cambio de Antonia a su vestimenta habitual las había apaciguado. Antonia incendió cada pizca de confianza recuperada en el instante en que apareció en el rellano vestida con un traje de tarde color esmeralda adornado con un cordón dorado. Hacía solo dos semanas, había mirado desde este mismo rellano mientras Havencrest intentaba convencer al mayordomo para que lo dejara pasar.

—¿A dónde vas vestida así? —exigió Lady Evendaw con brusquedad mientras Antonia bajaba las escaleras.

—Tengo una cita privada.

—Perdone mi intromisión —espetó la dama—, pero tengo que mantener la reputación de nuestra familia. Los vestidos apropiados para reunirse con el Rey y las citas misteriosas no me tranquilizan. Hemos sido muy complacientes con su privacidad durante su estancia, señorita Lowry. Ha sido usted muy reservada. Exijo que me confíe todo de inmediato.

—Estoy invitada a visitar a la Duquesa Viuda de Summervale para tomar el té. —Esto, al parecer, era un código para apostar a las cartas. Antonia se preguntó si habría empezado así. Las tardes de domingo vacías se alargaban en frías veladas. Se emitía una invitación. Se servía té y galletas. Quizás un toque de jerez. Una sugerencia de jugar a las cartas para pasar el tiempo cuando la conversación decaía. Una apuesta grandiosa, seguida de risitas. Una apuesta mayor, seguida de carcajadas. Una apuesta de alto valor, ya fuera por despecho, aburrimiento o producto de una eterna batalla por el dominio social que se desarrollaba en los salones de baile de Londres noche tras noche. Un acuerdo silencioso para seguir el mismo patrón una semana después. Antonia podía ver la escena en su mente.

—Oh —dijo Lady Evendaw con sorpresa—. ¿Llevas a Margaret?

—No. —Lady Summervale y sus amigas se comerían a un cordero como Maggie de almuerzo. Su dinero para alfileres sería tan solo un aperitivo. Antonia llevaba mil guineas en billetes y una cuidadosa selección de monedas. Sus estrategias memorizadas estaban reforzadas por las cartas escondidas en sus bolsillos especiales para joyas. Fácilmente accesibles a través de la hendidura oculta en su falda y totalmente invisibles. Antonia no estaba por encima de hacer trampas si eso significaba conseguir el estúpido collar para Malcolm y salir de Londres.

Su misión era aprovechar la animosidad entre ella y Lady Summervale. Si eso significaba frustrar a la vieja arpía y quitarle su dinero, bueno, Antonia había hecho cosas peores en su vida.

¿Por qué, entonces, la perspectiva se sentía como un nuevo punto bajo?

—¿Esto es solo para ti? —balbuceó Lady Evendaw—. ¿Mi hija no es digna de ser invitada a tomar unos refrigerios?

—Mi señora, la conversación será inapropiada para oídos inocentes.

Horrorizada, la condesa escaneó el rostro de Antonia, su vestido y sus oscuros rizos fuertemente recogidos. —¿No está usted soltera?

Qué estupidez no haberse presentado como viuda. Maldijo a la Antonia del pasado por tonta. —Estoy en el estante, según los estándares locales. Mi capacidad de casarme no es un problema, pues no busco marido.

Finalmente había roto la paciencia de la condesa. —Encontrará otro lugar donde quedarse.

La dama salió de la habitación con los hombros rígidos y enojados.

—No, Toni, no debes irte —Margaret se aferró a su brazo.

—No sirve de nada, Maggie. No desapareceré —mintió Antonia. Tenía su escondite. Havencrest podría guardar sus pertenencias durante unos días hasta que tuviera un momento para venderlas. Solo necesitaba unos días más. La necesidad de huir antes de que sus demonios la alcanzaran empujó a Antonia a moverse. Se ató el sombrero alrededor de su cabello cuidadosamente peinado y abrochó los cierres de su mantón.

Que comience el juego final.



—Lady Summervale la recibirá en el salón —entonó un mayordomo de cuello rígido cuando Antonia llegó. Sus dedos enguantados estaban quietos. Una calma confiada inundó sus venas como el agua helada del río Támesis.

Antonia se estremeció. A diferencia de la pobre Edith de Idless, ella estaba viva y tenía la intención de seguir así. Flexionó los dedos para asegurarse de que aún funcionaban.

—Señorita Lowry —dijo Lady Summervale fríamente cuando entró en la habitación—. Confío en que haya traído fondos suficientes para comprar las primeras tres rondas.

Cualquier idea que Antonia hubiera albergado sobre mujeres refinadas pasando del té al jerez a un juego de cartas cada vez más intenso murió una muerte misericordiosa. La anciana llevaba un vestido de seda gris tornasolada adornado con encaje rubio. Con su cabello blanco apilado sobre su cabeza y las cartas revoloteando entre sus manos, podría haber sido una adivina o una bruja. Antonia tragó saliva.

—Cien libras para empezar —respondió con aire inteligente para disimular sus repentinos nervios. Esta mujer tenía décadas de experiencia jugando a un juego que Antonia había pasado dos semanas aprendiendo. Sacó un fajo de billetes de su bolso y los arrojó sobre la mesa—. Cien libras para entrar en el juego, ¿o lo entendí mal?

Ocho pares de ojos se aferraron ávidamente al resto de los billetes enrollados en un grueso cilindro. Las mujeres con ingresos fijos y afición a las cartas debían ver sus ingresos fluctuar sustancialmente. Antonia se había metido en aguas infestadas de tiburones.

Bien. Quería que la vieran como carnada.

—Puede unirse a nuestra mesa —ofreció una dama con un vestido color azafrán—. Lady Woolryte siempre juega en pareja con Lady Jersey.

Antonia tomó el asiento indicado. —¿Cómo funcionan las reglas?

—Cada una puso cien libras para empezar —respondió Lady Woolryte. Cortó y repartió las cartas a las cuatro mujeres sentadas alrededor de la esquina—. Hay doce mujeres en seis parejas.

Jugamos tres rondas, aumentando el bote a medida que avanzamos. Se eliminan las cuatro parejas con la puntuación más baja. Las cuatro parejas restantes juegan tres manos más. Las ganadoras se enfrentan en una final al mejor de tres manos. Se reparten el bote equitativamente.

—Puede hacer pareja con Lady Pembroke —decidió Vestido de Azafrán.

Una mujer de aspecto frágil con un vestido violeta entrecerró los ojos ante la mano de práctica que le habían repartido. Antonia suspiró. Si perdía en las cartas, tendría que hacerse desagradable y provocar un enfrentamiento individual con la Duquesa Viuda.

Ya venciste a Lady Summervale una vez. No pierdas la esperanza antes de empezar. Antonia se acomodó frente a la anciana dama y recogió la mano que le habían repartido. La mujer del vestido de azafrán marcó el inicio de una nueva partida, usando el papel de puntuación para llevar la cuenta.

—¿Qué pasa con las personas que no llegan a las rondas superiores? —preguntó Antonia. Abanicó las cartas. Una mano decente. Las organizó por palo y por número. Lady Pembroke hizo lo mismo.

—Pueden jugar por centavos —Lady Woolryte resopló, como si nunca se rebajaría a jugar por centavos cuando había libras por ganar—. O pueden mirar, o irse.

Antonia no tenía dudas sobre qué opción preferían sus compañeras. La consideraban un cordero al que despellejar. Antonia no sabía qué pensar de ellas. Afortunadamente, la mano de práctica le permitió evaluar a sus oponentes y a su compañera. Las manos nudosas de Lady Pembroke podían ser lentas debido a la edad, pero su mente era claramente tan aguda como siempre. Se llevó tres bazas seguidas antes de que Lady Woolryte lograra ganar las dos siguientes. Antonia desplegó sus triunfos y se llevó tres de las siguientes cuatro manos.

—Suerte de principiante —dijo Lady Woolryte mientras la dama del vestido de azafrán sumaba sus puntuaciones.

—A nadie le gustan los malos perdedores —replicó Lady Pembroke—. Además, aún tienes dos oportunidades más para vencerme a mí y a la señorita Lowry —Volteó y barajó el mazo con una habilidad que hablaba de muchas tardes pasadas jugando al whist. Antonia cruzó la mirada con la dama mayor y le guiñó un ojo.

Lady Pembroke arqueó una ceja y repartió las cartas. —Jugamos una buena mano. Siga así, señorita Lowry, y puede que volvamos a casa con los bolsillos tintineando esta tarde.

—Subo la apuesta —dijo Antonia mientras se acomodaban para el siguiente juego. Un silencio cayó sobre la sala mientras las otras dos mesas de jugadoras hacían una pausa para escuchar. Sacó otros cien libras de su rollo de billetes de banco y los arrojó al centro de la mesa.

Las finas damas lo miraron como si hubiera arrojado el cadáver de un animal muerto. Por un momento de locura, Antonia pensó que se había excedido. Pero entonces Lady Pembroke lanzó un montón de monedas encima. —Diez guineas —anunció.

Vestido de Azafrán y Lady Woolryte se miraron entre sí y luego a su anfitriona.

La Duquesa Viuda de Summervale miró de reojo y asintió una vez. —Tienen mi permiso para aliviar a la americana de su dinero.

Vestido de azafrán sonrió con suficiencia. —Apuesto mi nuevo chal de pashmina. Lady Jersey se puso verde de envidia al verlo.

—Finjo que no he oído eso, Julia —Lady Jersey golpeó la carta con fuerza suficiente para demostrar que no había olvidado la conducta de Antonia en Almack's unos días antes.

Las damas volvieron a su juego de cartas con seriedad. El ambiente en el elegante salón había adquirido una cualidad cargada. Las cartas se deslizaban sobre la mesa. Las fichas se movían y tintineaban mientras el papel de puntuación registraba su progreso. Lady Pembroke y

Antonia perdieron la siguiente ronda por una sola baza.

—¿Deseamos endulzar aún más el bote de apuestas? —preguntó Julia con una mueca de satisfacción.

—Es al mejor de tres —Antonia arrojó otro rollo de billetes de banco a la pila. La pérdida la había desconcertado. La parte fría y autoconservadora de ella le susurraba que debería haber tomado el dinero de Malcolm y huir cuando tuvo la oportunidad.

Podría perderlo todo con un solo giro de cartas. Todas las cinco mil libras, cuando consideraba lo que ya había gastado en vestidos caros para que estas mujeres la vieran como una oponente digna y un insecto que necesitaba ser aplastado para preservar sus *estándares*. Las palmas de Antonia se humedecieron dentro de sus guantes. El papel se deslizó por la mesa.

—Maldición —Julia arrojó la última baza al centro de la mesa—. Estoy fuera. De todos modos, el pashmina no es del color adecuado para mí —Como era una de las pocas mujeres que Antonia había conocido que podía llevar el color dorado profundo y verse encantadora, dudaba que cualquier pashmina tuviera la capacidad de hacerla verse menos que deslumbrante—. Disfrútelo, Lady Jersey, si puede arrebatárselo a nuestra nueva miembro.

—La señorita Lowry puede haberte vencido, pero aún no nos ha vencido a nosotras —dijo la compañera de Lady Jersey, cuyo nombre Antonia desconocía.

Lady Pembroke tocó el brazo de Antonia. —Hace una buena pareja.

—Igual que usted —susurró Antonia en tono conspirativo. Se condenaría antes de admitir ante cualquiera de estas mujeres lo fuera de lugar que se sentía. El orgullo de Antonia le dolía al ver lo rápido que se aferraba a cualquier indicio de amistad. Hace unas semanas, habría despojado alegremente a estas mujeres de su dinero y joyas sin pensarlo dos veces.

Malcolm le había hecho esto. Había despojado sus defensas. Limado sus bordes afilados. Margaret la había ablandado aún más al abrirse paso en su corazón y hacer un nido suave para que descansara. Antonia no se había dado cuenta de lo cansada que estaba de esconderse del mundo hasta que ya no necesitó hacerlo.

—Le deseo suerte. Si pasamos los próximos tres juegos, tenemos una buena oportunidad de llevarnos el bote. No he visto uno tan bueno en meses —Lady Pembroke parecía jubilosa ante la perspectiva.

—¿Cambiamos de pareja en cada ronda? —preguntó Antonia.

—Si quiere, podemos cambiar. Aunque me gusta cómo juega. Estratégica —La anciana se tocó la sien—. Necesitará eso cuando nos enfrentemos a Lady Summervale.

Eso no iba a suceder durante la siguiente ronda. Se enfrentaron a dos mujeres que Antonia no reconocía, y ganaron. Cada vez, ella aumentaba el bote. Cada vez, las otras mujeres seguían ansiosamente. Tiburones del whist, pensó Antonia con pesar mientras se llevaba la última baza ganadora.

Hicieron una breve pausa para refrescarse con té y galletas. El montón de monedas y papel, un pashmina, dos brazaletes de plata y un anillo yacían en un montón obsceno en el centro de la mesa.

Cuando volvieron a tomar sus lugares, Lady Summervale se acomodó pesadamente en la silla. —No tengo más apetito por las apuestas. El bote es suficiente.

Antonia encontró su pálida mirada azul. Metió la mano en su ridículo y sacó un puñado de oro. —Cincuenta guineas.

—He dicho que el premio es lo suficientemente grande —espetó la duquesa viuda.

—¿Teme no poder igualarme? —desafió Antonia.

—Puedo y voy a igualar a cualquier *dama*.

Su presa había mordido el anzuelo. Ahora Antonia tenía que clavar el anzuelo. —¿Está insinuando que no soy una dama?

—Usted no es más que una señorita. Ni siquiera debería estar aquí. ¿Quiénes son sus padres? ¿Qué conexiones la trajeron al seno de gente buena e ingenua como los Evendaw?

—Mi familia permanece en América. Soy dueña de mi propia fortuna. —Sin intimidarse, Antonia miró fijamente a la mujer cuyo amor y dolor por su hija perdida se habían agriado, y vio un reflejo de sí misma. Ella encarnaba un tipo de libertad que irritaba a estas mujeres refinadas cuyas elecciones habían estado limitadas por consideraciones de clase y riqueza.

Su descaro al desafiarlas en su propio castillo hizo que el rostro de Lady Summervale se tornara de un rojo moteado. —"Tomaré mis propias decisiones" es el grito de guerra de una mujer insensata. Nombre su precio, señorita Lowry. La derrotaré aunque me cueste la vida. —La Duquesa se dejó caer en su silla. Sus manos temblaban mientras repartía las cartas y las abanicaba.

—Quiero el collar Llanto del Corazón.

Dieciocho

—APROPIADO —se burló la Duquesa Viuda de Summervale cuando finalmente se recompuso. Grandes carcajadas hicieron que su pecho se agitara y tintineara—. Su última dueña era tan testaruda como usted, señorita Lowry. Mi difunta hija era toda una intelectual mientras vivió. Hasta que conoció al Duque de Havencrest y toda noción de independencia se convirtió en polvo —dijo con amargura—. Todo acabó en dolor, por supuesto. —Lady Summervale se levantó de su silla apoyándose en su bastón—. Espere aquí.

La mujer llamada Julia abrió un abanico y lo agitó con vigor. —¿No fue la difunta Duquesa de Havencrest...?

—Sí —interrumpió Lady Pembroke—. Señorita Lowry. Por favor, siéntese. Me complace ser la compañera de una jugadora tan talentosa.

—Todo es cuestión de suerte —respondió Antonia con modestia. El sonido del bastón golpeando la madera regresó. Lady Pembroke se tocó el anillo de diamantes en su dedo meñique izquierdo. Antonia asintió. Un toque en su nariz significaba picas. Entendido.

—Aquí está —declaró Lady Summervale. Colocó una caja negra en el borde de la mesa de cartas—. El maldito Llanto del Corazón.

Antonia jadeó. Era más pequeño de lo que esperaba, pero el rojo profundo del diamante de fantasía estaba efectivamente tallado en forma de corazón, aproximadamente igual en tamaño a la mitad inferior que le había dado a Malcolm. Delicados remolinos y volutas de filigrana de oro se enroscaban a su alrededor. Mirar la gema era quedar hechizado por la perfección de su forma y color. La caja de terciopelo negro en la que yacía la joya daba la sensación de un ataúd en miniatura. Un profundo sentimiento de temor se alojó en el pecho de Antonia.

—Reparta —dijo Lady Pembroke con brusquedad. Antonia se puso en acción, repartiendo rápidamente las cartas. El primer juego las vio completamente derrotadas. En la segunda ronda, logró conseguir una victoria por los pelos. En la tercera ronda, las cartas se deslizaron silenciosamente sobre la mesa. La compañera de Antonia hizo una forma de corazón con sus manos y luego las juntó. Una señal. Qué apropiado que en la ronda final de cartas, los corazones fueran el palo de triunfo. Antonia se concentró.

Con una última y eficiente recogida de cartas y conteo de puntos, la partida de tres juegos estaba completa.

—Lady Pembroke y la señorita Lowry ganan.

La Duquesa Viuda de Summervale miró, con el rostro pálido, el collar rojo que brillaba en el centro de una vergonzosa riqueza. Un pirata se habría sonrojado al verlo. Antonia no sintió

satisfacción por el daño que había causado.

Se sentía... vacía. No triunfante.

—¿Puedo quedarme con la caja? —susurró la duquesa abatida. La pérdida la había despojado de vitalidad. Era una mujer mayor, pero su personalidad picante se había apagado en un instante.

—Si tiene valor sentimental, entonces sí. Por supuesto. —Antonia se sintió enferma. Su estómago se revolvió y su piel se volvió pegajosa a pesar del cálido fuego en la chimenea.

—Hay un mechón de su cabello en el fondo. —La Duquesa Viuda de Summervale se inclinó sobre la mesa para sacar el collar de su nido. Lo liberó y sacó la almohadilla de terciopelo de la caja para mostrar el mechón oscuro.

Antonia se estremeció, pensando en el medallón escondido en su escondite. Tenía que hacer las paces. Si hubiera perdido, Antonia no habría robado el collar. Malcolm había roto su capacidad de tomar de otros sin remordimientos. La había hecho *preocuparse* por el impacto de sus acciones en otras personas. Por eso, no creía que pudiera perdonarlo.

Bueno. Anthony Lowe sería un hombre de negocios correcto y apropiado. Ni un solo engaño a la vista. Todo lo que tenía que hacer era... vivir una mentira por el resto de su tiempo en esta tierra.

—¿Jenny?

El vello de la nuca de Antonia se erizó. Sally. Tenía razón en que los aristócratas nunca recordaban los rostros de quienes les servían, pero había olvidado que los sirvientes siempre reconocían a sus colegas. Arrogancia de su parte.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó la duquesa.

El corazón de Antonia saltó a su garganta, pero sus instintos se activaron. El Llanto del Corazón se enroscó fácilmente en su agarre. Los planos afilados del diamante facetado se clavaron en su palma.

—¿No es Jenny de la agencia de señoritas de la señorita Dumfries? —Sally miró alrededor como si estuviera aterrorizada de haber cometido un terrible error.

Las facciones del mayordomo Prosboscis se contorsionaron en confirmación.

—Esta es la señorita Antonia Lowry, recientemente llegada de Nueva York —balbuceó Lady Summervale.

—Creo que es mejor que se vaya —intervino Lady Pembroke. Sus manos arrugadas recogieron la baraja de cartas como si no se estuviera desarrollando una crisis ante sus propios ojos. Se elevó un jadeo colectivo.

—Exijo que devuelva el dinero. —Lady Woolryte la atravesó con la mirada. Detrás de su pálido semblante había una palidez que podría haber sido pánico o ira, y probablemente ambas cosas.

—Lo estoy dejando todo. Vine a jugar limpio y justo. Lo he hecho, y me iré. Buenos días, señoras. —Antonia salió del salón de juegos como si los sabuesos del infierno le mordieran los talones. Para esta noche, el nombre de Antonia Lowry estaría manchado más allá de la reparación. Cuanto antes se convirtiera en Anthony Lowe, mejor. Solo quedaba una última cosa por hacer. Entregar el collar. Entonces, podría huir.

Diecinueve

NO SE HABÍA ATREVIDO A TOCAR la puerta del Duque de Havencrest. No importaba que hubiera dejado atrás sus ganancias en la casa de la Duquesa Viuda de Summervale. Tras ser descubierta mintiendo sobre su identidad a las mujeres más poderosas de Inglaterra, Antonia había corrido al único lugar donde sabía que estaría a salvo. Su frío escondite. Había usado unas monedas para enviarle un mensaje a través de un recadero. Esperar su respuesta le dio tiempo para prepararse. Un nudo duro y apretado se había formado bajo su plexo solar.

Por primera vez desde su día en la picota, Antonia se sentía humillada.

Ahora todos aquellos con quienes había pasado meses forjando amistades sabían que había sido una farsante desde el principio.

Una cosa era fingir que estaba por encima de las miradas gélidas y el arribismo social cuando estaba en medio de todo. Sin embargo, al perderlo, Antonia se dio cuenta de que lo que más había disfrutado de su tiempo con la aristocracia era la sensación de pertenencia. Le llevaría años reconstruir eso, si es que alguna vez podía. Después de esta noche, se marcharía. Las piezas estaban en su lugar para que adoptara una identidad masculina. Olvidarse de sentarse en la habitación de una amiga intercambiando secretos inocuos. Antonia pensó en Margaret. Sus ojos le escocieron mientras empacaba sus vestidos en un pequeño baúl para ser arrojado al río. Qué desperdicio de tela. Qué mal uso de su vida.

Ya no había vuelta atrás.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Sombríamente, aún vestida con el traje que había usado para jugar a las cartas, Antonia abrió. —Bienvenido, Malcolm.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Lágrimas calientes amenazaban con caer. Antonia las contuvo parpadeando. —He entregado todo lo que acordamos —sostuvo en alto las mitades brillantes del collar por el que había arriesgado tanto. La tenue luz de la lámpara reflejada en las gemas rojas centelleantes le quemaba los ojos, incluso cuando su imagen se volvía borrosa por la sal de las lágrimas contenidas—. El dinero.

La suya siempre había sido una relación descaradamente económica. Qué tonta había sido al fingir, aunque fuera por un momento, que podría haber sido algo más.

No, la maldición del Grito del Corazón permanecía intacta. No la habían roto.

Havencrest acunó la gema en forma de corazón en sus palmas. Debía ser un truco de la luz, pero Antonia imaginó por un brevísimo instante que palpitaba con vida. Él exploró la parte posterior, encontrando los cierres hábilmente ocultos que unían la mitad superior en forma de

corazón a la sección inferior en forma de lágrima. Juntas, abarcaban cinco pulgadas completas de riqueza y angustia.

—Tu dinero está aquí. Tengo una última petición —la voz de Havencrest se quebró en la última palabra. Tragó saliva visiblemente antes de continuar—. ¿Podrías llevar puesto el Grito del Corazón por unos minutos?

Sin pedírselo, la barbilla de Antonia asintió. —Sí —susurró. ¿Por qué le estaba concediendo este último favor? Cada segundo que permanecía en Londres la ponía en mayor riesgo.

—Deseo... necesito hacer un boceto. Había esperado poder reparar la miniatura, pero sin un modelo y el collar original, no había manera... —Havencrest se interrumpió. A estas alturas, Antonia reconocía su vergüenza cuando la veía.

—Esto nunca fue por poseer la gema, ¿verdad? —preguntó suavemente. Sondear heridas para encontrar su profundidad era una tarea delicada, y una en la que tenía poca práctica.

—No —el aliento de Havencrest se escapó mientras se lo ofrecía.

En silencio, Antonia aceptó el regalo. Havencrest se levantó con un movimiento fluido y se movió detrás de ella. Ella se levantó el cabello con una mano para dejarle abrochar el cierre del primer collar alrededor de su cuello. Le tomó dos intentos. El temblor de sus manos contra su nuca envió una extraña sensación a lo largo de sus nervios que se convirtió en un dolor sombrío en la boca del estómago. El roce de pelo áspero y dedos romos bajo sus palmas hizo que Antonia se estremeciera. El metal frío rozó su cuello. Se calentó rápidamente contra su piel. Antonia dejó caer su cabello.

—Hermoso —susurró Havencrest.

Antonia lo sintió. Un segundo después, él le ofreció los pendientes a juego. Antonia los sacó cuidadosamente de su caja forrada de terciopelo. —Mis orejas no están perforadas —dijo disculpándose.

—No importa. De todos modos, estos no son los originales. Puedo añadir el detalle más tarde. El collar es todo lo que necesito —respondió Havencrest rápidamente, como si tratara de disipar la incomodidad de este extraño ritual.

—Déjame tener la pulsera.

Él la sostuvo, y Antonia deslizó la joya sobre su muñeca.

Se irguió, canalizando la dignidad cansada de su madre. Aunque fuera para una audiencia de uno, esto se sentía como el papel más importante que Antonia había interpretado jamás.

—Necesito que te sientes. Ahí —la voz de Havencrest apenas superaba un susurro.

Antonia obedeció. Se acomodó en la silla que Havencrest indicó. Sus faldas de seda susurraron secretos. Pronto serían reemplazadas por pantalones de lana. Por engaño. Una mujer con dinero era sospechosa. Un hombre con dinero era rico y poderoso. Antonia no tenía ilusiones sobre cuál futuro ofrecía mejores perspectivas. Podía pasar por el mundo como ella misma, y todo lo que le costaría sería su feminidad. Su condición de mujer. Aunque su cuerpo sería el mismo bajo las capas de lino y lana que usaría para ocultar su forma, la idea de que esta fuera la última vez en su vida en que un hombre miraría su cuerpo con adoración en sus ojos le rompió el corazón.

Sus lápices garabateaban sobre el papel mientras ella permanecía en silencio.

Mírame, suplicó Antonia. Una mirada hacia arriba. Él suspiró e hizo un modesto ajuste a una línea. Las cejas de Havencrest se fruncieron y se movieron arriba y abajo. Suspiró, dejó el papel a un lado y empezó de nuevo. Antonia permaneció rígida. Le dolía la espalda, pero no se atrevía a estirarse ni a cambiar de posición. Un doloroso picor comenzó a palpitar sobre su oreja derecha. La mirada intensa de Havencrest oscilaba entre ella y el papel, así que Antonia reprimió

el impulso de rascarse hasta que la sensación se desvaneció.

Pero por mucho que mirara su figura, la atención de Havencrest estaba en el pasado. Antonia se permitió un suspiro de frustración.

—Un minuto más —murmuró—. Ya casi termino. —El lápiz arañaba furiosamente el papel. La espalda de Antonia gritaba pidiendo alivio.

—Malcolm —dijo ella—. Necesito ponerme de pie.

—Sí. Por supuesto. —No apartó los ojos de las joyas en el cuello de ella mientras estiraba sus doloridas piernas y sacudía la magnífica seda de sus faldas. Cuando finalmente se encontró con su mirada, Antonia sintió todo el peso de la maldición del Grito del Corazón. Una vez que un todo se había roto, las dos mitades nunca podrían reunirse. Ninguna cantidad de hábil orfebrería o pulido lapidario podría unir las facetas. Ese poder pertenecía a la tierra, al tiempo y a la historia que se extendía más allá de la memoria mortal.

—Mi nombre de pila es Princess —murmuró, avergonzada como siempre. Peor que nombrar a alguien era dejar que te nombraran.

—Apropiado. —Malcolm se levantó lentamente, su gran presencia ocupando todo el espacio en su pequeña habitación. Acunó la mejilla de ella en su mano. Ella se acurrucó contra su palma, buscando consuelo—. Tienes el porte y la belleza de una. —Su mano se curvó alrededor de la nuca de Antonia, atrayéndola contra su pecho—. Mereces ser tratada como una. Siempre lo mereciste.

—Para —suplicó ella—. Harás que *yo* llore.

—Ellos no merecen ni una sola lágrima. —La boca de Havencrest encontró la suya, y se besaron, con las bocas abiertas y crudas de necesidad—. Tú, Princess, merecías ser mantenida en sedas y joyas. —Rozó sus labios contra su frente—. Como lo estás ahora.

Levantó el dobladillo de su falda. Antonia lo deseaba, pero más que su conexión física, necesitaba algo más. *Dame una señal de que entiendes que nunca se trató del oro*. —Lo que yo quería, Malcolm, era libertad. Cuando tenía quince años, mi madre se casó. A él nunca le gusté, y a mí tampoco me gustó él. Robé mi primer collar ese día. Fui estúpida al respecto y me atraparon.

Havencrest le apretó el pecho a través de las capas de seda brillante. Antonia jadeó y se arqueó hacia él, subiendo sus faldas para montarse a horcajadas sobre su muslo. —¿Qué pasó?

—Pasé una tarde en la picota y me azotaron el trasero. —Sus manos se habían aferrado a las solapas de él mientras dejaba salir las palabras apresuradamente—. Tuve suerte de que no me marcaran.

Havencrest se tensó. Sus brazos a la vez enjaulaban y protegían a Antonia. Inhaló en el escaso espacio entre sus cuerpos. —Eso nunca volverá a pasarte. Lo juro. Me encargaré de que Bow Street deje de buscarte. Encontraré la manera de convencer a mi abuela de que no les hable de ti. Toni, mi princesa, prometo mantenerte a salvo.

La acarició, y Antonia se estremeció de necesidad. Por el tacto, sí, pero también por la conexión. Nunca, en todas las fantasías que había tejido para sí misma a lo largo de los años, había imaginado que la encontraría en los brazos de un arrogante lord en una tierra extranjera. Pero entonces, su vida siempre se había doblado y retorcido hacia lo increíble. Antonia siempre había empujado y tirado hasta que se parecía más a la que ella quería.

Pero todo lo que había hecho era un enredo de cables lo suficientemente afilados como para hacer sangrar.

—No puedes protegerme de lo que he forjado, Malcolm. —Se arqueó hacia él mientras presionaba su boca caliente y abierta por su cuello. Sus rizos se deshicieron y cayeron sobre ellos

como una cortina. El patético fuego en la rejilla de carbón chisporroteó. El aire se cristalizó de frío, pero no importaba, porque su largo cuerpo estaba caliente debajo del suyo. Aflojó su corbatín y lo arrojó a un lado.

Malcolm se recostó en su pequeña y hundida cama, con la espalda contra la pared de yeso agrietada. Era una parodia que estuvieran haciendo esto aquí en su escondite y no en su suntuosa cama, pero de alguna manera, también se sentía correcto. Familiar, si no cómodo.

—Nunca esperé llegar tan lejos con mis engaños —confesó ella. Un botón de la camisa se soltó. Antonia lo colocó en el alféizar de la ventana. El aire frío mordisqueó sus dedos. Esto se sentía importante, ahora que había escalado alturas sociales inimaginables y se había atrevido a hacer lo imposible. O, al menos, lo altamente desaconsejable—. He pasado años creyendo que estaba a un paso de ser atrapada. Apenas me mantuve por delante del magistrado en Nueva York. Cuando falsifiqué mis papeles para venir a Inglaterra, juré parar. Pero nunca tuve suficiente dinero para permitírmelo. Incluso mientras me quedaba con los Kilpatrick y luego con los Evendaw, había una salida constante de dinero para cosas como guantes y tarjetas de visita y cintas que nunca fueron necesarias pero esperadas. Volví a robar sin querer. No tuve elección.

Las manos de Malcolm estaban ocupadas bajo sus faldas, desabrochando, aflojando, acariciando el exterior de sus muslos mientras ella trabajaba en liberar su camisa.

—Todo lo que quiero es dejar de huir —susurró Antonia mientras colocaba el último botón de plata junto a sus compañeros y abría la pechera. Debajo había una camiseta de cambray, a través de la cual eran visibles los pálidos discos planos de sus pezones. Él se inclinó hacia adelante. Los músculos se agruparon y se movieron mientras se despojaba del lino blanco. Antonia se echó hacia atrás para dejarlo moverse. Las enaguas y las medias se arremolinaron alrededor de sus cuerpos. Su vestido suelto se deslizó por sus hombros, dejándola desnuda excepto por el roce de la camisa gris que cubría su cuerpo.

La mirada ardiente y oscura de Malcolm brillaba más que cualquier diamante. Sus manos acunaron los brazos de ella mientras lo besaba abiertamente. Luego, fue su turno de explorarlo con su boca y lengua e inhalar el aroma a cuero y el toque de agua de colonia que persistía en su piel. El pelo disperso en su pecho era áspero contra su lengua mientras lamía su camino por su pecho desnudo. Confrontada con la barrera de sus pantalones, se sentó sobre sus talones. Malcolm se recostó contra la fría pared que apenas los separaba del aullido del viento afuera. El largo borde de la cama presionaba contra su estómago mientras Antonia acariciaba su miembro. Los gruesos muslos sostenían sus antebrazos mientras desabrochaba la solapa de sus pantalones.

—Toni —gimió cuando ella liberó su miembro rígido de su nido de lana y ropa interior. Su polla era tan gruesa que apenas podía cerrar los dedos a su alrededor. Ya resbaladiza de deseo, ansiaba ser llenada. Tenían una sola oportunidad de estar juntos así, y estaba decidida a hacerla durar. Golpeó suavemente la cabeza contra sus labios. Malcolm se estremeció. Sus manos se alzaron como para apartarla, pero en lugar de eso las enterró en su cabello. Alentándola suavemente sin forzarla.

Antonia separó los labios y pasó la lengua por la cabeza mientras agarraba su longitud y la acariciaba. Un gruñido ronco le indicó cuánto le gustaba, así que lo hizo de nuevo antes de inclinar la boca sobre su punta. Su estómago se contrajo de manera interesante. Antonia colocó la palma de su mano libre sobre su ombligo y lo introdujo completamente en su boca. Más profundo. Los músculos trabajaron, y un fascinante sonido húmedo llenó sus oídos como un eco del placer por venir.

Se separó para dar descanso a su mandíbula dolorida. Los ojos de Malcolm se habían entrecerrado en una agonía dichosa. Satisfecha, se balanceó de nuevo sobre sus talones.

—Sube a la cama.

—No nos aguantará.

—Entonces la aplastaremos —declaró con voz ronca—. Que se rompa.

En silencio, ella le pasó un cuadrado de papel. Sin decir palabra, Malcolm se puso el preservativo. Cuando terminó, su mano desapareció bajo el dobladillo de la camisa de ella para posicionar su polla en su entrada. Antonia se acomodó sobre su dura longitud, hizo una pausa, se levantó y lo tomó completamente dentro con un áspero jadeo de satisfacción. Las manos de Malcolm eran bandas de hierro caliente en su cintura mientras Antonia se hundía sobre él una y otra vez. Un pequeño cambio de sus caderas para encontrar el lugar correcto, y-

Ahí. Clavó sus uñas en el músculo triangular que corría entre su cuello y su hombro por encima de las clavículas. —Más fuerte —suplicó.

Una sonrisa pícara tocó la comisura de su boca. —¿Qué tal esto? —Su palma se deslizó sobre su bajo vientre hasta que su pulgar acarició el ápice de su sexo hasta el botón.

—Sí —exhaló mientras el placer apretaba con fuerza su núcleo. Unas pocas caricias rápidas, y la respiración de Antonia se volvió entrecortada. Sin querer, su espalda se arqueó y gritó.

Pero él no había terminado. El áspero ronroneo de su voz en su oído iba acompañado de la textura de la barba incipiente contra su mejilla. Los dientes se cerraron sobre el lóbulo de su oreja. Antonia cerró los ojos e intentó reunir los jirones de razón.

La besó, y la cabeza de Antonia cayó para encontrarse con él. Sus lenguas se encontraron, y los dientes chocaron mientras él la embestía de nuevo, esta vez golpeándola desde abajo. La cama crujió en protesta rítmica. La presión se acumuló y se tensó. Sus pulgares encontraron la parte inferior de sus pechos. Luego las puntas. Un tirón y un giro entre dedos pellizcados, y ella estaba golpeando sus caderas frenéticamente al mismo tiempo que él mientras sonidos salvajes emanaban de su garganta. Medias sílabas brotaron de ella mientras todo se retorcía a la vez en un pulso que se apoderó de todo su cuerpo. Malcolm se hinchó dentro de ella, perdió el control.

Cuando su placer disminuyó, Antonia se encontró acunada en sus brazos, agotada. Cerró los ojos y apoyó la frente en el hueco de su cuello. Una gran mano le acariciaba la nuca.

—¿Ves? La cama resistió...

Crac.

Antonia sintió una caída y una separación abrupta e indeseada de sus cuerpos cuando el catre se derrumbó bajo ellos. Malcolm hizo una mueca y la hizo rodar sobre el colchón con él. Se rieron, riendo en la penumbra de su apartamento refugio mientras yacían enredados.

—Tengo un último favor que pedirte, Antonia —dijo Havencrest mientras acariciaba perezosamente su hombro con la yema del pulgar.

—¿Un favor? ¿Qué te hace pensar que estoy dispuesta a hacer tal cosa? —bromeó Antonia.

Havencrest le rozó la sien con un beso, y Antonia se maravilló de la fuerza bajo la suave piel cubierta de vello áspero. La forma masculina era algo hermoso de contemplar, particularmente la suya. Desnuda en los brazos de este hombre era la primera vez que se había sentido en paz en mucho tiempo. Ahora que se había rendido a ello, no tenía prisa por abandonar el cálido confort de su abrazo. —La parte en efectivo de tu recompensa está en esa bolsa. Es pesada.

—Tengo una espalda fuerte. —La distancia entre ellos creció imperceptiblemente. Antonia lo sintió en el cierre de su corazón que solo momentos antes se había abierto a este hombre privado y silencioso.

—He enviado a mi hombre de negocios para que se encargue de la transferencia de dinero a una cuenta perteneciente al Sr. Anthony Lowe, como acordamos. —Havencrest le alisó el cabello en la sien—. Si a estas alturas no sabes que no te entregaré al magistrado por tus... —le

hizo cosquillas ligeramente, y Antonia se retorció contra él— graves crímenes, entonces nada lo hará. Esto es simplemente un favor entre...

—Entre amantes —sugirió Antonia.

—Entre amigos —terminó torpemente al mismo tiempo.

Amigos. Su corazón se cerró protectoramente como una almeja cerrándose de golpe. Solo había un hombre en su futuro, y su nombre era Anthony Lowe. —¿Qué necesitas? —preguntó. Si le daba un último regalo, tal vez Malcolm entendería el sentimiento que ella no tenía el valor de expresar con palabras.

—Quiero que hagas una última visita a mi abuela. —Havencrest dejó que Antonia se sentara, y ella no pudo decir si él entendía que el escalofrío que recorrió su piel nacía de la aprensión. Había estado tan cerca de ser atrapada. La desaparición era la única opción segura. Sin embargo, una vez que se transformara en Anthony Lowe, próspero comerciante, nunca más podría tener el toque de un hombre sin arriesgar su propia vida. Era casi un precio demasiado alto que pagar, excepto que tampoco estaría revolcándose desnuda con un amante si la colgaban por robo.

—¿Y hacer qué? —preguntó Antonia, tratando de ocultar sus dudas.

—Devolverle el Grito del Corazón.

Veinte

—¿Disculpa? Antonia no podía creer lo que oía. Se apartó del cálido nido y se puso la camisa por la cabeza. —¿Por qué diablos querrías eso, después de todos los problemas para obtenerlo?

—Porque aunque me desprecie, Lady Summervale es mi abuela. Volver a tener el Llanto del Corazón me hizo entender que, por mucho que recuerde con amor a mi madre, no puedo traerla de vuelta. Lo único que puedo hacer es honrarla restaurando su retrato en el salón familiar. Puedo hacer reparar la miniatura basándome en mis bocetos, y entre eso y mis dibujos de ti, un retratista competente debería poder crear el cuadro de tamaño completo para mi galería. Mi madre ya no será una paria. La honraré y, como Duque de Havencrest, otros seguirán mi ejemplo.

—Pensé que significaba todo para ti poseer ese diamante de nuevo —dijo Antonia acusadoramente. Sin el calor de su cuerpo, sus dedos de los pies comenzaban a entumecerse. Se puso el corsé, lo ató lo mejor que pudo y se puso el vestido arrugado. Era una lástima que una dama elegante requiriera tantas capas para volver a ser respetable una vez que había sido lo suficientemente tonta como para dejar que un hombre la desnudara. Toda esa ropa hacía difícil salir furiosa de allí.

—Déjame ayudarte. —Havencrest se había puesto los pantalones y se había echado una camisa por la cabeza. Antonia le dio la espalda y se sujetó el pelo mientras él luchaba con los pequeños botones con sus dedos de puntas romas—. Lo significaba. Pero ahora ha cumplido su propósito. No me importa nada el objeto en sí, solo los recuerdos que lleva consigo. ¿Crees que podrías devolverlo?

La nota de esperanza en su voz golpeó el punto dolorido bajo su plexo solar. —¿Yo?

Havencrest terminó con el último botón. —Sí, tú —dijo después de un momento. La miró con la misma arrogancia con la que la había perseguido. Una ceja se arqueó.

Antonia se giró para enfrentarlo, su falda girando como una campana. —No, Malcolm. Si quieres devolver el collar, eso depende de ti. Pero yo no puedo ayudarte. Después de todo, tú no corres ningún riesgo de ser ahorcado.

—Cierto. Sin embargo, no estoy dispuesto a dañar aún más mi relación con mi abuela. —Havencrest se acarició la barbilla, considerándolo.

—Yo estoy igualmente poco dispuesta a involucrarme más en este desventurado asunto familiar. —Antonia levantó la barbilla obstinadamente, como si mantenerla alta pudiera hacer que las lágrimas retrocedieran y no se derramaran. Además, ahora que el maldito hombre se cernía sobre ella, con el pecho desnudo y los pantalones apenas abrochados, tenía que mirar

hacia arriba para encontrarse con su mirada—. Necesitáis hablar entre vosotros.

Él frunció el ceño. —Mi abuela no quiere verme.

—¿Cuándo lo has intentado, Malcolm? —preguntó Antonia.

Su mandíbula se tensó. —Mi abuela estaba presente la noche en que la mujer con la que estaba comprometido me dejó. No recibí la noticia de buena manera, por decirlo suavemente. Confirmé sus peores temores sobre mi padre.

—¿Qué crees que temía ella? —preguntó Antonia, temiendo la respuesta.

—Que me había vuelto como él —respondió Malcolm. Terminó de abrochar los gemelos de su camisa—. Egoísta. Hiriente cuando creía que podía conseguir una risa. Era esas cosas, pero esa noche vi lo que me había costado. Empecé a intentar cambiar. Supongo que no me he transformado tanto como pensaba. —Se inclinó para besarle la mejilla—. Pensé que este era el final de mi intento de reconciliar a mis padres y dejar su influencia en el pasado.

Antonia le dio una pequeña sonrisa pálida. —Parece que es solo el principio. —Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta—. No puedo ayudarte más, Malcolm. Decide qué quieres hacer con el Llanto del Corazón. Pero deberías saber que Lady Summervale tiene un retrato de tu madre. Lo vi la tarde que pasé trabajando como doncella. Quizás no necesites recrear tus recuerdos. Si te esforzaras por reconciliarte con ella, podrías pedirle a tu abuela que te deje el cuadro cuando ella... ya no esté.

Dejándolo solo en el mundo, igual que ella.

—Debería habértelo dicho antes —dijo Antonia suavemente—. No lo pensé hasta esta noche. Las piezas estaban ahí, por supuesto. No te estoy acusando de ocultarlo, pero no comprendí la importancia hasta que me lo contaste.

Malcolm inclinó su cabeza hacia la de ella. —Te pediría que te quedaras si no pusiera tu vida en riesgo.

—Pero la pone —susurró ella—. Debo desaparecer.

—Podríamos casarnos. —Pero por la desesperanza en su voz, Antonia sabía que no lo decía en serio. Su instinto se probó correcto cuando continuó—: Habría bastante alboroto, por supuesto. Pero estarías a salvo bajo la influencia de un duque.

—No le haré eso a Margaret —declaró Antonia, alejándose para resistir mejor la tentación de lanzarse a sus brazos.

—¡Tu amiga ni siquiera quiere casarse conmigo! —exclamó él, y Antonia dio un respingo.

—Ni tú con ella. Y sin embargo, es lo que todos esperan. Será el escándalo del siglo si rechazaras a la hermana de un conde por una simple americana. Una criminal, además. —Las manos de Antonia temblaban de frío y rabia. Apoyada con el trasero contra la mesa destartalada, se preguntó si habría otro mueble reducido a astillas hoy.

—No temo a los escándalos —declaró Malcolm como si eso lo hiciera noble.

—Bueno, yo no estoy dispuesta a convertirme en uno —espetó Antonia—. Más de lo que ya lo he hecho.

Él frunció el ceño y agarró su abrigo. —Tal vez me case con Margaret después de todo —siseó.

Antonia se burló. —Como si ella te aceptara —. Esto estaba mejor. Ira. Conflicto. Una clara separación de caminos—. Margaret te dejará en el instante que sepa que me he ido para siempre.

—Justo como lo hizo mi prometida —respondió Malcolm con amargura—. Quizás mi padre tenía razón sobre las mujeres después de todo.

Cerró la puerta de un golpe tan fuerte que hizo temblar las bisagras. Antonia exhaló un suspiro tembloroso. El dolor apretado y duro bajo sus costillas se intensificó. Antonia juró que

esta sería la última vez que dejaría que otro ser humano se colara en su corazón. Le había llevado meses confiar en una amiga y en un amante, y en dos días, los había perdido a ambos. Peor aún, había puesto en riesgo la reputación de Margaret. La noticia de la apuesta de Antonia, el dinero que había gastado y su exigencia del Heart's Cry sin duda ya se habrían difundido. Los Evendaw debían estar horrorizados de haber albergado a semejante víbora entre ellos. Preocuparse por los demás nunca traía nada bueno.

Antonia se quitó el vestido y lo metió en el baúl. En unos momentos, la ropa de hombre mal ajustada estaba abrochada alrededor de su cuerpo. Tiró de la tapa de su escondite y metió el puño. Sacó el medallón barato de hojalata. *Edith Webber. Idless.*

El problema de preocuparse por los demás era que no se podía apagar como un grifo cuando te arrancaban el corazón y lo pisoteaban. Malcolm lo había intentado, pero al final no había podido dejar de amar a sus padres sin importar cuán profundamente lo hubieran herido. Antonia le había permitido colarse en su corazón, y ahora no tenía nada más que un montón de sentimientos complicados con los que no sabía qué hacer. Sin duda, ella estaría hablando con los Bow Street runners ahora. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que la encontraran?

Sentimientos. Cosas tan inútiles. Los nervios de Antonia vibraban con la necesidad de deshacerse de ellos. Apretó el medallón con tanta fuerza que se le clavó en la palma.

Los Webber probablemente necesitaban dinero. Por primera vez en su vida, Antonia tenía de sobra. Mostró los dientes a la oscuridad.

El nuevo comienzo de Anthony Lowe tendría que esperar unos días más.



Malcolm no recordaba haber pisado nunca los escalones de la casa de los Summervale en la ciudad en todos sus treinta y seis años. Ciertamente, la que ocupaba su abuela era una de varias, y la más pequeña de sus propiedades urbanas.

No recordaba haberse sentido nunca tan vacío.

Antonia se había ido.

Sin embargo, estaba temblando en el portal de su abuela en la penumbra del atardecer, con sus fieles lacayos montando guardia, en lugar de ir tras ella.

—Mi señora no desea verlo, Su Gracia —entonó el sirviente de Lady Summervale. Malcolm suspiró.

Si fuera su padre, haría una de dos cosas. O asaltar el castillo y exigir hablar con ella, o marcharse ofendido y pasar el próximo mes afilando su lengua a costa de ella.

Malcolm no era su padre.

Intentó un nuevo camino. Humildad. —Estoy aquí para devolver algo de valor.

El mayordomo empolvado lo miró con escepticismo.

—Específicamente, el collar de mi madre —esperó. El mayordomo había sido entrenado para no mostrar emociones. Sin embargo, Malcolm vio cómo su frente se arrugaba en pliegues de asombro.

—Por favor, entre —el hombre se inclinó y lo admitió en el bien amueblado salón. Aquí debía ser donde Antonia había despojado a su abuela de su gema favorita—. Si me permite apelar a su paciencia.

—Vaya, señor —otra manera en la que se había desviado de su padre. Malcolm prescindía de las formalidades cuando le convenía. El anterior Duque de Havencrest se deleitaba con su estatus.

La sombra de su abuela iba acompañada por el golpeteo de su bastón. La mancha oscura y sin forma se encogió mientras se acercaba. ¿Hacía solo una semana que la había visto desplegando su aguda desaprobación al mundo? Esta noche la seda gris y el encaje eran los mismos, pero su vitalidad se había agotado.

Él le había hecho esto. —Abuela —comenzó y se preparó para su desaprobación.

—¿A qué debo el placer de tu visita? —preguntó Lady Summervale con cauta formalidad.

—Deseo devolverle algo —sacó una bolsa de terciopelo negro de su bolsillo. El oro brilló a la luz del fuego. Su diamante se volvió líquido. Cautivador. La anciana lo contempló durante un largo y sombrío minuto.

—Gracias, Malcolm. No lo quiero de vuelta —se dio la vuelta como si fuera a dejarlo.

—¿Por qué no?

La pregunta salió de su boca antes de que pudiera retractarse. Ella se detuvo como si lo estuviera considerando.

—De todos modos, debería pertenecerte a ti.

¿Qué se suponía que debía decir a eso? Malcolm se debatió, impotente, esperando que la inspiración lo golpeara. Nada. —Ella se lo dio a usted.

—Era para guardarlo —insistió su abuela.

—Ella pensó que podría romper la maldición separando las dos mitades principales —ofreció, vacilante.

—No hay ninguna maldición —Lady Summervale se burló—. Esa tonta historia se difundió para hacer las gemas más valiosas en la subasta. Pero se le metió en la cabeza a tu madre que podía romper la maldición. Era un signo de su enfermedad.

—¿Enfermedad? —repitió él.

—Tu madre nació con el corazón pesado. Es triste decirlo, pero es cierto. Se sumergió apasionadamente en los libros, y luego, cuando apareció tu padre, estaba decidida a que funcionara con él —la duquesa inhaló—. Fue duro para tu padre. No es que él lo manejara bien, entiéndeme.

¿Duro? ¿Para su padre? La mente de Malcolm daba vueltas. Colocó el Heart's Cry sobre la mesa cercana. Dos aretes con hilos de alambre enmarcando cada mitad del collar. Una hermosa creación de oro y rojo.

—Era un bonito conjunto. A tu madre le gustaban los símbolos. Me temo que se aferró al nombre y a la historia —la dama trazó el contorno del collar con la punta de su dedo.

—Lo siento.

Las palabras fueron como una presa rompiéndose. —Debería haber venido hace años. He desperdiciado tanto tiempo.

Su abuela lo miró con ojos azules acuosos. —Tengo un carruaje. Sé dónde vives. Después de que esa chica rechazara justamente tu propuesta de matrimonio en Almack's, pensé que eras igual que tu padre. Pero durante las últimas semanas he llegado a arrepentirme de haberte evitado durante tanto tiempo, Malcolm —. Abrió sus brazos. Él tuvo que inclinarse para caber en su abrazo. Su abuela olía ligeramente a lavanda y polvos. Las lágrimas le escocieron en los párpados, calientes y molestas.

—Ojalá hubiera dado yo el primer paso en lugar de empujarte a contratar a esa mujer para que me quitara el collar —sollozó en su hombro.

—Esa mujer se ha ido —la tranquilizó Malcolm. Su corazón latía con arrepentimiento.

—No —jadeó Lady Summervale—. ¿No me digas que la dejaste marcharse?

Malcolm tuvo la vertiginosa sensación de que había perseguido el objetivo equivocado. —

¿No va a denunciarla?

—¿Denunciar a la señorita Lowry? ¿Por qué? Aposté la joya. Sabía que ustedes dos tramaban algo. Nunca pensé que simplemente la dejarías ir —. Agarró sus antebrazos con una fuerza sorprendente.

—Era la única forma de protegerla —dijo, pero Malcolm supo que estaba equivocado antes de que su abuela pusiera los ojos en blanco.

—No, Malcolm. Con todo el esfuerzo que pusiste en recuperar el collar de tu madre, estaba segura de que ibas a casarte con ella. Si no lo hubiera creído, jamás habría apostado esa estúpida cosa en primer lugar —. Temblaba por la fuerza de su convicción—. Malcolm. Debes ir a buscarla y traerla de vuelta.

El cuerpo de Malcolm se heló. —Abuela. No puedo. No sé adónde va.

Ella lo miró con seriedad. —Quizás haya algo de cierto en la maldición después de todo.

—No —. Negó con la cabeza—. Solo un montón de estupidez interponiéndose en el camino de lo más valioso de todo.

—¿Que es? —le instó la duquesa.

—El amor.

Ella le dio una débil sonrisa. —Ahí está. Ahora sal de mi casa y ve a buscarla.

Veintiuno

ANTHONY LOWE ERA un bebé crecido, se quejó Antonia para sus adentros. Se suponía que debía ser fuerte, pero la pesada bolsa de dinero le hacía doler la espalda y le provocaba calambres en el cuello. Nadie iba a ofrecerle ayuda a ella, o a él, o lo que fuera ahora. Tampoco la aceptaría si alguien lo hiciera.

—Sube esta colina, cobarde —se regañó a sí misma, resoplando cada palabra entre dientes. El dinero tintineaba mientras cambiaba de posición la áspera bolsa. Con un giro bancario escondido de forma segura en el corsé que había alterado para aplanar en lugar de sostener sus pechos, estaba en posesión de más monedas de las que sabía qué hacer.

Era hora de que Anthony Lowe hiciera su aparición. Una ruptura final con el pasado de Antonia Lowry antes de sumergirse en una nueva persona.

Sin embargo, había un recado que ya no podía posponer.

La señorita Edith Webber, cuyo cuerpo Antonia había arrojado sin ceremonias a un río hace apenas dos semanas, merecía reunirse con su familia. El hecho de que ella no pudiera reconciliarse con su propia madre no significaba que la mujer cuyo cuerpo había tratado con tanto desdén insensible tuviera que sufrir una separación permanente también. Por centésima vez en los últimos dos días, sacó el medallón de su bolsillo y leyó la inscripción.

Edith Webber. N. 1806, Idless, Cornwall.

La tumba de Edith necesitaba una lápida, y Anthony Lowe estaba decidido a darles una. O al menos, entregar una bolsa llena de dinero y un medallón con un recorte de un panfleto para que la familia hiciera la conexión. No dependía de ella lo que hicieran con su botín.

Era su primer acto como la nueva y decente persona en la que pretendía convertirse. Anthony Lowe iba en ascenso. Tenía suficiente para establecerse. Comprar un negocio. Mezclarse. Ser...

Aburrido.

Los dedos de los pies de Antonia le apretaban en las botas de hombre ligeramente pequeñas. La fricción poco familiar de la tela entre sus muslos le recordó el áspero roce de la lana contra su piel más suave. Como si los recuerdos de Malcolm estuvieran alguna vez lejos de su mente.

La colina no había sido particularmente empinada, pero Antonia había estado arrastrando esta pesada bolsa durante la mayor parte de una hora. Fue con considerable alivio que divisó la destartalada cabaña de los Webber. Una mujer pequeña con un vientre redondo barría el escalón de la entrada.

—Buenos días —llamó Antonia. Su voz sonaba demasiado femenina para sus propios oídos. Avergonzada, se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. ¿Es esta la residencia de los

Webber?

La mujer arqueó la espalda y se ajustó un pesado chal de lana.

—Lo es. Mi marido no está aquí.

—¿Es usted la señora Webber? —preguntó Antonia con su mejor imitación de voz masculina. Era la misma que había usado con su contacto, pero mientras él respondía con cuidadosa neutralidad, la expresión de esta mujer se torció en una mirada sospechosa.

—Señora Leakes, ahora. Fui Webber hasta mi matrimonio —Hizo un gesto hacia su estómago, como diciendo, *tonto*.

—¿Tiene una hermana llamada Edith? —preguntó Antonia. El rostro de la señora Leakes se recompuso en una esperanza cautelosa.

—Sí. Se escapó a Londres para buscar fortuna en el teatro, para nuestra desgracia. No hemos tenido noticias de ella en meses. ¿Tiene noticias suyas?

Antonia se descolgó la bolsa de dinero del hombro y avanzó por el camino. Sus palmas tenían ampollas donde las asas de cuero habían arrugado el cuero de sus guantes y se habían frotado con cada paso.

—Me pidieron que le entregara esto.

Dejó caer la bolsa en los escalones.

—¿Qué es? —Como si pudiera haber alguna duda.

—Los efectos personales de la señorita Webber. Me pidieron que los entregara a la familia.

—¿Dónde está ella?

Antonia vaciló.

—Edith está muerta. Esto fue encontrado entre sus efectos personales por el gerente del teatro.

Mentiras. Más mentiras. Había jurado comenzar su nueva vida como hombre sin ellas, pero ¿cómo podía hacerlo cuando estaba fabricando su propia identidad?

Este no era el camino a seguir. Antonia tragó saliva.

—Solo sé que el cuerpo de su hermana fue sacado del río y enterrado de forma anónima. Hay un aviso en la bolsa con las coordenadas, si desea hacer una lápida. No depende de mí lo que haga con el dinero.

Mencionar al resurreccionista parecía innecesariamente cruel, así que Antonia no lo hizo. Otra falsedad. La pesaban tanto como lo había hecho esa bolsa. Cada moneda una mentira. Un pedazo de su alma vendido por unos momentos de libertad. Cada minuto robado una cadena que la retenía.

Pero un hecho ineludible la atravesó mientras depositaba el bulto a los pies de esta pequeña mujer. No podía convertirse en Anthony Lowe. Él era y seguiría siendo una ficción conveniente para ser sacada a relucir cuando lo necesitara. Eso era todo.

Antonia había terminado de vivir mentiras.

La hermana de Edith Webber miró fijamente la bolsa caída. Las lágrimas llenaron sus ojos.

—Nunca esperamos que volviera. Lo esperábamos, por supuesto. Por eso le compramos el medallón antes de que Edith se fuera.

—Lo siento —Cambió el peso de un pie a otro. Una palabra tan inadecuada para la gravedad de esta conversación. Aunque el día había sido relativamente cálido para mediados de febrero, había estado fuera durante mucho tiempo y el frío comenzaba a colarse en sus huesos. No importaba cuán poco quisiera moverse, tenía un largo camino de vuelta a la ciudad, también.

—Gracias por traernos sus pertenencias —gritó la señora Leakes tras ella. Antonia debería ayudarla a llevar la bolsa a su cabaña. Sin embargo, sus pies sentían un tirón irresistible en una

dirección diferente. Casi tropezó cuando todo su cuerpo se torció hacia la dirección de la que había venido hacía menos de un cuarto de hora.

A mitad de camino de vuelta por la colina, el sonido de cascos de caballos retumbó sobre la tierra compacta. Antonia conocía ese sonido. Le provocó bilis en la garganta. El mundo se volvió gris en los bordes mientras un terror intenso se apoderaba de sus entrañas.

Estaba intentando arreglar las cosas.

Puede que los jinetes veloces no vinieran por ella. Sin embargo, en su mañana de vagabundeos por Idless preguntando por la familia Webber —y luego, identificando qué rama tenía la relación más directa con Edith—, Antonia había visto quizás a un puñado de personas. Ninguna había bajado por este camino adormilado que serpenteaba por el campo hacia las granjas, y más allá hacia las minas de estaño y cobre.

Dos formas corpulentas encorvadas sobre caballos gris y bayo la divisaron y se detuvieron rápidamente. Antonia se apartó a un lado del camino.

—Tú, chico. ¿Has visto a una mujer?

Las rodillas de Antonia casi cedieron. —Arriba en la granja —croó con una voz demasiado femenina para sus propios oídos.

—En este camino, ¿has visto a una mujer viajando con un saco pesado en la última media hora más o menos? —exigió un hombre de aspecto duro sobre el inquieto caballo gris.

—No. Solo yo, señor —su acento americano se asomó por los bordes de sus vocales, aplanándolas en un arrastre que seguramente la delataría.

—¿Qué granja? —demandó el hombre en el bayo de flancos jadeantes.

—La... —*Piensa, mujer. Una mentira más para salvarte y luego podrás parar para siempre.* — La de los Webber.

El jinete del caballo gris frunció el ceño. —Y no viste a una mujer. ¿Estás seguro?

Su corazón se detuvo. La habían atrapado. Antonia sería ahorcada. ¿Cuándo aprendería que preocuparse por la gente nunca causaba más que problemas? Todos sus instintos le gritaban que huyera, o que se arrojara al suelo y suplicara clemencia. Sin embargo, parecía que su tiempo aún no había terminado, pues el Jinete del Bayo escupió en la tierra fría y gruñó: —No sabe nada. Ella no puede estar muy lejos. Estamos perdiendo el tiempo.

Los dos hombres se alejaron a toda prisa. El cuerpo de Antonia se desplomó de alivio, demasiado pesado y débil para moverse. Había sido sencillo deshacerse de la falda y la chaqueta en favor de los pantalones que ya llevaba puestos y una chaqueta y abrigo de hombre bien ajustados. Con un giro de su cabello bajo un sombrero que lo ocultaba, había entrado en la aldea como un hombre. Su baúl personal la esperaba a su regreso en la posada, si tan solo sus piernas encontraran la fuerza para llevarla hasta allí. Antonia puso un pie delante del otro. El mundo no giró ni se desvaneció. La sostuvo. El aire frío entró en sus pulmones y le quemó la garganta. La humedad se adhirió a su piel y empapó su camisa interior donde se volvió pegajosa con el frío.

Viviría para mentir otro día.

Antonia estaba tan cansada de las mentiras.

Sus piernas cansadas la arrastraron colina abajo. Al llegar al fondo, se detuvo a descansar en un viejo tocón de roble. En un cuarto de hora más o menos, regresaría a la posada, pediría una comida y recogería su equipaje. Y entonces... ¿entonces qué? ¿Adónde iría? París había sido una opción, pero no había aprendido francés. ¿Escocia? ¿Irlanda? ¿O hacia el sur, a España?

Antonia finalmente había dejado de huir. No porque hubiera encontrado un sentido de pertenencia o satisfacción. Porque había dejado al único amigo que le había importado. Peor aún, lo había abandonado. El hombre amable y gentil a quien la vida había obsequiado con más

riqueza material de la que cualquier hombre necesitaba y lo había cargado con padres que no podían amarse el uno al otro.

El miedo al dolor la había llevado hasta aquí. Sin embargo, había terminado en un pueblo de unos cientos de almas en Cornualles sin saber quién era ya. Todo lo que le importaba estaba de vuelta por este camino. Todo lo que tenía que hacer era seguirlo hasta Idless, volver a subir a una diligencia y viajar por caminos más largos y concurridos hasta llegar a Londres. Daría su vida por una oportunidad más de tocar el rostro de Malcolm.

El sonido de cascos de caballos sobre tierra compacta la hizo tragar con pesar. Su maldición siempre había sido una incapacidad para contentarse con lo que tenía. Debería levantarse. Alejarse de este desolado tronco de árbol que sostenía su trasero lejos del suelo frío. Luchar por mantenerse con vida. Sin embargo, de repente, a Antonia ya no le importaba si la atrapaban y la castigaban por sus crímenes. Que Bow Street se la llevara.

—¿Señorita Lowry? —llamó un hombre. Su barbilla se alzó de golpe, y Antonia se horrorizó al descubrir que sus mejillas estaban húmedas de lágrimas. Conmocionada, se puso de pie rápidamente. Su trasero estaba entumecido, sus manos tan frías que las bases de las uñas se habían vuelto azules, y su estómago vacío de comida, pero la incomodidad física se desvaneció cuando la esperanza la inundó. El cochero de Havencrest.

—¡Sí! —gritó, saludando con la mano. El gran carruaje negro se acercó pesadamente. Antes de que se detuviera, la puerta se abrió de golpe y Havencrest saltó fuera. Tropezó un poco cuando sus pies tocaron el suelo, se enderezó y la agarró por la cintura.

—Estás a salvo. Antonia —besos, cálidos y revitalizantes, llovieron sobre sus mejillas.

—Estaba volviendo —jadeó. Las palabras eran verdad, no mentiras, y brotaron de su misma alma—. No podía dejarte. Aunque lo hice. Tenía una última cosa que lograr y cuando terminé, ya no tenía motivos para huir.

Havencrest la levantó sin esfuerzo en sus brazos. Antonia bien podría haber levitado en su abrazo. Había intentado huir de su dolor. Al hacerlo, había abandonado toda esperanza de felicidad. Preocuparse por los demás significaba dolor, pero por primera vez que podía recordar, su corazón latía libre con una alegría salvaje. Sus manos se aferraron a los oscuros mechones de Havencrest. Su sombrero se ladeó sobre su frente. Bajo el ala maltratada, besó y tocó su rostro como para asegurarse de que era real.

Él había venido por ella.

Havencrest se quedó inmóvil. Los pies de Antonia tocaron el suelo y se quedó de pie, escuchando. Cascos de caballos.

No. Ahora no, cuando tenía tanto que perder.

—Entra en el carruaje —exigió Malcolm. Antonia se lanzó hacia la puerta. La chaqueta del lacayo se movió cuando fue a abrirla. El pavor ralentizó el tiempo. Se cerró de golpe detrás de ella y se bloqueó desde fuera.

Confía en él.

Antonia había pasado tanto tiempo sin confiar en nadie más que en sí misma que ya no estaba segura de saber cómo hacerlo. Permaneció inmóvil en el asiento. Sus dedos de los pies hormiguearon cuando el calor de un ladrillo se filtró en ellos, devolviendo la vida a sus dígitos entumecidos.

Apoyó la cabeza contra los cojines. El sombrero cayó sobre el asiento de cuero a su lado y quedó en un montón aplastado. Sus oscuras trenzas se soltaron del moño en el que las había recogido y cayeron sobre sus hombros. Antonia escuchó. Esperaba con tanta fuerza que su cuerpo comenzó a temblar como si fuera a derribar los muros que protegían su corazón.

Los dos hombres a caballo a quienes había seguido durante dos días bajaron la colina a toda velocidad. Sus corceles habían estado frescos hace una hora cuando cambiaron de caballos, pero ahora la espuma salpicaba los flancos de los animales. Los hombres de Bow Street habían cabalgado duro para encontrar a Antonia.

—¿Ha visto a una mujer vestida de hombre? —exigió el primer hombre sin preámbulos.

—No —mintió Malcolm lacónicamente. Besado a una mujer vestida de hombre, sí. Aunque había tenido los ojos cerrados—. ¿Quién pregunta?

—Sam Higley, de Bow Street. Mi compañero y yo trabajamos en nombre de seis buenas familias que han sido privadas de sus joyas por una ladrona depravada que se hace pasar por una mujer estadounidense llamada señorita Antonia Lowry. Creemos que recientemente ha entregado una bolsa de monedas de oro a la familia de una mujer que fue sacada del río Támesis hace poco.

—No entiendo —respondió Malcolm lentamente. Realmente debería viajar más a menudo en un coche sin distintivos. Sin un escudo que les informara, estos hombres no tenían idea de quién era él.

—Tenemos motivos para creer que el dinero provenía de la venta de dichas joyas.

—Perdonen mi falta de inteligencia, amables caballeros —dijo Malcolm, con una leve condescendencia y una breve reverencia—. No entiendo por qué una mujer robaría joyas para dárselas a la familia.

—Creemos que puede haber asesinado a la mujer —pero una nota de incertidumbre se coló en la voz del hombre.

—Entonces, ¿por qué querría enmendar las cosas? Suponiendo que sea realmente tan fría de corazón.

—Las mujeres tienen corazones más blandos. Apostaría a que la señorita Lowry fue tocada por el remordimiento —se removió en su caballo.

La boca de Malcolm se estiró en la sonrisa lobuna que había usado para intimidar a tanta gente. Hasta Antonia, había funcionado de maravilla. Y lo hizo de nuevo ahora.

—Lamento informarles que yo soy la fuente del dinero entregado recientemente a la familia Webber —Malcolm adoptó un toque de humildad tímida como si se viera obligado a revelar su papel—. Soy el Duque de Havencrest, y tengo el deber de demostrar compasión. Me conmovió la muerte de la difunta señorita Webber. Pagué para que fuera enterrada. Una vez que descubrí su verdadera identidad, envié a un muchacho por delante para entregar el dinero. Todo debía ser bastante secreto, entienden.

—Vos... Vuestra Gracia —murmuró el hombre sentado a horcajadas sobre el caballo bayo. Su montura tiró de las riendas como si estuviera ansiosa por irse.

—Les aconsejo que busquen al culpable de las gemas robadas de sus clientes en otro lugar, buenos caballeros. La señorita Lowry ha realizado un breve viaje para visitar a sus amigos. A su regreso, la señorita Lowry será la próxima Duquesa de Havencrest. ¿Me explico con claridad?

Pasó un largo momento.

—Señor —el nervioso caballo gris de Higley dio un paso lateral. Utilizó esto como excusa para no encontrarse con la mirada de Malcolm. Lo correcto habría sido que ambos hombres desmontaran para poder mantener una conversación civil como hombres adultos, pero no importaba. Mantener a estos dos a caballo los ponía en la mejor posición para irse, con toda la prontitud posible.

—Encuentren otro chivo expiatorio. Edith Webber, por ejemplo, no está en posición de

protestar que su nombre sea arrastrado por el barro. Háganlo en silencio. En lo que respecta a la familia, la señorita Weber era una actriz trabajadora. No debe repetirse a la familia. Ya han soportado suficiente dolor —Malcolm sacó una bolsa pesada de su bolsillo—. Confío en que esta sea una compensación adecuada por sus esfuerzos para limpiar el buen nombre de la señorita Lowry. Los cuales comienzan —arrojó la bolsa de cuero a Higley, quien casi se cae de su caballo tratando de atraparla— ahora.

El hombre encaramado sobre el caballo bayo tocó el ala de su sombrero.

—Entendido, Vuestra Gracia. Si alguna vez se encuentra en necesidad de dos investigadores competentes y honestos, Higley y yo estamos a su servicio.

Considerando la forma en que acababa de sobornarlos, Malcolm albergaba dudas sobre la honestidad de los hombres, pero todo lo que dijo fue:

—Gracias, caballeros. Les deseo un buen día.

Se fueron tan rápido como sus caballos podían llevarlos. Malcolm se dirigió al coche donde su lacayo montaba guardia.

—Mi gratitud por su protección.

El lacayo se sobresaltó.

—Señor.

—Puede retirarse.

El lacayo uniformado hizo una reverencia y se movió para abrir la puerta. Dentro, Antonia había acurrucado su cuerpo en el asiento debajo de una manta cálida. Su rostro había perdido la palidez y el calor sonrosaba sus mejillas. Era suave y fuerte, obstinada y maravillada. La visión de ella hizo que su corazón latiera con fuerza.

—Magistral —dijo Antonia mientras una sonrisa florecía en sus mejillas—. ¿Lo decías en serio?

—Cada palabra —Malcolm se subió al coche y se acomodó bajo las piernas de ella—. Si me hicieras el honor de ser mi duquesa, te estaría muy agradecido.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó ella. El coche se inclinó y gimió mientras el conductor lo persuadía a hacer un giro complicado. Tenían un largo camino por delante—. Pensé que nunca tenías la intención de casarte.

—En el momento en que me alejé furioso de tu escondite, sentí intensamente lo infantil que he sido en toda esta aventura —dijo con pesar. Los cordones de sus botas serpenteaban a través de los agujeros. El cuero se aflojó y se abrió. Arrojó una al suelo, luego la otra, y le masajeó los pies a través de las medias—. Te obligué a participar en mi plan porque no podía obligarme a *pedirte* ayuda. De la misma manera que no podía obligarme a hablar con mi abuela. Pero en el momento en que lo hice, ¿Toni? Lady Summervale me dio la bienvenida a su casa —la besó—. El Grito del Corazón solo fue un símbolo. La verdadera joya fuiste tú, todo el tiempo, Antonia.

La mujer que había ganado su corazón se acercó. Su talón se clavó en el muslo de él mientras cambiaba de posición para arrodillarse en el asiento a su lado. —Creo que esto rompe la maldición —susurró, acunando el rostro de él entre sus manos y juntando su frente con la de él —. El verdadero daño se produce cuando valoramos el estatus más que a las personas que amamos, como hizo tu padre cuando ignoró los sentimientos de tu madre y tomó una amante. O cuando valoramos un costoso collar de diamantes y oro por encima del significado que tenía para tu madre darles a ti y a tu abuela cada una mitad. Ella quería que se unieran, ¿no es así?

—Eres tan perspicaz como siempre, señorita Lowry —sus manos encontraron su camino bajo la camisa blanca hasta los cordones de su corsé demasiado apretado—. O la frustración especial de una madre hacia una hija que no cede ante sus mayores.

Antonia se quedó quieta. —He sido culpable de lo mismo. Pero en el momento en que entregué esa bolsa de dinero a la familia Webber, supe que ya no podía seguir huyendo. No puedo mentir más. Aunque no me arrepiento de haber tomado ese camino. Perseguir mi idea de libertad me trajo hasta ti, y la encontré aquí, en tus brazos.

Antonia rozó sus labios con los de él. Malcolm sintió ese movimiento reverberar en su pecho. Abrió la boca y saboreó, buscando y encontrando. Su igual en todo. Su amor.

—Princesa —suspiró, preguntándose cómo reaccionaría ella al escuchar su verdadero nombre—. No puedo hacerte princesa de verdad, pero te haré duquesa si me lo permites. ¿Puede ser eso suficiente?

—Sí. Nunca quise ser princesa, ni de nombre ni de título. No me importa el título, Malcolm, pero como viene contigo, supongo que tendré que aceptarlo —se echó hacia atrás sobre sus talones y sonrió.

—¿Sabes qué más viene con ello, verdad? —rió entre dientes.

—¿Vestidos elegantes?

—Joyas —sonrió lobunamente—. Muchas, muchas joyas de todo tipo.

Antonia echó la cabeza hacia atrás y rió. —Qué apropiado. Ya no tendré que robarlas.

—No, tus días de ladrona, Antonia, se han acabado para siempre. Ya te has llevado lo más valioso de todo. Mi corazón. Te lo confío para que lo guardes —su beso se rompió, y él susurró contra sus labios—: Para siempre.

Epílogo

—HAY UNA CARTA PARA TI. Malcolm curvó una mano sobre el hombro de Antonia. Reconfortante. Protector.

Antonia no recibía muchas cartas. Invitaciones, sí. Pero aparte de Margaret y las hermanas Kilpatrick, ¿quién se preocupaba lo suficiente como para gastar el papel?

Su madre, aunque solo fuera para recriminarla. Antonia Hepworth Dunn, Duquesa de Havencrest, cruzó el extremo de la mesa del almuerzo y aparcó su trasero envuelto en seda de manera muy impropia en el regazo de su marido.

—¿Ah, sí?

La mano de él encontró su cintura mientras Antonia abría la carta pegada. Nada de cera elegante para su madre. Si ella la dejara, Antonia tenía la intención de rectificar eso. Habían pasado seis meses desde que ella y Malcolm se habían casado con una licencia especial en una pequeña ceremonia privada. Margaret había asistido. Los Evandaw no.

La Duquesa Viuda de Summervale había aparecido luciendo el collar Heart's Cry.

—Desafío a este diamante a que me maldiga.

Los barcos tardaban meses en cruzar el Atlántico. En este caso, se podía perdonar la falta de aviso previo. Pero Antonia no estaba convencida de que su madre estuviera familiarizada con el concepto. ¿Contenía el papel barato los reproches habituales o algo más? Antonia lo abrió con el aliento contenido. Las manos de Malcolm exploraron la curva de su cintura. Reconfortantes. Expectantes.

Princesa:

No conozco a Antonia Lowry, pero reconozco el rostro de mi hija en la foto del recorte de periódico que enviaste. Confieso que me sorprende pero no me asombra tu matrimonio. Si alguien iba a ser duquesa, serías tú. Has atrapado a un hombre apuesto. Espero que puedas mantenerlo.

Cyrus te manda su amor. También dice gracias por el dinero. Ahora que sabemos que lo tienes de forma legal, no nos importa aceptar un poco de ayuda. Tu hermano Earl podría querer hacer un viaje a Inglaterra.

Espero que encuentres la felicidad.

Tu madre que te quiere,

Queenie.

Madre que te quiere. Antonia contuvo la respiración. La mano de Malcolm descansaba en su vientre. Dentro de medio año se uniría a sus filas. Una persona más de quien cuidar. Todo un

niño al que nombrar. Antonia inclinó la cabeza hacia Malcolm y besó al hombre que le había dado el valor para dejar de huir, para siempre.



¡Gracias por leer! Si te gustó este libro, deja una reseña.
Más libros de Carrie Lomax.

Sobre la serie Escándalos de Londres

La serie Escándalos de Londres son novelas independientes interrelacionadas con un final feliz garantizado. Sumérgete en las románticas historias que escandalizan la alta sociedad londinense.

El Señor Indómito: Un heredero reluctante al borde de la locura. La búsqueda desesperada de una mujer por salvarlo. Un amor que no se rinde...

El Ascenso en Lady Dalton: El inesperado matrimonio de su hermana con un conde le ofrece a Viola una vida de lujo inimaginable, con poco espacio para el amor. Cuando recae sobre ella la sospecha de una serie de robos de joyas, no tiene más remedio que recurrir a un apuesto vizconde en busca de ayuda. Pero, ¿sus secretos bien guardados destruirán su oportunidad de amor?

El Señor Perdido: Es el heredero de nada, señor de nadie. Despojado de su herencia cuando su hermano, dado por perdido, "milagrosamente" regresó a Inglaterra, ha sido exiliado a América desde un trágico accidente. Ahora tiene un plan para recuperar su antigua gloria seduciendo a una joven adinerada y protegida. Pero cuando ella descubre su trama, se ve obligado a enfrentar sus verdaderos sentimientos por la mujer que ama.

El Corazón Robado del Duque: Una ladrona astuta se encuentra con su igual en un duque rígido y desconfiado. Él quiere que ella robe una querida reliquia familiar. En su lugar, ella le roba el corazón.

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:



Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

Dueto de Doce Noches

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque